 Tiempo de lectura: 140 min.

El momento culminante del Año Jubilar para cada creyente es el paso a través de la Puerta Santa, un gesto altamente simbólico que debe vivirse con profunda meditación. No se trata de una simple visita para admirar la belleza arquitectónica, escultórica o pictórica de una basílica: los primeros cristianos no acudían a los lugares de culto por este motivo, también porque en aquella época no había mucho que admirar. Ellos llegaban, en cambio, para orar ante las reliquias de los santos apóstoles y mártires, y para obtener la indulgencia gracias a su poderosa intercesión.
Acudir a las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo sin conocer su vida no es un signo de aprecio. Por eso, en este Año Jubilar, deseamos presentar los caminos de fe de estos dos gloriosos apóstoles, tal como fueron narrados por San Juan Bosco.

Vida de S. Pedro, príncipe de los apóstoles contada al pueblo por el sacerdote Juan Bosco

Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? (Mateo XIV, 31).

PREFACIO
CAPÍTULO I. Patria y profesión de S. Pedro. — Su hermano Andrés lo conduce a Jesucristo. *Año 29 de Jesucristo*
CAPÍTULO II. Pedro conduce en barco al Salvador — Pesca milagrosa. — Acoge a Jesús en su casa. — Milagros realizados. *Año de Jesucristo 30.*
CAPÍTULO III. S. Pedro, cabeza de los Apóstoles, es enviado a predicar. — Camina sobre las olas. — Bella respuesta dada al Salvador. *Año 31 de Jesucristo.*
CAPÍTULO IV. Pedro confiesa por segunda vez a Jesucristo como hijo de Dios. — Es constituido jefe de la Iglesia, y se le prometen las llaves del reino de los Cielos. *Año 32 de Jesucristo.*
CAPÍTULO V. San Pedro disuade al divino Maestro de la pasión. — Va con él al monte Tabor. *Año de Jesucristo 32.*
CAPÍTULO VI. Jesús, en presencia de Pedro, resucita a la hija de Jairo. — Paga el tributo por Pedro. — Enseña a sus discípulos en la humildad. *Año de J. C. 32.*
CAPÍTULO VII. Pedro habla con Jesús sobre el perdón de las injurias y el desapego de las cosas terrenas. — Se niega a dejarse lavar los pies. — Su amistad con San Juan. *Año de J. C. 33.*
CAPÍTULO VIII. Jesús predice la negación de Pedro y le asegura que no fallará su fe.

— Pedro lo sigue en el huerto de Getsemaní. — Corta la oreja a Malco. — Su caída, su arrepentimiento. *Año de J. C. 33.*
CAPÍTULO IX. Pedro en el sepulcro del Salvador. — Jesús se le aparece. — En el lago de Tiberíades da tres distintos signos de amor hacia Jesús que lo constituye efectivamente cabeza y pastor supremo de la Iglesia.
CAPÍTULO X. Infallibilidad de San Pedro y de sus sucesores.
CAPÍTULO XI. Jesús predice a S. Pedro la muerte en cruz. — Promete asistencia a la Iglesia hasta el fin del mundo. — Regreso de los Apóstoles al cenáculo. *Año de J. C. 33.*
CAPÍTULO XII. San Pedro sustituye a Judas. — Venida del Espíritu Santo. — Milagro de las lenguas. *Año de Jesucristo 33.*
CAPÍTULO XIII. Primer sermón de Pedro. *Año de Jesucristo 33.*
CAPÍTULO XIV. San Pedro sana a un cojo. — Su segundo sermón. *Año de Jesucristo 33.*
CAPÍTULO XV. Pedro es encarcelado con Juan y es liberado.
CAPÍTULO XVI. Vida de los primeros Cristianos. — Hecho de Ananías y Safira. — Milagros de San Pedro. *Año de Jesucristo 34.*
CAPÍTULO XVII. San Pedro de nuevo encarcelado. — Es liberado por un ángel. *Año de Jesucristo 34.*
CAPÍTULO XVIII. Elección de los siete diáconos. — San Pedro resiste a la persecución de Jerusalén. — Va a Samaria. — Su primer enfrentamiento con Simón Mago. *Año de Jesucristo 35.*
CAPÍTULO XIX. San Pedro funda la cátedra de Antioquía; regresa a Jerusalén. — Es visitado por San Pablo. *Año de Jesucristo 36.*
CAPÍTULO XX. San Pedro visita varias Iglesias. — Sana a Enea paralítico. — Resucita a la difunta Tabita. *Año de Jesucristo 38*.
CAPÍTULO XXI. Dios revela a S. Pedro la vocación de los Gentiles. — Va a Cesarea y bautiza a la familia de Cornelio Centurión. *Año de J. C. 39*.
CAPÍTULO XXII. Herodes hace decapitar a S. Santiago el Mayor y poner a S. Pedro en prisión. — Pero es liberado por un Ángel. — Muerte de Herodes. *Año de J. C. 41*.
CAPÍTULO XXIII. Pedro en Roma. — Traslada la cátedra apostólica. — Su primera carta. — Progreso del Evangelio. *Año 42 de Jesucristo*.
CAPÍTULO XXIV. San Pedro en el concilio de Jerusalén define una cuestión. — San Santiago confirma su juicio. *Año de Jesucristo 50*.
CAPÍTULO XXV. San Pedro confiere a San Pablo y a San Bernabé la plenitud del Apostolado. — Es avisado por San Pablo. — Regresa a Roma. *Año de Jesucristo 54*.
CAPÍTULO XXVI. San Pedro hace resucitar a un muerto. *Año de Jesucristo 66*.
CAPÍTULO XXVII. Vuelo. — Caída. — Muerte desesperada de Simón Mago. *Año de*

Jesucristo 67.
CAPÍTULO XXVIII. Pedro es buscado para muerte. — Jesús se le aparece y le predice inminente el martirio. — Testamento del santo Apóstol.
CAPÍTULO XXIX. San Pedro en prisión convierte a Procópio y Martiniano. — Su martirio. *Año de la Era Común 67*.
CAPÍTULO XXX. Sepulcro de San Pedro. — Atentado contra su cuerpo.
CAPÍTULO XXXI. Tumba y Basílica de San Pedro en el Vaticano.
APÉNDICE SOBRE LA VENIDA DE S. PEDRO A ROMA

PREFACIO

Cualquiera que deba entrar en un palacio cerrado y tomar posesión del mismo, es necesario que sea ayudado por quien tenga las llaves.

Desafortunado aquel que, encontrándose en una barca en alta mar, no está en las gracias del piloto. La oveja perdida, que está lejos de su pastor, no conoce su voz o no la escucha.

Querido lector; tu morada es el cielo, y debes aspirar a llegar a su posesión. Mientras vives aquí abajo, estás navegando en el azaroso mar del mundo, en peligro de chocar con los escollos, de naufragar y perderte en los abismos del error.

Como una oveja, estás cada día a punto de ser conducido a pastos nocivos, de extraviarte por barrancos y despeñaderos, y de caer incluso en las garras de los lobos rapaces, es decir, en las trampas de los enemigos de tu alma. ¡Ah! Sí, necesitas hacerte propicio a aquel a quien fueron entregadas las llaves del cielo; es necesario que confíes tu vida al gran Piloto de la Nave de Cristo, al Noé del nuevo Testamento; debes unirte al Supremo Pastor de la Iglesia, que solo puede guiarte a los sanos pastos y conducirte a la vida.

Por tanto, el Portero del reino de los Cielos, gran Navegante y Pastor de los hombres es precisamente S. Pedro, príncipe de los Apóstoles, quien ejerce su poder en la persona del Sumo Pontífice su Sucesor. Él todavía abre y cierra, gobierna la Iglesia, guía las almas a la salvación.

No te desanimes, por tanto, piadoso lector, al leer la breve vida que aquí te presento; aprende a conocer quién es, a respetar su suprema autoridad de honor y de jurisdicción; aprende a reconocer la voz amorosa del Pastor y a escucharla. Porque quien está con Pedro, está con Dios, camina en la luz y corre hacia la vida; quien no está con Pedro, está contra Dios, va tambaleándose en las tinieblas y precipita en la perdición. Donde está Pedro, allí está la vida; donde Pedro no está, allí está la muerte.

CAPÍTULO I. Patria y profesión de S. Pedro[1]. — Su hermano Andrés lo conduce a Jesucristo. *Año 29 de Jesucristo*

Pedro era judío de nacimiento y hijo de un pobre pescador llamado Jonás o Juan, que habitaba en una ciudad de Galilea llamada Betsaida. Esta ciudad está situada en la orilla occidental del lago de Genesaret, comúnmente llamado mar de Galilea o de Tiberíades, que en realidad es un vasto lago de doce millas de longitud y seis de ancho.

Antes de que el Salvador le cambiara el nombre, Pedro se llamaba Simón. Él ejercía el oficio de pescador, como su padre; tenía un temperamento robusto, ingenio vivo y alegre; era pronto en responder, pero de corazón bueno y lleno de gratitud hacia quienes lo beneficiaban.

Esta índole vivaz lo llevaba a menudo a los más cálidos transportes de afecto hacia el Salvador, de quien también recibió no dudosos signos de predilección. En ese tiempo, no siendo aún muy conocido el valor de la virginidad, Pedro tomó esposa en la ciudad de Cafarnaúm, capital de Galilea, en la orilla occidental del Jordán, que es un gran río que divide Palestina de norte a sur.

Dado que Tiberíades estaba situada donde el Jordán desemboca en el mar de Galilea, y por lo tanto muy adecuada para la pesca, S. Pedro estableció en esta ciudad su residencia habitual y continuó ejerciendo su oficio habitual. La bondad de su corazón muy dispuesto a la verdad, el empleo inocente de pescador y la asiduidad al trabajo contribuyeron mucho a que él se conservara en el santo temor de Dios.

En ese tiempo, estaba difundido el pensamiento en la mente de todos de que era inminente la venida del Mesías; de hecho, algunos decían que ya había nacido entre los judíos. Lo cual era motivo para que S. Pedro usara la máxima diligencia para enterarse. Tenía un hermano mayor llamado Andrés, quien, cautivado por las maravillas que se contaban sobre S. Juan Bautista, Precursor del Salvador, quiso hacerse su discípulo, yendo a vivir la mayor parte del tiempo con él en un áspero desierto.

La noticia, que se iba confirmando cada día más, de que ya había nacido el Mesías, hacía que muchos acudieran a S. Juan, creyendo que él mismo era el Redentor. Entre estos estaba S. Andrés, hermano de Simón Pedro. Pero no pasó mucho tiempo antes de que, instruido por Juan, llegara a conocer a Jesucristo y la primera vez que lo oyó hablar fue tal su asombro que corrió inmediatamente a dar la noticia a su hermano.

Apenas lo vio: “Simón,” le dijo, “he encontrado al Mesías; ven conmigo a verlo.”

Simón, que ya había oído contar algo, pero vagamente, partió de inmediato

con su hermano y fue allí donde Andrés había dejado a Jesucristo. Pedro, al dar un vistazo al Salvador, se sintió como arrebatado de amor. El divino Maestro, que había concebido altos designios sobre él, lo miró con aire de bondad y, antes de que él hablara, le mostró estar plenamente informado de su nombre, de su nacimiento, de su patria, diciendo: “Tú eres Simón, hijo de Juan, pero en adelante te llamarás Cefas.” Esta palabra significa piedra, de donde derivó el nombre de Pedro. Jesús comunica a Simón que sería llamado Pedro, porque él debía ser esa piedra sobre la cual Jesucristo fundaría su Iglesia, como veremos a lo largo de esta vida.

En este primer coloquio, Pedro reconoció de inmediato que lo que le había contado su hermano era de gran lejos inferior a la realidad y, desde ese momento, se volvió muy afectuoso hacia Jesucristo, ni sabía vivir más lejos de él. El divino Salvador, por otra parte, permitió a este nuevo discípulo regresar a su oficio anterior porque quería predisponerlo poco a poco al total abandono de las cosas terrenas, guiarlo a los más sublimes grados de la virtud y así hacerlo capaz de comprender los otros misterios que le revelaría y hacerlo digno del gran poder con el que lo quería investir.

CAPÍTULO II. Pedro conduce en barco al Salvador — Pesca milagrosa. — Acoge a Jesús en su casa. — Milagros realizados. *Año de Jesucristo 30.*

Pedro continuaba, por tanto, ejerciendo su primera profesión; pero cada vez que el tiempo y las ocupaciones se lo permitían, iba con alegría al divino Salvador, para oírlo razonar sobre las verdades de la fe y del reino de los cielos.

Un día, caminando Jesús por la playa del mar de Tiberíades, vio a los dos hermanos Pedro y Andrés en acto de echar sus redes al agua. Llamándolos a sí, les dijo: “Venid conmigo y, de pescadores de peces como sois, os haré pescadores de hombres.” Ellos prontamente obedecieron a las señales del Redentor y, abandonando sus redes, se convirtieron en fieles y constantes seguidores de él. No lejos de allí había otra barca de pescadores, en la que se encontraba cierto Zebedeo con dos hijos, Santiago y Juan, que reparaban sus redes. Jesús llamó también a estos dos hermanos. Pedro, Santiago y Juan son los tres discípulos que tuvieron signos de especial benevolencia del Salvador y que, por su parte, se mostraron en cada encuentro fieles y leales.

Mientras tanto, el pueblo, habiendo sabido que el Salvador se encontraba allí, se agolpaba alrededor de él para escuchar su divina palabra. Queriendo satisfacer el deseo de la multitud y al mismo tiempo ofrecer comodidad a todos para poder oírlo, no quiso predicar desde la orilla, sino desde una de las dos naves que estaban cerca de la ribera; y para dar a Pedro un nuevo testimonio de amor

eligió su barca. Subió a bordo y, hecho subir también a Pedro, le mandó que se alejara un poco de la orilla y, sentándose, comenzó a instruir a esa devota asamblea. Terminada la prédica, ordenó a Pedro que condujera la nave mar adentro y que echara la red para recoger peces.

Pedro había pasado toda la noche anterior pescando en ese mismo lugar y no había tomado nada; por lo tanto, volviéndose a Jesús: “Maestro,” le dijo, “nos hemos fatigado toda la noche pescando y no hemos tomado ni un pez; sin embargo, a tu palabra, echaré la red al mar.” Así lo hizo por obediencia y, contra toda expectativa, la pesca fue tan copiosa y la red tan llena de grandes peces que, al intentar sacarla del agua, estaba a punto de rasgarse. Pedro, no pudiendo solo sostener el gran peso de la red, pidió ayuda a Santiago y Juan, que estaban en la otra nave, y estos vinieron a ayudarlo. De acuerdo y con esfuerzo, sacaron la red, vertieron los peces en las naves, las cuales quedaron ambas tan llenas que amenazaban con hundirse.

Pedro, que comenzaba a vislumbrar algo de lo sobrenatural en la persona del Salvador, reconoció de inmediato que eso era un prodigio y, lleno de asombro, considerándose indigno de estar con él en la misma barca, humillado y confundido, se arrojó a sus pies diciendo: “Señor, soy un miserable pecador, por lo tanto te ruego que te alejes de mí.” Casi a decir: “¡Oh! Señor, no soy digno de estar en tu presencia.” Admirando, dice San Ambrosio, los dones de Dios, tanto más merecía cuanto menos de sí presumía[2].

Jesús agradó la simplicidad de Pedro y la humildad de su corazón y, queriendo que él abriera el alma a mejores esperanzas, para confortarlo le dijo: “Deja todo temor; de ahora en adelante no serás pescador de peces, sino que serás pescador de hombres.” A estas palabras, Pedro tomó valor y, casi transformado en otro hombre, condujo la nave a la orilla, abandonó todo y se hizo compañero indivisible del Redentor.

Así como Jesucristo, hablando, dirigió el camino hacia la ciudad de Cafarnaúm, así Pedro fue con él. Allí entraron ambos en la Sinagoga y el Apóstol escuchó la prédica que aquí hizo el Señor y fue testigo de la milagrosa curación de un endemoniado.

De la Sinagoga, Jesús fue a la casa de Pedro donde su suegra estaba atormentada por una gravísima fiebre. Junto con Andrés, Santiago y Juan, él rogó a Jesús que se complaciera en liberar a esa mujer del mal que la oprimía. El divino Salvador escuchó sus oraciones y, acercándose a la cama de la enferma, la tomó de la mano, la levantó y en ese instante la fiebre desapareció. La mujer se encontró tan perfectamente curada que pudo levantarse de inmediato y preparar el almuerzo para Jesús y toda su comitiva. La fama de tales milagros atrajo a la casa de Pedro a

muchos enfermos junto con una multitud innumerable, de modo que toda la ciudad parecía reunida allí. Jesús devolvió la salud a cuantos eran llevados a él; y todos, llenos de alegría, se marchaban alabando y bendiciendo al Señor.

Los santos Padres en la nave de Pedro reconocen la Iglesia, de la cual es cabeza Jesucristo, en lugar del cual Pedro debía ser el primero en hacer sus veces, y después de él todos los Papas sus sucesores. Las palabras dichas a Pedro: "Conduce la nave mar adentro," y las otras dichas a él y a sus Apóstoles: "Echad vuestras redes para pescar," contienen también un noble significado. A todos los Apóstoles, dice S. Ambrosio, les manda echar las redes en las olas; porque todos los Apóstoles y todos los pastores están obligados a predicar la divina palabra y a custodiar en la nave, o sea en la Iglesia, aquellas almas que se ganarán en su predicación. Solo a Pedro se le ordena conducir la nave mar adentro, porque él, a preferencia de todos, es hecho partícipe de la profundidad de los divinos misterios y solo recibe de Cristo la autoridad de desatar las dificultades que puedan surgir en cosas de fe y de moral. Así, en la venida de los otros apóstoles a su nave, se reconoce la colaboración de los otros pastores, quienes, uniéndose a Pedro, deben ayudarlo a propagar y conservar la fe en el mundo y ganar almas para Cristo[3].

CAPÍTULO III. S. Pedro, cabeza de los Apóstoles, es enviado a predicar. — Camina sobre las olas. — Bella respuesta dada al Salvador. *Año 31 de Jesucristo.*
Partió Jesús de la casa de Pedro, se encaminó hacia la soledad, sobre un monte, para orar. Pedro y los otros discípulos, que en ese momento habían crecido en buen número, lo siguieron; pero, al llegar al lugar establecido, Jesús les ordenó que se detuvieran y, todo solo, se retiró a un lugar apartado. Al amanecer, regresó a los discípulos. En esa ocasión, el divino Maestro eligió a doce discípulos, a quienes dio el nombre de Apóstoles, que significa enviados, ya que los Apóstoles estaban verdaderamente enviados a predicar el Evangelio, por entonces solo en los países de Judea; luego en todo el mundo. Entre estos doce, destinó a San Pedro a ocupar el primer lugar y a ser el jefe, para que, como dice San Jerónimo, al establecer un superior entre ellos, se eliminara toda ocasión de discordia y cisma. *Ut capite constituto schismatis tolleretur occasio****[4]***.

Los nuevos predicadores iban con todo celo a anunciar el Evangelio, predicando por todas partes la venida del Mesías y confirmando sus palabras con luminosos milagros. Luego regresaban al divino Maestro, como para rendir cuentas de lo que habían hecho. Él los recibía con bondad y solía entonces ir él mismo a aquel lugar donde los Apóstoles habían predicado. Sucedió un día que las multitudes, llevadas por la admiración y el entusiasmo, querían hacerlo rey; pero él, ordenando a los

Apóstoles que hicieran el trayecto a la orilla opuesta del lago, se alejó de aquella buena gente y se fue a esconderse en el desierto. Los Apóstoles, según las órdenes del Maestro, subieron a la barca para cruzar el lago. Ya se avanzaba la noche y estaban a punto de llegar a la orilla, cuando se levantó una tempestad tan terrible que la nave, agitada por las olas y el viento, estaba a punto de hundirse.

En medio de aquella tempestad, no se imaginaban que pudieran ver a Jesucristo, a quien habían dejado en la orilla opuesta del lago. Pero cuál no fue su sorpresa cuando lo vieron a poca distancia caminando sobre las aguas, con paso firme y rápido, y avanzando hacia ellos. Al verlo, todos se asustaron, temiendo que fuera algún espectro o fantasma, y comenzaron a gritar. Entonces Jesús hizo oír su voz y los animó diciendo: «Soy yo, tened fe, no temáis.»

A esas palabras, ninguno de los Apóstoles se atrevió a hablar; solo Pedro, por el ímpetu de su amor hacia Jesús y para asegurarse de que no era una ilusión, dijo: “Señor, si realmente eres tú, manda que yo venga a ti caminando sobre las aguas.” El Divino Salvador dijo que sí; y Pedro, lleno de confianza, saltó fuera de la nave y comenzó a caminar sobre las olas, como se haría sobre un pavimento. Pero Jesús, que quería probar su fe y hacerla más perfecta, permitió de nuevo que se levantara un viento impetuoso, el cual, agitando las olas, amenazaba con hundir a Pedro. Al ver sus pies hundirse en el agua, se asustó y comenzó a gritar: “Maestro, Maestro, ayúdame, de lo contrario estoy perdido.” Entonces Jesús lo reprendió por la debilidad de su fe con estas palabras: “Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?” Así diciendo, caminaron ambos juntos sobre las olas hasta que, al entrar en la barca, cesó el viento y se calmó la tempestad. En este hecho, los santos Padres ven los peligros en los que a veces se encuentra el Jefe de la Iglesia y la pronta ayuda que le brinda Jesucristo, su Jefe invisible, que permite las persecuciones, pero siempre le da la victoria.

Algún tiempo después, el Divino Salvador regresó a la ciudad de Cafarnaúm con los Apóstoles, seguido de una gran multitud. Mientras se detenía en esta ciudad, muchos se agolpaban a su alrededor, pidiéndole que les enseñara cuáles eran las obras absolutamente necesarias para salvarse. Jesús se dispuso a instruirlos sobre su celeste doctrina, el misterio de su Encarnación, el Sacramento de la Eucaristía. Pero como esas enseñanzas tendían a desarraigar la soberbia del corazón de los hombres, a engendrar en ellos la humildad obligándolos a creer en altísimos misterios y especialmente en el misterio de los misterios, la divina Eucaristía, así sus oyentes, considerando esos discursos demasiado rígidos y severos, se

ofendieron y la mayoría lo abandonó.

Jesús, al verse abandonado casi por todos, se dirigió a los Apóstoles y dijo: “¿Veis cómo muchos se van? ¿Queréis también iros vosotros?” A esta repentina interrogación, todos guardaron silencio. Solo Pedro, como jefe y en nombre de todos, respondió: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, hijo de Dios.” San Cirilo reflexiona que esta interrogación fue hecha por Jesucristo con el fin de estimularlos a confesar la verdadera fe, como de hecho ocurrió por boca de Pedro. Qué diferencia entre la respuesta de nuestro Apóstol y las murmuraciones de ciertos cristianos que encuentran dura y severa la santa ley del Evangelio, porque no se acomoda a sus pasiones (Ciril. in Ioann. lib. 4).

CAPÍTULO IV. Pedro confiesa por segunda vez a Jesucristo como hijo de Dios. — Es constituido jefe de la Iglesia, y se le prometen las llaves del reino de los Cielos. *Año 32 de Jesucristo.*
En varias ocasiones, el divino Salvador había hecho evidentes los planes particulares que tenía sobre la persona de Pedro; pero aún no se había expresado tan claramente, como veremos en el siguiente hecho, que se puede decir el más memorable de la vida de este gran Apóstol. Desde la ciudad de Cafarnaúm, Jesús había ido a los alrededores de Cesárea de Filipo, ciudad no muy distante del río Jordán. Allí un día, después de haber orado, Jesús se volvió de repente a sus discípulos, que habían regresado de la predicación, y haciendo señas para que se acercaran a él, comenzó a interrogarles así: “¿Quién dicen los hombres que soy yo?” “Algunos dicen,” respondió uno de los Apóstoles, “que tú eres el profeta Elías.” “A mí me han dicho,” añadió otro, “que tú eres el profeta Jeremías, o Juan Bautista, o alguno de los antiguos profetas resucitados.” Pedro no pronunció palabra. Retomó Jesús: “Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo?” Pedro entonces se adelantó y en nombre de los otros Apóstoles respondió: “Tú eres el Cristo, hijo del Dios vivo.” Entonces Jesús: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te lo revelaron los hombres, sino mi Padre que está en los cielos. De ahora en adelante no te llamarás más Simón, sino Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no la podrán vencer. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra, será atado también en el cielo, y lo que desates en la tierra, será desatado también en el cielo.[5]”

Este hecho y estas palabras merecen ser un poco explicados, para que sean bien comprendidos. Pedro guardó silencio mientras Jesús solo demostraba querer saber

lo que decían los hombres sobre su persona; cuando luego el divino Salvador invitó a los Apóstoles a expresar su propio sentimiento, inmediatamente Pedro en nombre de todos habló, porque él ya gozaba de una primacía, o sea, superioridad, sobre sus otros compañeros.
Pedro, divinamente inspirado, dice: “Tú eres el Cristo,” y era lo mismo que decir: “Tú eres el Mesías prometido por Dios venido a salvar a los hombres; eres hijo del Dios vivo,” para significar que Jesucristo no era hijo de Dios como las divinidades de los idólatras, hechas por las manos y el capricho de los hombres, sino hijo del Dios vivo y verdadero, es decir, hijo del Padre eterno, por lo tanto, con Él creador y supremo dueño de todas las cosas; con esto venía a confesarlo como la segunda persona de la Santísima Trinidad. Jesús, casi para compensarlo por su fe, lo llama Bienaventurado, y al mismo tiempo le cambia el nombre de Simón por el de Pedro; claro signo de que quería elevarlo a una gran dignidad. Así había hecho Dios con Abraham, cuando lo estableció padre de todos los creyentes; así con Sara cuando le prometió el prodigioso nacimiento de un hijo; así con Jacob cuando lo llamó Israel y le aseguró que de su descendencia nacería el Mesías.

Jesús dijo: “Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia;” estas palabras quieren decir: tú, oh Pedro, serás en la Iglesia lo que en una casa es el fundamento. El fundamento es la parte principal de la casa, del todo indispensable; tú, oh Pedro, serás el fundamento, es decir, la suprema autoridad en mi Iglesia. Sobre el fundamento se edifica toda la casa, para que, sosteniéndose, dure firme e inmóvil. Sobre ti, que yo llamo Pedro, como sobre una roca o piedra firmísima, por mi virtud omnipotente yo elevo el eterno edificio de mi Iglesia, la cual, apoyada sobre ti, estará fuerte e invicta contra todos los asaltos de sus enemigos. No hay casa sin fundamento, no hay Iglesia sin Pedro. Una casa sin fundamento no es obra de un arquitecto sabio; una Iglesia separada de Pedro nunca podrá ser mi Iglesia. En las casas, las partes que no apoyan sobre el fundamento caen y se destruyen; en mi Iglesia, quienquiera que se separe de Pedro precipita en el error y se pierde.

“Las puertas del infierno nunca vencerán mi Iglesia.” Las puertas del infierno, como explican los Santos Padres, significan las herejías, los herejes, las persecuciones, los escándalos públicos y los desórdenes que el demonio intenta suscitar contra la Iglesia. Todas estas potencias infernales podrán, ya sea separadamente o unidas, hacer dura guerra a la Iglesia y perturbar su espíritu pacífico, pero nunca podrán vencerla.

Finalmente dice Cristo: “Y te daré las llaves del reino de los cielos.” Las llaves son el

símbolo de la potestad. Cuando el vendedor de una casa entrega las llaves al comprador, se entiende que le da pleno y absoluto posesión. Igualmente, cuando se presentan las llaves de una ciudad a un Rey, se quiere significar que esa ciudad lo reconoce como su señor. Así, las llaves del reino de los cielos, es decir, de la Iglesia, dadas a Pedro, demuestran que él es hecho dueño, príncipe y gobernador de la Iglesia. Por eso Jesucristo añade a Pedro: “Todo lo que ates en la tierra será atado también en los cielos, y todo lo que desates en la tierra será desatado también en el cielo.” Estas palabras indican manifiestamente la autoridad suprema dada a Pedro; autoridad de atar la conciencia de los hombres con decretos y leyes en orden a su bien espiritual y eterno, y la autoridad de desatarlos de los pecados y de las penas que impiden el mismo bien espiritual y eterno.

Es bueno aquí notar que el verdadero Jefe supremo de la Iglesia es Jesucristo su fundador; San Pedro luego ejerce su suprema autoridad haciendo las funciones, es decir, las veces, de él en la tierra. Jesucristo hizo con Pedro, como precisamente hacen los Reyes de este mundo, cuando dan plenos poderes a algún ministro suyo con orden de que todo deba depender de él. Así el Rey Faraón dio tal poder a José que nadie podía mover ni mano ni pie sin su permiso[6].

También se debe notar que los otros Apóstoles recibieron de Jesucristo la facultad de desatar y atar[7], pero esta facultad les fue dada después de que San Pedro la había recibido solo, para indicar que él solo era el jefe destinado a conservar la unidad de fe y de moral. Los otros Apóstoles luego, y todos los obispos sus sucesores, debían estar siempre dependientes de Pedro y de los Papas sus sucesores, con el fin de estar unidos a Jesucristo, que desde el cielo asiste a su Vicario y a toda la Iglesia hasta el fin de los siglos. Pedro recibió la facultad de desatar y atar junto con los otros Apóstoles, y así él y sus sucesores son iguales a los Apóstoles y a los Obispos; luego la recibió solo, y por lo tanto Pedro y los Papas sus sucesores son los Jefes supremos de toda la Iglesia; no solo de los simples fieles, sino de todos los Sacerdotes y Obispos. Son obispos y pastores de Roma, y papas y pastores de toda la Iglesia.

Con el hecho que hemos expuesto, el divino Salvador promete querer constituir a San Pedro como jefe supremo de su Iglesia, y le explica la grandeza de su autoridad. Veremos el cumplimiento de esta promesa después de la resurrección de Jesucristo.

CAPÍTULO V. San Pedro disuade al divino Maestro de la pasión. — Va con él al

monte Tabor. *Año de Jesucristo 32.*

El divino Redentor, después de haber hecho conocer a sus discípulos cómo él edificaba su Iglesia sobre bases estables, inquebrantables y eternas, quiso darles una enseñanza para que comprendieran bien que él no fundaba su reino, es decir, su Iglesia, con riquezas o magnificencia mundana, sino con la humildad, con los sufrimientos. Con este propósito, por lo tanto, manifestó a San Pedro y a todos sus discípulos la larga serie de sufrimientos y la muerte abominable que los judíos debían hacerle sufrir en Jerusalén. Pedro, por el gran amor que sentía hacia su divino Maestro, se horrorizó al oír los males a los que iba a estar expuesta su sagrada persona, y transportado por el afecto que un tierno hijo tiene por su padre, lo llevó a un lado y comenzó a persuadirlo para que se alejara de Jerusalén para evitar esos males y concluyó: “Lejos de ti, Señor, estos males.” Jesús lo reprendió por su afecto demasiado sensible diciéndole: “Apártate de mí, oh adversario, este tu hablar me da escándalo: no sabes aún gustar las cosas de Dios, sino solamente las cosas humanas.” “He aquí,” dice San Agustín, “el mismo Pedro que poco antes lo había confesado como hijo de Dios, aquí teme que él muera como hijo del hombre.”

En el acto en que el Redentor manifestó los maltratos que debía sufrir a manos de los judíos, prometió que algunos de los Apóstoles, antes de que él muriera, disfrutarían de un anticipo de su gloria, y esto para confirmarlos en la fe y para que no se dejaran abatir cuando lo vieran expuesto a las humillaciones de la pasión. Por lo tanto, algunos días después, Jesús eligió a tres Apóstoles: Pedro, Santiago y Juan, y los llevó a un monte llamado comúnmente Tabor. En presencia de estos tres discípulos, Él se transfiguró, es decir, dejó traslucir un rayo de su divinidad alrededor de su sacrosanta persona. En ese mismo momento, una luz resplandeciente lo rodeó y su rostro se volvió similar al resplandor del sol, y sus vestiduras blancas como la nieve. Pedro, al llegar al monte, quizás cansado del viaje, se había puesto a dormir con los otros dos; pero todos en ese momento, despertándose, vieron la gloria de su Divino Maestro. Al mismo tiempo, también aparecieron presentes Moisés y Elías. Al ver resplandeciente al Salvador, a la aparición de esos dos personajes y de ese inusual esplendor, Pedro, atónito, quería hablar y no sabía qué decir; y casi fuera de sí, considerando como nada toda grandeza humana en comparación con ese anticipo del paraíso, sintió arder de deseo de permanecer siempre allí junto a su Maestro. Entonces, dirigiéndose a Jesús, dijo: “Oh Señor, cuán bueno es estar aquí: si así les parece, hagamos aquí tres pabellones, uno para ti, uno para Moisés y otro para Elías.” Pedro, como nos atestigua el Evangelio, estaba fuera de sí y hablaba sin saber lo que decía. Era un arrebato de amor por su Maestro y un vivo deseo de felicidad. Él aún hablaba

cuando, desaparecidos Moisés y Elías, sobrevino una nube maravillosa que envolvió a los tres Apóstoles. En ese momento, del medio de esa nube, se oyó una voz que decía: “Este es mi hijo amado, en quien tengo complacencia, escuchadle.” Entonces los tres Apóstoles, cada vez más aterrados, cayeron a tierra como muertos; pero el Redentor, acercándose, los tocó con la mano y, dándoles ánimo, los levantó. Alzando los ojos, no vieron más ni a Moisés ni a Elías; solo estaba Jesús en su estado natural. Jesús les mandó que no manifestaran a nadie esa visión, sino después de su muerte y resurrección[8]. Después de tal hecho, esos tres discípulos crecieron desmesuradamente en amor hacia Jesús. San Juan Damasceno explica por qué Jesús eligió preferentemente a estos tres Apóstoles, y dice que Pedro, habiendo sido el primero en dar testimonio de la divinidad del Salvador, merecía ser también el primero en poder contemplar de manera sensible su humanidad glorificada; Santiago tuvo también tal privilegio porque debía ser el primero en seguir a su Maestro con el martirio; San Juan tenía el mérito virginal que lo hizo digno de este honor[9].
La Iglesia católica celebra el venerable acontecimiento de la transfiguración del Salvador en el monte Tabor el día seis de agosto.

CAPÍTULO VI. Jesús, en presencia de Pedro, resucita a la hija de Jairo. — Paga el tributo por Pedro. — Enseña a sus discípulos en la humildad. *Año de J. C. 32.*
Mientras tanto, se acercaba el tiempo en que la fe de Pedro debía ser puesta a prueba. Por lo tanto, el divino Maestro, para inflamarlo cada vez más de amor por él, a menudo le daba nuevos signos de afecto y bondad. Habiendo Jesús venido a una parte de Palestina llamada tierra de los gerasenos, se le presentó un príncipe de la sinagoga llamado Jairo, pidiéndole que quisiera devolver la vida a su única hija de 12 años, que había muerto poco antes. Jesús quiso escuchar su súplica; pero al llegar a su casa prohibió a todos entrar, y solo llevó consigo a Pedro, Santiago y Juan, para que fueran testigos de ese milagro.
Al día siguiente, Jesús, apartándose un poco de los otros discípulos, entraba con Pedro en la ciudad de Cafarnaúm para ir a su casa. A la puerta de la ciudad, los recaudadores, es decir, aquellos que el gobierno había puesto para la recaudación de tributos e impuestos, apartaron a Pedro y le dijeron: “¿Tu Maestro paga el tributo?” “Ciertamente que sí,” respondió Pedro. Dicho esto, entró en casa, donde el Señor lo había precedido. Al verlo, el Salvador, a quien todo era manifiesto, lo llamó y le dijo: “Dime, oh Pedro, ¿quiénes son los que pagan el tributo? ¿Son los hijos del rey, o los extraños de la familia real?” Pedro respondió: “Son los extraños.” “Entonces,” continuó Jesús, “los hijos del rey están exentos de todo tributo.” Lo que quería decir: “Por lo tanto, yo que soy, como tú mismo has declarado, el Hijo de

Dios vivo, no estoy obligado a pagar nada a los príncipes de la tierra; sin embargo, esta buena gente no me conoce como tú, y podría escandalizarse; por lo tanto, tengo la intención de pagar el tributo. Ve al mar, echa la red, y en la boca del primer pez que pesques encontrarás la moneda para pagar el tributo por mí y por ti." El Apóstol cumplió lo que se le había mandado, y después de un breve intervalo de tiempo regresó lleno de asombro con la moneda que le había indicado el Salvador; y el tributo fue pagado.

Los Santos Padres admiraron dos cosas en este hecho: la humildad y mansedumbre de Jesús, que se somete a las leyes de los hombres, y el honor que se dignó hacer al Apóstol Pedro, igualándolo a sí mismo y mostrándolo abiertamente como su Vicario.

Los otros Apóstoles, al saber la preferencia hecha a Pedro, siendo aún muy imperfectos en virtud, sintieron envidia; por lo tanto, iban entre ellos discutiendo quién de ellos era el mayor. Jesús, que poco a poco quería corregirlos de sus defectos, cuando llegaron a su presencia les hizo conocer cómo las grandezas del cielo son muy diferentes de las de la tierra, y que aquel que quiere ser primero en el Cielo conviene que se haga último en la tierra. Luego les dijo: "¿Quién es el mayor? ¿Quién es el primero en una familia? ¿Quizás aquel que está sentado, o aquel que sirve a la mesa? Ciertamente, quien está a la mesa. Ahora, ¿qué ven ustedes en mí? ¿Qué personaje he figurado? Ciertamente de un pobre que sirve a la mesa."

Este aviso debía valer principalmente para Pedro, quien en el mundo debía recibir grandes honores por su dignidad, y sin embargo, conservarse en la humildad y nombrarse siervo de los siervos del Señor, como suelen llamarse los Papas sus sucesores.

CAPÍTULO VII. Pedro habla con Jesús sobre el perdón de las injurias y el desapego de las cosas terrenas. — Se niega a dejarse lavar los pies. — Su amistad con San Juan. *Año de J. C. 33.*

Un día, el divino Salvador se puso a enseñar a los Apóstoles sobre el perdón de las ofensas, y habiendo dicho que se debía soportar cualquier ultraje y perdonar cualquier injuria, Pedro quedó lleno de asombro; pues él estaba prevenido, como todos los judíos, a favor de las tradiciones judaicas, las cuales permitían a la persona ofendida infligir un castigo a los ofensores, llamado la pena del talión. Se dirigió, por lo tanto, a Jesús y dijo: "Maestro, si el enemigo nos hiciera siete veces injuria y siete veces viniera a pedirme perdón, ¿debería perdonarlo siete veces?" Jesús, quien había venido para mitigar los rigores de la antigua ley con la santidad y pureza del Evangelio, respondió a Pedro que "no solamente debía perdonar siete

veces, sino setenta veces siete," expresión que significa que se debe perdonar siempre. Los Santos Padres en este hecho reconocen primordialmente la obligación que cada cristiano tiene de perdonar al prójimo cada afrenta, en todo tiempo y en todo lugar. En segundo lugar, reconocen la facultad dada por Jesús a San Pedro y a todos los sagrados ministros de perdonar los pecados de los hombres, cualquiera que sea su gravedad y número, siempre que se arrepientan y prometan sincera enmienda.

En otro día, Jesús enseñaba al pueblo, hablando de la gran recompensa que recibirían aquellos que despreciaran el mundo y hicieran buen uso de las riquezas, desapegando sus corazones de los bienes de la tierra. Pedro, que aún no había recibido las luces del Espíritu Santo y que más que los otros necesitaba ser instruido, con su habitual franqueza se dirigió a Jesús y le dijo: "Maestro, nosotros hemos abandonado todas las cosas y te hemos seguido: hemos hecho lo que has mandado; ¿cuál, por lo tanto, será el premio que nos darás?" El Salvador apreció la pregunta de Pedro y, mientras alabó el desapego de los Apóstoles de toda sustancia terrena, aseguró que a ellos les estaba reservado un premio particular, porque, dejando sus bienes, lo habían seguido. "Ustedes," dijo, "que me han seguido, se sentarán en doce tronos majestuosos y, compañeros en mi gloria, juzgarán conmigo las doce tribus de Israel y con ellas toda la humanidad."

No mucho después, Jesús se fue al templo de Jerusalén y comenzó a hablar con Pedro sobre la estructura de ese grandioso edificio y la preciosidad de las piedras que lo adornaban. El divino Salvador tomó entonces la ocasión de predecir su completa ruina diciendo: "De este magnífico templo no quedará piedra sobre piedra." Salió, por lo tanto, Jesús de la ciudad y pasando cerca de una higuera, que había sido maldecida por él, Pedro, maravillado, hizo notar al divino Maestro cómo esa planta ya se había vuelto árida y seca. Era una prueba de la veracidad de las promesas del Salvador. Por lo tanto, Jesús, para alentar a los Apóstoles a tener fe, respondió que en virtud de la fe obtendrían todo lo que pidieran.

La virtud, por otro lado, que Cristo quería profundamente arraigada en el corazón de los Apóstoles y especialmente de Pedro, era la humildad, y de esta en muchas ocasiones les dio luminosos ejemplos, sobre todo la vigilia de su pasión. Era el primer día de la Pascua de los judíos, que debía durar siete días y que suele llamarse de los ázimos. Jesús envió a Pedro y a Juan a Jerusalén diciendo: "Vayan y preparen las cosas necesarias para la Pascua." Ellos dijeron: "¿Dónde quieren que las vayamos a preparar?" Jesús respondió: "Al entrar en la ciudad encontrarán a un hombre que lleva una jarra de agua; vayan con él, y él les mostrará un gran cenáculo puesto en orden, y allí preparen lo que sea necesario para esta necesidad." Así lo hicieron. Llegada la noche de esa noche, que era la última de la

vida mortal del Salvador, queriendo Él instituir el Sacramento de la Eucaristía, premió un hecho que demuestra la pureza de alma con la que cada cristiano debe acercarse a este sacramento del divino amor, y al mismo tiempo sirve para frenar la soberbia de los hombres hasta el fin del mundo. Mientras estaba a la mesa con sus discípulos, hacia el final de la cena, el Señor se levantó de la mesa, tomó una toalla, se la ciñó a la cintura y vertió agua en una palangana, mostrando que quería lavar los pies a los Apóstoles, que sentados y maravillados estaban mirando qué quería hacer su Maestro.

Jesús se acercó, por lo tanto, con el agua a Pedro y, arrodillándose ante él, le pide el pie para lavarlo. El buen Pedro, horrorizado de ver al Hijo de Dios en ese acto de pobre servidor, recordando aún que poco antes lo había visto resplandeciente de luz, lleno de vergüenza y casi llorando, dijo: “¿Qué haces, Maestro? ¿qué haces? ¿Tú lavar mis pies? Nunca será: nunca podré permitirlo.” El Salvador le dijo: “Lo que yo hago no lo comprendes ahora, pero lo entenderás después: por lo tanto, cuídate de contradecirme; si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo,” es decir, estarás privado de todo mi bien y desheredado. A estas palabras, el buen Pedro se sintió terriblemente turbado; por un lado, le dolía tener que estar separado de su Maestro, no quería desobedecerlo ni entristecerlo; por otro lado, le parecía que no podía permitirle un servicio tan humilde. Sin embargo, cuando comprendió que el Salvador quería obediencia, dijo: “Oh Señor, ya que así lo quieres, no debo ni quiero resistir a tu voluntad; haz de mí todo lo que mejor te parezca; si no basta con lavarme los pies, lávame también las manos y la cabeza.”

El Salvador, después de haber cumplido ese acto de profunda humildad, se dirigió a sus Apóstoles y les dijo: “¿Han visto lo que he hecho? Si yo, que soy su Maestro y Señor, les he lavado los pies, ustedes deben hacer lo mismo entre ustedes.” Estas palabras significan que un seguidor de Jesucristo nunca debe negarse a ninguna obra, incluso humilde, de caridad, siempre que con ella se promueva el bien del prójimo y la gloria de Dios.

Durante esta cena ocurrió un hecho que concierne de manera particular a San Pedro y San Juan. Ya se ha podido observar cómo el divino Redentor tenía un afecto especial por estos dos Apóstoles; a uno por la sublime dignidad a la que estaba destinado, al otro por la singular pureza de costumbres. Ellos, a su vez, amaban a su Salvador con el amor más intenso, y estaban unidos entre sí por los lazos de una amistad muy especial, de la cual el mismo Redentor mostró complacencia, porque estaba fundada en la virtud.

Mientras, por lo tanto, Jesús estaba a la mesa con sus Apóstoles, a mitad de la cena predijo que uno de ellos lo traicionaría. Ante este aviso, todos se asustaron, y cada uno temiendo por sí mismo, comenzaron a mirarse unos a otros diciendo: “¿Soy yo

acaso?” Pedro, siendo más ferviente en el amor hacia su Maestro, deseaba conocer quién era ese traidor; quería interrogar a Jesús, pero hacerlo en secreto, para que ninguno de los presentes se diera cuenta. Entonces, sin pronunciar palabra, hizo un gesto a Juan para que fuera él quien hiciera esa pregunta. Este querido apóstol había tomado lugar cerca de Jesús, y su posición era tal que apoyaba la cabeza sobre su pecho, mientras la cabeza de Pedro se apoyaba sobre la de Juan. Juan complació el deseo de su amigo con tal secreto que ninguno de los Apóstoles pudo entender ni el gesto de Pedro, ni la pregunta de Juan, ni la respuesta de Cristo; ya que nadie en ese momento supo que el traidor era Judas Iscariote, excepto los dos apóstoles privilegiados.

CAPÍTULO VIII. Jesús predice la negación de Pedro y le asegura que no fallará su fe. — Pedro lo sigue en el huerto de Getsemaní. — Corta la oreja a Malco. — Su caída, su arrepentimiento. *Año de J. C. 33.*

Se acercaba el tiempo de la pasión del Salvador, y la fe de los Apóstoles iba a ser puesta a dura prueba. Después de la última cena, cuando Jesús estaba a punto de salir del cenáculo, se dirigió a sus Apóstoles y les dijo: “Esta noche es muy dolorosa para mí y de gran peligro para todos ustedes: sucederán de mí tales cosas que ustedes quedarán escandalizados, y no les parecerá más verdadero lo que han conocido y que ahora creen de mí. Por eso les digo que esta noche todos me darán la espalda.” Pedro, siguiendo su habitual ardor, fue el primero en responder: “¿Cómo? ¿Nosotros todos te daremos la espalda? Aunque todos estos fueran tan débiles como para abandonarte, yo ciertamente nunca lo haré, de hecho, estoy listo para morir contigo.” “Ah Simón, Simón,” respondió Jesucristo, “he aquí que Satanás ha urdido contra ustedes una terrible tentación, y los tamizará como se hace con el trigo en el tamiz; y tú mismo en esta noche, antes de que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces.” Pedro hablaba guiado por un sentimiento cálido de afecto y no consideraba que sin la ayuda divina el hombre cae en deplorables excesos; por lo tanto, renovó las mismas promesas diciendo: “No, ciertamente; puede que todos te nieguen, pero yo nunca.” Jesús, que conocía bien que tal presunción de Pedro provenía de un ardor inconsiderado y de una gran ternura hacia él, tuvo compasión y le dijo: “Ciertamente caerás, oh Pedro, como te dije; sin embargo, no te pierdas de ánimo. He orado por ti, para que tu fe no falte; tú, cuando te hayas arrepentido de tu caída, confirma a tus hermanos: *Rogavi pro te, ut non deficiat fides tua, et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos*.” Con estas palabras el divino Salvador prometió una asistencia particular al Cabeza de su Iglesia, para que su fe nunca falte, es decir, que como Maestro universal y en las cosas que conciernen a la religión y la moral, enseñó y enseñará siempre la verdad, aunque en la vida privada

pueda caer en culpa, como de hecho ocurrió a San Pedro.

Mientras tanto, Jesucristo, después de aquella memorable Cena Eucarística, ya avanzada la noche, salió del cenáculo con los once Apóstoles y se dirigió al monte de los Olivos. Al llegar allí, tomó consigo a Pedro, Santiago y Juan, y se retiró a una parte de aquel monte llamada Getsemaní, donde solía ir a orar. Jesús se alejó aún de los tres Apóstoles tanto como un tiro de piedra y comenzó a orar. Pero antes, en el acto de separarse de ellos, les advirtió diciendo: “Vigilen y oren, porque la tentación está cerca.” Pero Pedro y sus compañeros, tanto por la hora tardía como por el cansancio, se sentaron a descansar y se quedaron dormidos.

Este fue un nuevo fallo de Pedro, quien debía seguir el precepto del Salvador, vigilando y orando. En ese ínterin llegaron las guardias al huerto para capturar a Jesús y llevarlo a prisión. Pedro, al verlos apenas, corrió hacia ellos para alejarlos; y viendo que ofrecían resistencia, tomó la espada que tenía consigo y, asestando un golpe al azar, le cortó la oreja a un sirviente del pontífice Caifás, llamado Malco.

No eran estas las pruebas de fidelidad que Jesús esperaba de Pedro, ni nunca le había enseñado a oponer fuerza a fuerza. Fue esto un efecto de su vivo amor al divino Salvador, pero fuera de propósito; por lo que Jesús dijo a Pedro: “Vuelve a poner la espada en su lugar, porque quien hiere con espada, por espada perecerá.” Luego, poniendo en práctica lo que había enseñado tantas veces en sus predicaciones, es decir, hacer el bien a quien nos hace mal, tomó la oreja cortada y con suma bondad la volvió a poner con sus santas manos en el lugar de la herida, de modo que quedó sanada al instante.
Pedro y los otros Apóstoles, viendo inútil toda resistencia y que, además, correrían peligro por sí mismos, dejando de lado las promesas hechas poco antes al Maestro, se dieron a la fuga y abandonaron a Jesús, dejándolo solo en manos de sus verdugos.

Pedro, por otro lado, avergonzándose de su vileza, confundido e indeciso, no sabía a dónde ir ni dónde estar; por lo tanto, desde lejos siguió a Jesús hasta el atrio del palacio de Caifás, jefe de todos los sacerdotes judíos; y por la recomendación de un conocido, logró también entrar. Jesús estaba allí dentro en poder de los Escribas y los Fariseos, que lo habían acusado ante ese tribunal y buscaban hacerlo condenar con alguna apariencia de justicia.
Apenas entró en aquel lugar, nuestro Apóstol encontró una multitud de guardias que se estaban calentando junto al fuego encendido allí, y se puso también con

ellos. A la luz de las llamas, la sirvienta que por gracia lo había dejado entrar, al verlo pensativo y melancólico, sospechó que él era un seguidor de Jesús. “Eh,” le dijo, “tú pareces un compañero del Nazareno, ¿no es cierto?” El Apóstol, al verse descubierto ante tanta gente, quedó atónito; y temiendo por sí mismo la prisión, quizás también la muerte, perdido todo coraje, respondió: “Mujer, te equivocas; no soy de los suyos; ni siquiera conozco a ese Jesús de quien hablas.” Dicho esto, el gallo cantó por primera vez; y Pedro no prestó atención.

Después de haberse detenido un momento en compañía de aquellas guardias, se fue al vestíbulo. Mientras regresaba junto al fuego, otra sirvienta, señalando a Pedro, también se puso a decir a los presentes: “Este también estaba con Jesús Nazareno.” El pobre discípulo, a estas palabras cada vez más asustado, casi fuera de sí, respondió que no lo conocía ni lo había visto jamás. Pedro hablaba así, pero la conciencia lo reprochaba y sentía los más agudos remordimientos; por lo tanto, todo pensativo, con la mirada turbada y paso incierto, estaba, entraba y salía sin saber qué hacer. Pero un abismo conduce a otro abismo.

Después de algunos instantes, un pariente de ese Malco a quien Pedro había cortado la oreja lo vio y, fijándose bien en su rostro, dijo: “Ciertamente este es uno de los compañeros del Galileo. ¡Tú lo eres ciertamente, tu pronunciación te delata! Y, además, ¿no te he visto en el huerto con él, cuando le cortaste la oreja a Malco?” Pedro, viéndose en tan mala situación, no supo encontrar otro escape que jurar y perjurar que no lo conocía. No había aún pronunciado bien la última sílaba, cuando el gallo cantó por segunda vez.

Cuando el gallo cantó por primera vez, Pedro no había prestado atención; pero esta segunda vez se da cuenta del número de sus negaciones, recuerda la predicción de Jesucristo y la ve cumplida. A este recuerdo se turbó, sintió todo su corazón amargado y, volviendo la mirada hacia el buen Jesús, su mirada se encontró con la de él. Esta mirada de Cristo fue un acto mudo, pero al mismo tiempo un golpe de gracia, que, a modo de dardo agudísimo, fue a herirlo en el corazón, no para darle la muerte, sino para devolverle la vida[10].

Aquel rasgo de bondad y de misericordia hizo que Pedro, sacudido como por un profundo sueño, sintiera inflarse el corazón y se sintiera impulsado a las lágrimas por el dolor. Para dar libre curso al llanto, salió de aquel lugar desafortunado y fue a llorar su falta, invocando de la divina misericordia el perdón. El Evangelio nos dice solamente que: *et egressus Petrus flevit amare*: Pedro salió y lloró amargamente. De esta caída el santo Apóstol llevó remordimiento toda la vida, y se puede decir que desde aquella hora hasta la muerte no hizo más que llorar su pecado, haciendo una dura penitencia. Se dice que siempre llevaba consigo un pañuelo para secarse las lágrimas; y que cada vez que oía cantar al gallo, se sobresaltaba y temblaba,

recordando el doloroso momento de su caída. De hecho, las lágrimas que tenía continuamente le habían hecho dos surcos en las mejillas. ¡Bendito Pedro que tan pronto abandonó la culpa y hizo una penitencia tan larga y dura! ¡Bendito también aquel cristiano que, después de haber tenido la desgracia de seguir a Pedro en la culpa, lo sigue también en el arrepentimiento!

CAPÍTULO IX. Pedro en el sepulcro del Salvador. — Jesús se le aparece. — En el lago de Tiberíades da tres distintos signos de amor hacia Jesús que lo constituye efectivamente cabeza y pastor supremo de la Iglesia.

Mientras el divino Salvador era llevado a los varios Tribunales y luego conducido al Calvario a morir en la Cruz, Pedro no lo perdió de vista, porque deseaba ver dónde iba a terminar aquel luctuoso espectáculo.

Y aunque el Evangelio no lo diga, hay razones para creer que se encontró en compañía de su amigo Juan a los pies de la cruz. Pero después de la muerte del Salvador, el buen Pedro, todo humillado por la manera indigna con que había correspondido al gran amor de Jesús, pensaba continuamente en él, oprimido por el más amargo dolor y arrepentimiento.

Sin embargo, esta humillación suya era precisamente la que atraía sobre Pedro la benignidad de Jesús. Después de su resurrección, Jesús se apareció primariamente a María Magdalena y a otras piadosas mujeres, porque ellas solas estaban en el sepulcro para embalsamarlo. Después de manifestarse a ellas, añadió: “Vayan de inmediato, refiéranles a mis hermanos y particularmente a Pedro que me han visto vivo.” Pedro, que quizás ya se creía olvidado por el Maestro, al sentirse por parte de Jesús anunciarle a él nominativamente la noticia de la resurrección, estalló en un torrente de lágrimas y no pudo contener más la alegría en su corazón.

Transportado por la alegría y el deseo de ver al Maestro resucitado, él, en compañía del amigo Juan, comenzó a correr rápidamente hacia el monte Calvario. Su alma, por otro lado, estaba entonces agitada por dos sentimientos contrarios: por la esperanza de ver a Jesús resucitado y por el temor de que la relación hecha por las piadosas mujeres no fuera más que efecto de su fantasía, porque al principio no comprendían cómo él debía realmente resucitar. Mientras tanto, ambos corrían juntos; pero Juan, siendo más joven y más ágil, llegó al sepulcro antes que Pedro. Sin embargo, no tuvo el valor de entrar y, inclinándose un poco a la entrada, vio las vendas en las que había sido envuelto el cuerpo de Jesús. Poco después llegó también Pedro quien, fuera por la mayor autoridad que sabía que gozaba, fuera porque era de un carácter más resuelto y pronto, sin detenerse en el exterior, entró de inmediato en el sepulcro, lo examinó en todas sus partes buscando y palpando por todas partes, y no vio otra cosa que las vendas y el sudario envuelto a un lado.

Siguiendo el ejemplo de Pedro, entró luego también Juan, y ambos coincidieron en que el cuerpo de Jesús había sido sacado del sepulcro y robado. Pues, aunque deseaban ardientemente que el divino Maestro hubiera resucitado, aún no creían en esta dulcísima verdad. Los dos Apóstoles, después de haber hecho en el sepulcro tales minuciosas observaciones, salieron y regresaron de donde habían partido.
Pero en ese mismo día Jesús quiso él mismo visitar a Pedro en persona para consolarlo con su presencia y, lo que es más, se apareció precisamente a Pedro antes que a todos los demás Apóstoles.
En varias ocasiones el divino Salvador se manifestó a sus Apóstoles después de la resurrección para instruirlos y confirmarlos en la fe.
Un día Pedro, Santiago y Juan con algunos otros discípulos, tanto para evitar el ocio como para ganarse algo de comer, fueron a pescar en el lago de Tiberíades. Subieron todos a una barca, la alejaron un poco de la orilla y echaron sus redes. Se fatigaron toda la noche echando las redes ahora de un lado, ahora del otro, pero todo en vano; ya amanecía y nada habían pescado. Entonces apareció el Señor en la orilla, donde, sin hacerse reconocer, como si quisiera comprar algunos peces: "*Hijitos," les dijo, "¿tienen algo de comer?" "Pueri, numquid pulmentarium habetis?*" "No," respondieron; "hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada." Jesús añadió: "Echen la red a la derecha de la barca y pescarán." Fueran movidos por un impulso interior, fuera por seguir el consejo de Aquel que a sus ojos parecía un experto pescador, echaron la red y poco después la encontraron llena de tantos y tan grandes peces que apenas pudieron sacarla. Ante esta pesca inesperada, Juan se volvió hacia aquel que desde la orilla había dado ese consejo y, habiendo reconocido que era Jesús, dijo de inmediato a Pedro: "Es el Señor." Pedro, al oír estas palabras, transportado por el habitual fervor, sin más consideración se lanzó al agua y nadó hasta la orilla para ser el primero en saludar al Divino Maestro. Mientras Pedro se detenía familiarmente con Jesús, se acercaron también los otros Apóstoles arrastrando la red.

Al llegar, encontraron el fuego encendido por la mano misma del Divino Salvador y pan preparado con pescado que se asaba. Los Apóstoles, movidos por el deseo de ver al Señor, dejaron todos los peces en la barca, de donde el Salvador les dijo: "Traigan aquí esos peces que han pescado ahora." Pedro, que en todo era el más pronto y obediente, al oír esa orden, subió de inmediato a la barca y solo sacó a tierra la red llena de 153 grandes peces.
El texto sagrado nos advierte que fue un milagro el no haberse rasgado la red, aunque había tantos peces y de tal tamaño. Los santos Padres ven en este hecho la divina potestad del cabeza de la Iglesia, quien, asistido de manera particular por el

Espíritu Santo, guía la mística nave llena de almas para llevarlas a los pies de Jesucristo, que las ha redimido y las espera en el cielo.
Mientras tanto, Jesús había preparado él mismo la comida; e invitando a los Apóstoles a sentarse sobre la arena desnuda, distribuyó a cada uno pan y pescado que había asado. Terminada la comida, Jesucristo se puso de nuevo a conversar con San Pedro y a interrogarlo frente a los compañeros de la siguiente manera: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú más que estos?” “Sí,” respondió Pedro, “ustedes saben que los amo.” Jesús le dijo: “Apacienta mis corderos.” Luego le preguntó otra vez: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú?” “Señor,” replicó Pedro, “ustedes bien saben que los amo.” Jesús repitió: “Apacienta mis corderos.” El Señor añadió: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas tú?” Pedro, al verse interrogado tres veces sobre el mismo tema, quedó fuertemente turbado; en ese momento le volvieron a la mente las promesas ya hechas en otra ocasión, y que él había violado, y por lo tanto temía que Jesucristo no viera en su corazón un amor mucho más escaso de lo que a él le parecía tener, y quisiera como predecirle otras negaciones. Por lo tanto, desconfiando de sus propias fuerzas, Pedro con gran humildad respondió: “Señor, ustedes saben todo, y por lo tanto saben que los amo.” Estas palabras significaban que Pedro estaba seguro en ese momento de la sinceridad de sus afectos, pero no lo estaba tanto para el futuro. Jesús, que conocía su deseo de amarlo y la sinceridad de sus afectos, lo consoló diciendo: “Apacienta mis ovejas.” Con estas palabras el Hijo de Dios cumplía la promesa hecha a San Pedro de constituirlo príncipe de los Apóstoles y piedra fundamental de la Iglesia. De hecho, los corderos aquí significan todos los fieles cristianos, esparcidos en las diversas partes del mundo, que deben estar sometidos al Cabeza de la Iglesia, así como hacen los corderos a su pastor. Las ovejas, por otro lado, significan a los obispos y otros sagrados ministros, quienes dan sí el pasto de la doctrina de Jesucristo a los fieles cristianos, pero siempre de acuerdo, siempre unidos y sometidos al supremo pastor de la Iglesia, que es el Papa Romano, el Vicario de Jesucristo en la tierra.
Apoyados en estas palabras de Jesucristo, los católicos de todos los tiempos siempre han creído como verdad de fe que San Pedro fue constituido por Jesucristo su Vicario en la tierra y cabeza visible de toda la Iglesia, y que recibió de él la plenitud de autoridad sobre los otros apóstoles y sobre todos los fieles. Esta autoridad pasó a los Papas romanos, sus sucesores. Esto fue definido como dogma de fe en el concilio florentino en el año 1439, con las siguientes palabras: “Nosotros definimos que la santa sede Apostólica y el Papa Romano es el sucesor del príncipe de los Apóstoles, el verdadero Vicario de Cristo y el cabeza de toda la Iglesia, el maestro y padre de todos los cristianos, y que a él en la persona del beato Pedro le fue dado por nuestro Señor Jesucristo pleno poder para apacentar, regir y gobernar

la Iglesia Universal.”
También notan los santos Padres que el divino Redentor quiso que Pedro dijera tres veces públicamente que lo amaba, casi para reparar el escándalo que había dado al negarlo tres veces.

CAPÍTULO X. Infallibilidad de San Pedro y de sus sucesores.
El divino Salvador dio al Apóstol Pedro el supremo poder en la Iglesia, es decir, el primado de honor y de jurisdicción, que pronto veremos ejercido por él. Pero para que, como cabeza de la Iglesia, pudiera ejercer convenientemente esta suprema autoridad, Jesucristo lo dotó también de una prerrogativa singular, es decir, de la infalibilidad. Siendo esta una de las verdades más importantes, creo conveniente añadir algo en confirmación y declaración de la doctrina que en todos los tiempos la Iglesia católica ha profesado sobre este dogma.

Primero que todo, es necesario entender qué se entiende por infalibilidad. Por ella se entiende que el Papa, cuando habla ex cathedra, es decir, cumpliendo con la función de Pastor o Maestro de todos los cristianos, y juzga sobre las cosas que conciernen a la fe o a la moral, no puede, por la asistencia divina, caer en error, por lo tanto, ni engañarse ni engañar a los demás. Se debe notar, por lo tanto, que la infalibilidad no se extiende a todas las acciones, a todas las palabras del Papa; no le compete como hombre privado, sino solamente como Cabeza, Pastor, Maestro de la Iglesia, y cuando define alguna doctrina relacionada con la fe o la moral y pretende obligar a todos los fieles. Además, no se debe confundir la infalibilidad con la impecabilidad; de hecho, Jesucristo a Pedro y a sus sucesores les prometió la primera al instruir a los hombres, pero no la segunda, en la cual no quiso privilegiarlos.
Dicho esto, digamos que una de las verdades mejor probadas es precisamente la de la infalibilidad doctrinal, concedida por Dios al Cabeza de la Iglesia. Las palabras de Jesucristo no pueden fallar, porque son palabras de Dios. Ahora, Jesucristo le dijo a Pedro: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del reino de los Cielos, y todo lo que ates en la tierra será atado también en los cielos, y todo lo que desates en la tierra será desatado también en los cielos.”
Según estas palabras, las puertas[11], es decir, las potencias infernales, entre las cuales ocupa el primer lugar el error y la mentira, nunca podrán prevalecer ni contra la Piedra, ni contra la Iglesia que sobre ella está fundada. Pero si Pedro, como Cabeza de la Iglesia, errara en cosas de fe y de moral, sería como si faltara el fundamento. Faltando esto, caería el edificio, es decir, la misma Iglesia, y así el

fundamento y la fábrica deberían decirse vencidos y derribados por las puertas infernales. Ahora bien, esto, después de las mencionadas palabras, no es posible, a menos que se quiera blasfemar afirmando que fueron falaces las promesas del divino Fundador: cosa horrible no solo para los católicos, sino para los mismos cismáticos y herejes.

Además, Jesucristo aseguró que sería sancionado en el cielo todo lo que Pedro, como Cabeza de la Iglesia, atara o desatara, aprobara o condenara en la tierra. Por lo tanto, así como en el cielo no puede ser aprobado el error, así se debe necesariamente admitir que el Cabeza de la Iglesia es infalible en sus juicios, en sus decisiones emitidas en calidad de Vicario de Jesucristo, de modo que él, como maestro y juez de todos los fieles, no apruebe ni condene sino aquello que puede ser igualmente aprobado o condenado en el cielo; y esto lleva a la infalibilidad.

La cual se manifiesta aún más en las palabras que Jesucristo dirigió a Pedro cuando le ordenó confirmar en la fe a los otros Apóstoles: “Simón, Simón,” le dijo, “mira que Satanás ha pedido zarandearos como se hace con el trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte; y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos.” Jesucristo, por lo tanto, ora para que la fe del Papa no falte; ahora es imposible que la oración del Hijo de Dios no sea escuchada. Además: Jesucristo ordenó a Pedro que confirmara en la fe a los otros pastores y a estos que lo escucharan; pero si no le hubiera comunicado también la infalibilidad doctrinal, lo habría puesto en peligro de engañarlos y arrastrarlos al abismo del error. ¿Puede creerse que Jesucristo haya querido dejar a la Iglesia y a su Cabeza en tanto peligro?

Finalmente, el divino Redentor, después de su Resurrección, estableció a Pedro como Pastor supremo de su rebaño, es decir, de su Iglesia, confiándole el cuidado de los corderos y las ovejas: “Apacienta mis corderos,” le dijo, “apacienta mis ovejas.” Instruye, enseña a unos y a otros guiándolos a pastos de vida eterna. Pero si Pedro errara en materia de doctrina, ya sea por ignorancia o por malicia, entonces sería como un pastor que conduce a los corderos y las ovejas a pastos envenenados, que en lugar de vida les daría muerte. Ahora, ¿puede suponerse que Jesucristo, quien para salvar a sus ovejitas dio todo de sí mismo, haya querido establecerles un pastor así?

Por lo tanto, según el Evangelio, el Apóstol Pedro tuvo el don de la infalibilidad:

I. Porque es la Piedra fundamental de la Iglesia de Jesucristo;

II. Porque sus juicios deben ser confirmados también en el cielo;

III. Porque Jesucristo oró por su infalibilidad, y su oración no puede fallar;

IV. Porque debe confirmar en la fe, apacentar y gobernar no solo a los simples fieles, sino a los mismos pastores.

Es útil ahora añadir que, junto con la autoridad suprema sobre toda la Iglesia, el don

de la infalibilidad pasó de Pedro a sus sucesores, es decir, a los Pontífices Romanos. También esta es una verdad de fe.

Jesucristo, como hemos visto, dio un poder más amplio y dotó del don de la infalibilidad a San Pedro, con el fin de proveer a la unidad y a la integridad de la fe en sus seguidores. “Entre doce uno es elegido,” reflexiona el máximo doctor San Jerónimo, “para que, establecido un Cabeza, se quite toda ocasión de cisma: *Inter duodecim unus eligitur, ut, capite constituto, schismatis tolleretur occasio*.[12]” “El primado se confiere a Pedro,” escribió San Cipriano, “para que se demuestre una la Iglesia, y una la cátedra de la verdad.[13]”

Dicho esto, digamos: la necesidad de unidad y de verdad no existía solo en el tiempo de los Apóstoles, sino también en los siglos posteriores; de hecho, esta necesidad se incrementó aún más con la expansión de la propia Iglesia y con la desaparición de los Apóstoles, privilegiados por Jesucristo con dones extraordinarios para la promulgación del Evangelio. Por lo tanto, según la intención del divino Salvador, la autoridad y la infalibilidad del primer Papa no debían cesar con su muerte, sino transmitirse a otro, de modo que se perpetuaran en la Iglesia.

Esta transmisión aparece clarísima sobre todo en las palabras de Jesucristo a Pedro, con las cuales lo establecía como base, fundamento de la Iglesia. Es manifiesto que el fundamento debe durar tanto como el edificio; siendo imposible esto sin aquel. Pero el edificio, que es la Iglesia, debe durar hasta el fin del mundo, habiendo prometido el mismo Jesús estar con su Iglesia hasta la consumación de los siglos: “Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” Por lo tanto, hasta la consumación de los siglos debe durar el fundamento que es Pedro; pero dado que Pedro ha muerto, la autoridad y la infalibilidad deben aún subsistir en alguien más. De hecho, subsisten en sus sucesores en la Sede de Roma, es decir, subsisten en los Pontífices Romanos. Por lo tanto, se puede decir que Pedro vive aún y juzga en sus sucesores. Así, de hecho, se expresaban los legados de la Sede Apostólica, con el aplauso del concilio general de Éfeso en el año 431: “Quien hasta este tiempo, y siempre en sus sucesores, vive y ejerce el juicio.”

Por esta razón, desde los primeros siglos de la Iglesia, al surgir cuestiones religiosas, se recurría a la Iglesia de Roma, y sus decisiones y juicios se consideraban como regla de fe. Basta para toda prueba las palabras de San Ireneo, Obispo de Lyon, muerto mártir en el año 202. “Para confundir,” escribió, “a todos aquellos que, de cualquier manera por vana gloria, por ceguera o por malicia se reúnen en conciliábulos, nos bastará indicarles la tradición y la fe que la mayor y más antigua de todas las iglesias, la Iglesia conocida en todo el mundo, la Iglesia Romana, fundada y constituida por los gloriosísimos Apóstoles Pedro y Pablo, ha anunciado a los hombres y transmitido hasta nosotros por medio de la sucesión de

sus obispos. De hecho, a esta Iglesia, a causa de su preeminente primado, debe recurrir toda Iglesia, es decir, todos los fieles de cualquier parte que sean.[14]”
Respecto a la infalibilidad del Papa, algunos herejes, entre los cuales se encuentran los protestantes y los llamados viejos católicos, la niegan diciendo que solo Dios es infalible.
Nosotros no negamos que Dios solo es infalible por naturaleza; pero decimos que él puede conceder el don de la infalibilidad también a un hombre, asistiendo de modo que no se equivoque. Dios solo puede hacer verdaderos milagros; y, sin embargo, sabemos por la misma Sagrada Escritura que muchos hombres los hicieron, y de manera asombrosa. Ellos los operaron no por virtud propia, sino por virtud divina comunicada a ellos. Así, el Papa no es infalible por naturaleza, sino por virtud de Jesucristo que así lo quiso para el bien de la Iglesia.
Por otra parte, los protestantes y sus seguidores, que aún creen en el Evangelio, no deben hacer tanto ruido porque nosotros los católicos consideremos infalible a un hombre, cuando nos hace de supremo y universal maestro; de hecho, ellos aún con nosotros, sin creer que hacen agravio a Dios, consideran infalibles al menos a cuatro, que son los Evangelistas Mateo, Marcos, Lucas y Juan; de hecho, consideran infalibles a todos los escritores sagrados tanto del Nuevo como del Viejo Testamento. Ahora bien, si se puede, de hecho, se debe, creer en la infalibilidad de aquellos hombres que nos transmitieron por escrito la palabra de Dios, ¿qué puede impedirnos creer en la infalibilidad de otro hombre destinado a conservarla intacta y explicarla en nombre del mismo Dios?
La razón misma nos sugiere que es cosa muy conveniente que Jesucristo concediera el don de la infalibilidad a su Vicario, al Maestro de todos los fieles. ¿Y qué? Si un padre sabio y amoroso tiene hijos que instruir, ¿no es cierto que elige al maestro más docto y más sabio que pueda encontrar? ¿No es cierto también que, si este padre pudiera dar a ese maestro el don de no engañar nunca al hijo ni por ignorancia ni por malicia, se lo comunicaría de corazón? Ahora bien, todos los hombres, especialmente los cristianos, son hijos de Dios; el Papa es su gran Maestro establecido por él. Ahora, Dios podía conferirle el don de no caer nunca en error cuando los instruye. ¿Quién, por lo tanto, puede razonablemente admitir que este óptimo Padre no haya hecho lo que haríamos nosotros miserables?
En todos los siglos y por todos los verdaderos católicos se ha creído constantemente en la infalibilidad del sucesor de Pedro. Pero en estos últimos tiempos surgieron algunos herejes para impugnarla; de hecho, por la falta de una definición expresa, algunos católicos mal informados también tomaron ocasión de ponerla en duda. Por lo tanto, el 18 de julio de 1870, el Concilio Vaticano, compuesto por más de 700 Obispos presididos por el inmortal Pío IX, para prevenir

a los fieles de todo error, definió solemnemente la infalibilidad pontificia como dogma de fe con estas palabras: “Definimos que el Romano Pontífice, cuando habla ex cathedra, es decir, cumpliendo con la función de Pastor y Maestro de todos los cristianos, y por su suprema autoridad apostólica define alguna doctrina de la fe y de la moral que debe ser mantenida por toda la Iglesia, a causa de la asistencia divina prometida a él en la persona del Beato Pedro, goza de la misma infalibilidad con la que el divino Redentor quiso dotar a su Iglesia al definir las doctrinas de la fe y de la moral. Por lo tanto, estas definiciones del Romano Pontífice son por sí mismas, y no por el consenso de la Iglesia, irreformables. Si alguien se atreve a contradecir esta nuestra definición, sea excomulgado.”
Después de esta definición, quien niegue la infalibilidad pontificia cometería grave desobediencia a la Iglesia, y si persistiera en su error no pertenecería más a la Iglesia de Jesucristo, y nosotros deberíamos evitarlo como hereje. “Quien no escucha a la Iglesia,” dice el Evangelio, “sea para ti como un pagano y un publicano,” es decir, excomulgado.

CAPÍTULO XI. Jesús predice a S. Pedro la muerte en cruz. — Promete asistencia a la Iglesia hasta el fin del mundo. — Regreso de los Apóstoles al cenáculo. *Año de J. C. 33.*
Después de que San Pedro comprendió que las repetidas preguntas del Salvador no eran presagio de caída, sino que eran la confirmación de la alta autoridad que le había prometido, se sintió consolado. Y como Jesús sabía que a Pedro le importaba mucho glorificar a su divino Maestro, quiso predecirle el tipo de suplicio con el que terminaría su vida.

Por lo tanto, inmediatamente después de las tres protestas de amor que le había hecho, comenzó a hablarle así: “En verdad, en verdad te digo, cuando eras más joven te vestías por ti mismo e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, otro, es decir, el verdugo, te ceñirá, es decir, te atará, y tú extenderás las manos y él te llevará a donde no quieres.” Con estas palabras, dice el Evangelio, venía a significar con qué muerte glorificaría Pedro a Dios, es decir, siendo atado a una cruz y coronado con el martirio. Pedro, viendo que Jesús le daba una autoridad suprema y a él solo le predecía el martirio, se mostró ansioso por preguntar qué sería de su amigo Juan y dijo: “¿Y de este qué será?” A lo que Jesús respondió: “¿Qué te importa a ti este? Si yo quisiera que permaneciera hasta mi regreso, ¿a ti qué te importa? Tú haz lo que te digo y sígueme.” Entonces Pedro adoró los decretos del Salvador y no se atrevió a hacer más preguntas al respecto.

Jesucristo apareció muchas veces a San Pedro y a los otros Apóstoles; y un día se manifestó sobre un monte donde estaban presentes más de 500 discípulos. En otra ocasión, después de haberles dado a conocer el supremo y absoluto poder que él tenía en el cielo y en la tierra, confirió a San Pedro y a todos los Apóstoles la facultad de remitir los pecados diciendo: “Como el Padre mío me ha enviado, así yo os envío a vosotros. Recibid el Espíritu Santo: serán remitidos los pecados a quienes los remitiereis, y serán retenidos a quienes los retuviereis. *Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; quorum retinueritis, retenta sun*t. Id, predicad el Evangelio a toda criatura; enseñadles y bautizadles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El que creyere y fuere bautizado será salvo; mas el que no creyere será condenado. Aún tengo muchas cosas que deciros, que ahora no podéis sobrellevar. Pero el Espíritu Santo, que enviaré sobre vosotros en pocos días, os enseñará todas las cosas. No os perdáis de ánimo. Seréis llevados ante los tribunales, ante los magistrados y ante los mismos reyes. No os preocupéis por lo que debáis responder; el Espíritu de verdad, que el Padre celestial os enviará en mi nombre, os pondrá las palabras en la boca y os sugerirá todo. Tú, pues, oh Pedro, y todos vosotros, mis Apóstoles, no penséis que os dejo huérfanos; no, estaré con vosotros todos los días hasta el fin de los siglos: *Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem saeculi*.”

Dijo aún muchas cosas a sus Apóstoles; luego, en el cuadragésimo día desde su resurrección, recomendándoles que no salieran de Jerusalén hasta después de la venida del Espíritu Santo, los condujo al monte de los Olivos. Allí los bendijo y comenzó a elevarse en alto. En ese momento apareció una resplandeciente nube que lo rodeó y lo quitó de sus miradas.

Los Apóstoles aún estaban con los ojos dirigidos al cielo, como quien está arrebatado en dulce éxtasis, cuando dos Ángeles en formas humanas, magníficamente vestidos, se acercaron y dijeron: “Hombres de Galilea, ¿por qué estáis aquí mirando al cielo? Ese Jesús, que partiendo ahora de vosotros ha ido al cielo, volverá de la misma manera en que le habéis visto ascender.” Dicho esto, desaparecieron; y aquella devota comitiva partió del monte de los Olivos y regresó a Jerusalén para esperar la venida del Espíritu Santo, según el mandato del divino Salvador.

CAPÍTULO XII. San Pedro sustituye a Judas. — Venida del Espíritu Santo. — Milagro de las lenguas. *Año de Jesucristo 33.*

Hasta ahora hemos considerado a Pedro solamente en su vida privada; pero pronto lo veremos recorrer una carrera mucho más gloriosa, después de haber recibido los dones del Espíritu Santo. Ahora observemos cómo comenzó a ejercer la autoridad

de Sumo Pontífice, de la que había sido investido por Jesucristo.
Después de la ascensión del divino Maestro, San Pedro, los Apóstoles y muchos otros discípulos se retiraron al cenáculo, que era una vivienda situada en la parte más elevada de Jerusalén, llamada monte Sion. Aquí, en número de aproximadamente 120 personas, con María Madre de Jesús, pasaban los días en oración, esperando la venida del Espíritu Santo.
Un día, mientras estaban ocupados en las sagradas funciones, Pedro se levantó en medio de ellos y, intimando silencio con la mano, dijo: “Hermanos, es necesario que se cumpla lo que el Espíritu Santo predijo por boca del profeta David acerca de Judas, quien fue guía de aquellos que arrestaron al Divino Maestro. Él, al igual que vosotros, había sido elegido para el mismo ministerio; pero prevaricó, y con el precio de sus iniquidades fue comprado un campo; y él se ahorcó, y desgarrándose por medio, derramó las entrañas en la tierra. El hecho se hizo público a todos los habitantes de Jerusalén, y aquel campo recibió el nombre de Aceldama, es decir, campo de sangre. Ahora, de él precisamente fue escrito en el libro de los Salmos: ‘Sea su morada desierta, y no haya quien habite en ella; y en lugar de él, otro le suceda en el episcopado.[15]’ Por lo tanto, es necesario que entre aquellos que han estado con nosotros todo el tiempo que moró con nosotros Jesucristo, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que, partiendo de nosotros, ascendió al cielo, es necesario, digo, que entre estos se elija uno, que sea con nosotros testigo de su resurrección para la obra a la que somos enviados.”
Todos callaron ante las palabras de Pedro, pues todos lo consideraban como cabeza de la Iglesia y elegido por Jesucristo para hacer sus veces en la tierra. Por lo tanto, fueron presentados dos, es decir, José, llamado también Barsabás (que tenía por sobrenombre el Justo), y Matías. Reconociendo en ambos igual mérito y igual virtud, los sagrados electores dejaron a Dios la elección. Postrados, entonces, comenzaron a orar así: “Vosotros, Señor, que conocéis el corazón de todos, mostradnos cuál de los dos habéis elegido para ocupar el lugar de Judas el traidor.” En ese caso se consideró bien usar con la oración también la suerte para conocer la voluntad de Dios. En la actualidad, la Iglesia ya no utiliza este medio, teniendo muchísimas otras formas de reconocer a aquellos que son llamados al ministerio del altar. Entonces echaron la suerte y esta cayó sobre Matías, quien fue contado con los otros once Apóstoles, y así llenó el duodécimo puesto que había quedado vacante.
Este es el primer acto de autoridad Pontificia que ejerció San Pedro; autoridad no solo de honor, sino de jurisdicción, tal como la ejercieron en todo tiempo los Papas sus sucesores.

Hemos considerado en Pedro una fe viva, humildad profunda, obediencia pronta,

caridad ferviente y generosa; pero estas bellas cualidades estaban aún muy lejos de ponerlo en condiciones de ejercer el alto ministerio al que estaba destinado. Él debía vencer la obstinación de los judíos, destruir la idolatría, convertir a hombres dados a todos los vicios, y establecer en toda la tierra la fe de un Dios Crucificado. La concesión de esta fuerza, de la que Pedro necesitaba para una empresa tan grande, estaba reservada a una gracia especial que debía infundirse mediante los dones del Espíritu Santo, que debía descender sobre él, para iluminarle la mente e inflamarle el corazón con un inaudito prodigio.

Este milagroso acontecimiento es referido por los Libros Sagrados de la siguiente manera: era el día de Pentecostés, es decir, el quincuagésimo después de la resurrección de Jesucristo, el décimo desde que Pedro estaba en el cenáculo en oración con los otros discípulos, cuando de repente a la hora tercera, alrededor de las nueve de la mañana, se oyó en el monte Sion un gran estruendo similar al ruido del trueno acompañado de un viento fuerte. Ese viento invadió la casa donde estaban los discípulos, que fue llenada por todas partes. Mientras cada uno reflexionaba sobre la causa de aquel estruendo, aparecieron llamas que, a manera de lenguas de fuego, se posaban sobre la cabeza de cada uno de los presentes. Eran aquellas llamas símbolo del coraje y de la caridad encendida con la que los Apóstoles darían mano a la predicación del Evangelio.

En ese momento Pedro se convirtió en un hombre nuevo; se encontró iluminado a tal punto que conocía los más altos misterios, y sintió en sí mismo un coraje y una fuerza tales que las más grandes empresas le parecían nada.

En ese día se celebraba en Jerusalén una gran fiesta por parte de los judíos, y muchísimos habían acudido de las más variadas partes del mundo. Algunos de ellos hablaban latín, otros griego, otros egipcio, árabe, siríaco, otros aún persa y así sucesivamente.

Ahora, al ruido del fuerte viento, corrió alrededor del cenáculo una gran multitud de aquella gente de tantas lenguas y naciones, para saber qué había sucedido. A esa vista salieron los Apóstoles y se hicieron a su encuentro para hablar.

Y aquí comenzó a operarse un milagro nunca oído; de hecho, los Apóstoles, humanamente rústicos, de modo que apenas sabían la lengua del país, comenzaron a hablar de las grandezas de Dios en las lenguas de todos aquellos que habían acudido. Un hecho tal llenó de asombro a los oyentes, quienes, sin saber cómo explicárselo, se decían unos a otros: “¿Qué será esto?”

CAPÍTULO XIII. Primer sermón de Pedro. *Año de Jesucristo 33.*

Mientras la mayor parte admiraba la intervención de la potencia divina, no faltaron algunos malignos que, acostumbrados a despreciar todo lo santo, no sabiendo qué

más decir, iban llamando a los Apóstoles borrachos. Realmente una tontería ridícula; pues la embriaguez no hace hablar la lengua desconocida, sino que hace olvidar o maltratar la propia lengua. Fue entonces cuando San Pedro, lleno de santo ardor, comenzó a predicar por primera vez a Jesucristo.

En nombre de todos los otros Apóstoles se adelantó ante la multitud, levantó la mano, intimó silencio y comenzó a hablar así: “Hombres judíos y vosotros todos que habitáis en Jerusalén, abrid los oídos a mis palabras y seréis iluminados sobre este hecho. Estos hombres no están en absoluto borrachos como vosotros pensáis, porque estamos apenas a la tercera hora de la mañana, en la que solemos estar en ayuno. Muy distinta es la causa de lo que veis. Hoy se ha verificado en nosotros la profecía del profeta Joel, quien dijo así: ‘Acontecerá en los últimos días, dice el Señor, que derramaré mi Espíritu sobre los hombres; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos sueños. De hecho, en aquellos días derramaré mi espíritu sobre mis siervos y mis siervas, y se convertirán en profetas, y haré prodigios en el cielo y en la tierra. Y acontecerá que todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo.’

“Ahora,” continuó Pedro, “escuchad, oh hijos de Jacob: ese Señor, en cuyo nombre quien creyere será salvo, es el mismo Jesús Nazareno, aquel gran hombre a quien Dios daba testimonio con una multitud de milagros que realizó, como vosotros mismos habéis visto. Vosotros hicisteis morir a aquel hombre por mano de los impíos y así, sin saberlo, servisteis a los decretos de Dios, que quería salvar al mundo con su muerte. Dios, por otra parte, lo ha resucitado de entre los muertos, como había predicho el profeta David con estas palabras: ‘No me dejarás en el sepulcro, ni permitirás que tu santo pruebe la corrupción.’

“Notad,” añadió Pedro, “notad, oh judíos, que David no pretendía hablar de sí mismo, porque bien sabéis que él ha muerto y su sepulcro ha permanecido entre nosotros hasta el día de hoy; pero siendo él profeta y sabiendo que Dios le había prometido con juramento que de su descendencia nacería el Mesías, profetizó también su resurrección, diciendo que no sería dejado en el sepulcro y que su cuerpo no probaría la corrupción. Este, por lo tanto, es Jesús Nazareno, que Dios ha resucitado de entre los muertos, de quien nosotros somos testigos. Sí, nosotros le hemos visto volver a la vida, le hemos tocado y hemos comido con él.

“Él, por lo tanto, habiendo sido exaltado por la virtud del Padre en el cielo y habiendo recibido de él la autoridad de enviar el Espíritu Santo, según su promesa, hace poco ha enviado sobre nosotros este divino Espíritu, de cuya virtud veis en nosotros una prueba tan manifiesta. Que luego Jesús haya ascendido al cielo, lo dice el mismo David con estas palabras: ‘El Señor dijo a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.’ Ahora bien,

vosotros sabéis que David no subió al cielo para reinar. Es Jesucristo quien subió al cielo: a él, por lo tanto, y no a David, le fueron apropiadas esas palabras. Sepa, por lo tanto, todo el pueblo de Israel que ese Jesús que habéis crucificado fue constituido por Dios Señor de todas las cosas, rey y Salvador de su pueblo, y nadie puede salvarse sin tener fe en él."

Tal predicación de Pedro debió enardecer los ánimos de sus oyentes, a quienes reprochaba el enorme delito cometido contra la persona del divino Salvador. Pero era Dios quien hablaba por boca de su ministro, y por lo tanto, su predicación produjo efectos maravillosos. Así, agitados como por un fuego interno, efecto de la gracia de Dios, de todas partes iban exclamando con corazón verdaderamente contrito: "¿Qué debemos hacer?" San Pedro, observando que la gracia del Señor operaba en sus corazones y que ya creían en Jesucristo, les dijo: "Haced penitencia y cada uno, en nombre de Jesucristo, reciba el bautismo; así obtendréis la remisión de los pecados y recibiréis el Espíritu Santo."

El Apóstol continuó instruyendo a aquella multitud, animando a todos a confiar en la misericordia y bondad de Dios, que desea la salvación de los hombres. El fruto de este primer sermón correspondió a la ardiente caridad del predicador. Alrededor de 3.000 personas se convirtieron a la fe de Jesucristo y fueron bautizadas por los Apóstoles. Así comenzaban a cumplirse las palabras del Salvador cuando dijo a Pedro que en adelante no sería más pescador de peces, sino pescador de hombres. San Agustín asegura que San Esteban protomártir fue convertido en este sermón.

CAPÍTULO XIV. San Pedro sana a un cojo. — Su segundo sermón. *Año de Jesucristo 33.*

Poco después de esta predicación, a la hora nona, es decir, a las tres de la tarde, Pedro y su amigo Juan, como para agradecer a Dios por los beneficios recibidos, iban juntos al templo a orar. Al llegar a una puerta del templo llamada «Espléndida» o «Bella», encontraron a un hombre cojo de ambos pies desde su nacimiento. No pudiendo sostenerse, él estaba allí llevado para vivir pidiendo limosna a aquellos que venían al lugar santo. Ese desafortunado, cuando vio a los dos Apóstoles cerca de él, les pidió caridad, como hacía con todos. Pedro, así inspirado por Dios, mirándolo fijamente, le dijo: "Mira hacia nosotros." Él miraba, y con la esperanza de recibir algo no parpadeaba. Entonces Pedro: "Escucha, oh buen hombre, no tengo ni oro ni plata para darte; lo que tengo te lo doy. En el nombre de Jesús Nazareno, levántate y camina." Luego lo tomó de la mano para levantarlo, como en casos similares había visto hacer al divino Maestro. En ese momento, el cojo sintió que sus piernas se fortalecían, sus nervios se robustecían y adquiría fuerzas como cualquier otro hombre más sano. Sintiéndose curado, dio un salto, comenzó a

caminar y, saltando de alegría y alabando a Dios, entró con los dos Apóstoles en el templo. Toda la gente, que había sido testigo del hecho y veía al cojo caminar por sí mismo, no pudo dejar de reconocer en esa curación un verdadero milagro. El lenguaje de los hechos es más eficaz que el de las palabras. Por eso, la multitud, al saber que había sido San Pedro quien devolvió la salud a ese miserable, se aglomeró en gran número alrededor de él y de Juan, deseando todos admirar con sus propios ojos a quien sabía hacer obras tan asombrosas.
Este es el primer milagro que, después de la Ascensión de Jesucristo, fue realizado por los Apóstoles, y era conveniente que lo hiciera Pedro, ya que él tenía entre todos la primera dignidad en la Iglesia. Pero Pedro, al verse rodeado de tanta gente, consideró una buena ocasión para dar a Dios la gloria debida y glorificar al mismo tiempo a Jesucristo en cuyo nombre se había realizado el prodigio.
“Hijitos de Israel,” les dijo, “¿por qué os maravilláis tanto de este hecho? ¿Por qué tenéis los ojos tan fijos en nosotros, como si por nuestra virtud hubiéramos hecho caminar a este hombre? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús, ese Jesús que vosotros habéis traicionado y negado ante Pilato, cuando él juzgaba liberarlo como inocente. Vosotros, por tanto, habéis tenido la osadía de negar al Santo y al Justo, y habéis solicitado que se liberara de la muerte a Barrabás, ladrón y homicida, y renunciando al Justo, al Santo, y al autor de la vida, lo habéis hecho morir. Pero Dios lo ha resucitado de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello, pues lo hemos visto varias veces, lo hemos tocado y hemos comido con él. Ahora, en virtud de su nombre, por la fe que viene de él, ha sido sanado este cojo que vosotros veis y conocéis; es Jesús quien lo ha devuelto a perfecta salud delante de todos vosotros. Ahora sé bien que vuestro delito y el de vuestros jefes, aunque no tenga excusa suficiente, fue cometido por ignorancia. Pero Dios, que había hecho predecir por sus profetas que el Mesías debía sufrir tales cosas, ha permitido que esto lo verificaseis sin querer, de modo que el decreto de la misericordia de Dios ha tenido su cumplimiento. Volved, por tanto, a vosotros mismos y haced penitencia, para que sean borrados vuestros pecados y así podáis luego presentaros con seguridad de vuestra salvación ante el tribunal de este mismo Jesucristo que yo os he predicado, y de quien todos seremos juzgados.
“Estas cosas,” prosiguió Pedro, “fueron predichas por Dios; creed, por tanto, a sus profetas y entre todos creed a Moisés, que es el mayor de ellos. ¿Qué dice él? ‘El Señor,’ dice Moisés, ‘hará surgir un profeta como yo, y a él creeréis en todo lo que os dirá. Quien no escuche lo que dice este profeta será exterminado de su pueblo.’

“Esto decía Moisés y hablaba de Jesús. Después de Moisés, comenzando desde

Samuel, todos los profetas que vinieron predijeron este día y las cosas que han acontecido. Tales cosas y las grandes bendiciones que son predichas pertenecen a vosotros. Vosotros sois los hijos de los profetas, de las promesas y de las alianzas que Dios hizo ya con nuestros padres diciendo a Abraham, que es el tronco de la descendencia de los justos: 'En ti y en tu simiente serán bendecidas todas las generaciones del mundo.' Él hablaba del Redentor, de ese Jesús Hijo de Dios descendiente de Abraham; ese Jesús que Dios ha resucitado de entre los muertos y que nos manda predicar su palabra antes de predicarla a cualquier otro pueblo, llevándoos por medio nuestro la promesa de bendición, para que os convirtáis de vuestros pecados y tengáis la vida eterna."
A esta segunda predicación de San Pedro siguieron numerosísimas conversiones a la fe. Cinco mil hombres pidieron el bautismo, de modo que el número de convertidos en solo dos predicaciones ascendía ya a ocho mil personas, sin contar a las mujeres y los niños.

CAPÍTULO XV. Pedro es encarcelado con Juan y es liberado.
El enemigo de la humanidad, que veía destruirse su reino, trató de suscitar una persecución contra la Iglesia en su mismo inicio. Mientras Pedro predicaba, llegaron los sacerdotes, los magistrados del templo y los saduceos, quienes negaban la resurrección de los muertos. Estos se mostraban sumamente enfurecidos porque Pedro predicaba al pueblo la resurrección de Jesucristo.
Impacientemente y llenos de cólera interrumpieron la predicación de Pedro, le pusieron las manos encima y lo condujeron junto con Juan a la prisión, con la intención de discutir con uno y otro al día siguiente. Pero temiendo las protestas del pueblo, no les hicieron ningún daño.
Al amanecer, se reunieron todos los principales de la ciudad; es decir, todo el supremo magistrado de la nación se reunió en consejo para juzgar a los dos Apóstoles, como si fueran los más infames y los más formidables hombres del mundo. En medio de esa imponente asamblea fueron introducidos Pedro y Juan, y con ellos el cojo que habían sanado.
Se les hizo, por tanto, solemnemente esta pregunta: "¿Con qué poder y en nombre de quién habéis vosotros sanado a ese cojo?" Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, con un valor verdaderamente digno del jefe de la Iglesia, comenzó a hablar de la siguiente manera:
"Príncipes del pueblo, y vosotros doctores de la ley, escuchad. Si en este día somos acusados y se nos forma un proceso por una obra bien hecha como es la sanación de este enfermo, sabed todos, y lo sepa todo el pueblo de Israel, que este, el cual veis aquí en vuestra presencia sano y salvo, ha obtenido la sanidad en el nombre

del Señor Jesús Nazareno; ese mismo que vosotros crucificasteis y que Dios ha hecho resucitar de la muerte a la vida. Esta es la piedra de la construcción que de vosotros fue rechazada y que ahora se ha convertido en la Piedra angular. Nadie puede tener salvación si no es en él, ni hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres fuera de este, en el cual se pueda tener salvación."

Este hablar franco y resuelto del príncipe de los Apóstoles produjo profunda impresión en el ánimo de todos aquellos que componían la asamblea, de modo que, admirando el valor y la inocencia de Pedro, no sabían a qué partido aferrarse. Querían castigarlos, pero el gran crédito que el milagro realizado poco antes les había hecho adquirir en toda la ciudad hacía temer tristes consecuencias.

Sin embargo, queriendo tomar alguna resolución, hicieron salir a los dos Apóstoles del lugar del consejo y acordaron prohibirles, bajo penas severísimas, que no hablasen nunca más en el futuro de las cosas pasadas, ni nunca más nombrar a Jesús Nazareno, para que se perdiese incluso la memoria de él. Pero está escrito que son inútiles los esfuerzos de los hombres cuando son contrarios a la voluntad de Dios.

Por tanto, conducidos de nuevo los dos Apóstoles en medio del consejo, al oír intimarse esa severa amenaza, lejos de asustarse, con firmeza y constancia mayor que antes, Pedro respondió:

"Ahora, decidid vosotros mismos si la justicia y la razón permiten obedecer más bien a vosotros que a Dios. No podemos dejar de manifestar lo que hemos oído y visto."

Entonces esos jueces, cada vez más confundidos, sin saber qué responder ni qué hacer, tomaron la resolución de enviarlos por esta vez impunes, prohibiéndoles solamente que no predicaran más a Jesús Nazareno.

Apenas fueron dejados en libertad, Pedro y Juan fueron inmediatamente a encontrar a los otros discípulos, quienes estaban en gran inquietud por su prisión. Cuando luego oyeron el relato de lo que había acontecido, cada uno dio gracias a Dios, pidiéndole que quisiera dar fuerza y virtud para predicar la divina palabra frente a cualquier peligro.

Si los cristianos de hoy en día tuvieran todos el valor de los fieles de los primeros tiempos y, superando todo respeto humano, profesaran intrépidos su fe, ciertamente no se vería tanto desprecio de nuestra santa religión, y quizás muchos que intentan burlarse de la religión y de los sagrados ministros se verían obligados a venerarla junto con sus ministros.

CAPÍTULO XVI. Vida de los primeros Cristianos. — Hecho de Ananías y Safira. — Milagros de San Pedro. *Año de Jesucristo 34.*

Por las predicaciones de San Pedro y por el celo de los otros Apóstoles, el número de fieles había crecido enormemente.
En los días establecidos se reunían juntos para las funciones sagradas. Y la Sagrada Escritura dice precisamente que esos fieles eran perseverantes en la oración, en escuchar la palabra de Dios y en recibir con frecuencia la santa comunión, de modo que entre todos formaban un solo corazón y una sola alma para amar y servir a Dios Creador.
Muchos, por el deseo de desprender completamente el corazón de los bienes de la tierra y pensar únicamente en el cielo, vendían sus propiedades y las llevaban a los pies de los Apóstoles, para que hicieran el uso que mejor creyeran a favor de los pobres. La Sagrada Escritura hace un especial elogio de un cierto José, apodado Bernabé, que fue luego fiel compañero de San Pablo Apóstol. Este vendió un campo que poseía y llevó generosamente el precio entero a los Apóstoles. Muchos, siguiendo su ejemplo, competían para dar muestra de su desapego de las cosas terrenas, de modo que en breve esos fieles formaban una sola familia, de la cual Pedro era el jefe visible. Entre ellos no había pobres, porque los ricos compartían sus bienes con los necesitados.
Sin embargo, incluso en esos tiempos felices hubo algunos fraudulentos, quienes, guiados por un espíritu de hipocresía, intentaron engañar a San Pedro y mentir al Espíritu Santo. Lo cual tuvo las más funestas consecuencias. He aquí cómo el texto sagrado nos expone el terrible acontecimiento.
Ciertamente Ananías con su esposa Safira hicieron a Dios promesa de vender una de sus propiedades y, al igual que los otros fieles, llevar el precio a los Apóstoles para que lo distribuyeran según las diversas necesidades. Ellos cumplieron puntualmente la primera parte de la promesa, pero el amor al oro los condujo a violar la segunda.
Ellos eran dueños de quedarse con el campo o con el precio, pero hecha la promesa estaban obligados a mantenerla, ya que las cosas que se consagran a Dios o a la Iglesia se vuelven sagradas e inviolables.
De acuerdo, por tanto, entre ellos, retuvieron para sí una parte del precio y llevaron la otra a San Pedro con la intención de hacerle creer que esta era la suma total obtenida de la venta. Pedro tuvo especial revelación del engaño y, apenas Ananías apareció ante él, sin darle tiempo a pronunciar palabra, con tono autoritario y grave comenzó a reprocharle así: “¿Por qué te has dejado seducir por el espíritu de Satanás hasta mentir al Espíritu Santo, reteniendo una porción del precio de ese campo tuyo? ¿No era él en tu poder antes de venderlo? Y después de haberlo vendido, ¿no estaba a tu disposición toda la suma obtenida? ¿Por qué, entonces, has concebido este malvado designio? Debes, por tanto, saber que has mentido no

a los hombres, sino a Dios.” A ese tono de voz, a esas palabras, Ananías, como golpeado por un rayo, cayó muerto al instante.
Apenas pasadas tres horas, también se presentó ante Pedro Safira, sin saber nada del luctuoso final de su marido. El Apóstol usó mayor compasión hacia ella y quiso darle espacio de penitencia interrogándola si esa suma era el entero producto de la venta de ese campo. La mujer, con la misma intrepidez y temeridad que Ananías, con otra mentira confirmó la mentira de su marido. Por lo tanto, reprendida por San Pedro con el mismo celo y con la misma fuerza, cayó ella también al instante y expiró. Es de esperar que un castigo tan terrible y temporal haya contribuido a hacerles ahorrar el castigo eterno en la otra vida. Una pena tan ejemplar era necesaria para insinuar veneración por el cristianismo a todos aquellos que venían a la fe y procurar respeto al príncipe de los Apóstoles, así como para dar un ejemplo del modo terrible con que Dios castiga al perjuro y al mismo tiempo enseñarnos a ser fieles a las promesas hechas a Dios.
Este hecho, junto con los muchos milagros que Pedro operaba, hizo que se duplicara el fervor entre los fieles y se expandiera la fama de sus virtudes.
Todos los Apóstoles operaban milagros. Un enfermo que hubiera estado en contacto con alguno de los Apóstoles era inmediatamente sanado. San Pedro, además, sobresalía sobre cualquier otro. Era tal la confianza que todos tenían en él y en sus virtudes, que, de todas partes, incluso de países lejanos, venían a Jerusalén para ser testigos de sus milagros. A veces sucedía que él estaba rodeado de tal cantidad de cojos y de tantos enfermos que ya no era posible acercarse a él. Por eso llevaban a los enfermos en camillas a las plazas públicas y a las calles, de modo que, al pasar por allí San Pedro, al menos la sombra de su cuerpo llegara a tocarlos: lo cual era suficiente para hacer sanar toda clase de enfermedades. San Agustín asegura que un muerto, sobre el cual había pasado la sombra de Pedro, resucitó inmediatamente.
Los Santos Padres ven en este hecho el cumplimiento de la promesa del Redentor a sus Apóstoles, diciendo que ellos habrían operado milagros aún mayores que los que él mismo había considerado oportuno realizar durante su vida mortal[16].

CAPÍTULO XVII. San Pedro de nuevo encarcelado. — Es liberado por un ángel. *Año de Jesucristo 34.*
La Iglesia de Jesucristo adquiría nuevos fieles cada día. La multitud de milagros unida a la vida santa de esos primeros cristianos hacía que personas de todos los grados, edades y condiciones corrieran en masa para pedir el Bautismo y así asegurar su eterna salvación. Pero el príncipe de los sacerdotes y los saduceos se consumían de rabia y celos; y sin saber qué medio usar para impedir la propagación

del Evangelio, tomaron a Pedro y a los otros Apóstoles y los encerraron en prisión. Pero Dios, para demostrar una vez más que son vanos los planes de los hombres cuando son contrarios a los deseos del Cielo, y que Él puede hacer lo que quiere y cuando quiere, envió esa misma noche un ángel que, abriendo las puertas de la prisión, los sacó afuera diciéndoles: “En nombre de Dios, vayan y predique con seguridad en el templo, en presencia del pueblo, las palabras de vida eterna. No teman ni los mandatos ni las amenazas de los hombres.”

Los Apóstoles, al verse tan prodigiosamente favorecidos y defendidos por Dios, según la orden recibida, muy de mañana se dirigieron al templo a predicar y enseñar al pueblo. El príncipe de los sacerdotes, que deseaba castigar severamente a los Apóstoles, para dar solemnidad al proceso, convocó al Sanedrín, a los ancianos, a los escribas y a todos aquellos que tenían alguna autoridad sobre el pueblo. Luego envió a buscar a los Apóstoles para que fueran conducidos allí desde la prisión.

Los ministros, es decir, los matones, obedecieron las órdenes dadas. Fueron, abrieron la cárcel, entraron y no encontraron alma viva. Regresaron inmediatamente a la asamblea y, llenos de asombro, anunciaron la cosa así: “Hemos encontrado la cárcel cerrada y vigilada con toda diligencia; las guardias mantenían fielmente su puesto, pero, al abrirla, no hemos encontrado a nadie.” Al oír esto, no sabían a qué partido aferrarse.

Mientras estaban consultando sobre lo que debían deliberar, llegó uno diciendo: “¿No lo saben? Aquellos hombres que metieron ayer en prisión están ahora en el templo predicando con mayor fervor que antes.” Entonces se sintieron más que nunca ardientes de rabia contra los Apóstoles; pero el temor de enemistarse con el pueblo los detuvo, porque correrían el riesgo de ser apedreados.

El prefecto del templo se ofreció a arreglar él mismo tal asunto con el mejor expediente posible. Fue allí donde estaban los predicadores y, con buenas maneras, sin usar ninguna violencia, los invitó a venir con él y los condujo en medio de la asamblea.

El sumo sacerdote, dirigiéndose a ellos, dijo: “Hace apenas algunos días que les hemos prohibido estrictamente hablar de este Jesús Nazareno, y mientras tanto ustedes han llenado la ciudad de esta nueva doctrina. Parece que quieren derramar sobre nosotros la muerte de aquel hombre y hacernos odiar por toda la gente como culpables de esa sangre. ¿Cómo se atreven a hacer esto?”

“Nos parece que hemos hecho muy bien,” respondió Pedro también en nombre de los otros Apóstoles, “porque es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. Lo que predicamos es una verdad que Dios nos ha puesto en la boca, y no tememos decírselo a ustedes en esta venerable asamblea.” Aquí Pedro repitió lo que otras

veces había dicho sobre la vida, pasión y muerte del Salvador; concluyendo siempre que era imposible para ellos callar aquellas cosas que, según las órdenes recibidas de Dios, debían predicar.
A esas palabras de los Apóstoles, pronunciadas con tanta firmeza, no teniendo qué oponer, se consumían de rabia y ya pensaban en hacerlos morir. Pero fueron disuadidos por un tal Gamaliel, que era uno de los doctores de la ley allí reunidos. Este, considerando bien todo, hizo salir por breve tiempo a los Apóstoles, luego, levantándose, dijo en plena asamblea: “Oh israelitas, presten bien atención a lo que están a punto de hacer respecto a estos hombres; porque si esta es obra de hombres, caerá por sí misma, como ocurrió con tantos otros; pero si la obra es de Dios, ¿podrán ustedes impedirla y destruirla, o querrán oponerse a Dios?” Toda la asamblea se aquietó y siguió su consejo.
Hechos, por tanto, de nuevo entrar a los Apóstoles, primero los hicieron azotar; luego les ordenaron que absolutamente no hablasen más de Jesucristo. Pero ellos salieron del concilio llenos de alegría, porque habían sido considerados dignos de sufrir algo por el nombre de Jesucristo.

CAPÍTULO XVIII. Elección de los siete diáconos. — San Pedro resiste a la persecución de Jerusalén. — Va a Samaria. — Su primer enfrentamiento con Simón Mago. *Año de Jesucristo 35.*
La multitud de fieles que abrazaban la fe ocupaba tanto el celo de los Apóstoles, que ellos, debiendo atender a la predicación de la palabra divina, a la instrucción de los nuevos convertidos, a la oración, a la administración de los sacramentos, no podían ocuparse más de los asuntos temporales. Tal cosa era causa de descontento entre algunos cristianos, casi como si en la distribución de las ayudas fueran tenidos en poca consideración o despreciados. De esto informados San Pedro y los otros Apóstoles, resolvieron poner remedio.
Convocaron, por tanto, una numerosa asamblea de fieles y, haciéndoles entender cómo no debían descuidar las cosas de su sagrado ministerio para ocuparse de los subsidios temporales, propusieron la elección de siete diáconos, quienes, conocidos por su celo y por su virtud, atendieran a la administración de ciertas cosas sagradas, como la administración del Bautismo, de la Eucaristía; y al mismo tiempo tuvieran cuidado de la distribución de las limosnas y de otras cosas materiales.

Todos aprobaron ese propósito; entonces San Pedro y los otros Apóstoles impusieron las manos a los nuevos elegidos y los destinaron cada uno a sus propios oficios. Con la adición de estos siete diáconos, además de haber provisto a las necesidades temporales, también se multiplicaron los obreros evangélicos, y por lo

tanto mayores conversiones. De los siete diáconos fue célebre san Esteban, que por su intrepidez al sostener la verdad del Evangelio, fue asesinado por apedreamiento fuera de la ciudad. Él es comúnmente llamado Protomártir, es decir, primer mártir, que después de Jesucristo dio la vida por la fe. La muerte de san Esteban fue el inicio de una gran persecución suscitada por los judíos contra todos los seguidores de Jesucristo, lo cual obligó a los fieles a dispersarse aquí y allá por varias ciudades y en diferentes países.

Pedro con los otros Apóstoles permaneció en Jerusalén tanto para confirmar a los fieles en la fe, como para mantener viva relación con aquellos que estaban en otros países dispersos. Al fin, para evitar el furor de los judíos, se mantenía escondido, conocido solamente por los seguidores del Evangelio, saliendo, sin embargo, de su secreta morada cuando veía la necesidad. Mientras tanto, un edicto del emperador Tiberio Augusto a favor de los cristianos y la conversión de San Pablo hicieron cesar la persecución. Y fue entonces cuando se conoció cómo la providencia de Dios no permite ningún mal sin sacar de él un bien; pues se sirvió de la persecución para difundir el Evangelio en otros lugares, y se puede decir que cada fiel era un predicador de Jesucristo en todos aquellos países donde iba a refugiarse. Entre aquellos que fueron forzados a huir de Jerusalén, hubo uno de los siete diáconos llamado Felipe.

Él fue a la ciudad de Samaria, donde con la predicación y con los milagros hizo muchas conversiones. Al llegar a Jerusalén la noticia de que un número extraordinario de samaritanos había venido a la fe, los Apóstoles resolvieron enviar allí algunos que administraran el Sacramento de la Confirmación y suplieran a aquellos a quienes los diáconos no tenían la autoridad de administrar. Fueron, por tanto, destinados para esa misión Pedro y Juan: Pedro porque, como cabeza de la Iglesia, recibiera en su seno a esa nación extranjera y uniera a los samaritanos a los judíos; Juan luego como amigo especial de San Pedro y ilustre entre los demás por milagros y santidad.

Había en Samaria un cierto Simón de Gitón, apodado Mago, es decir, hechicero. Este, a fuerza de charlatanerías y encantamientos, había engañado a muchos, presumiéndose de ser algo extraordinario. Afirmando blasfemamente, decía que él era la virtud de Dios, la cual se dice grande. La gente parecía enloquecida por él y le seguía aclamándolo casi como si fuera algo divino. Sintiéndose un día presente a la predicación de Felipe, se conmovió, y pidió el Bautismo para operar también él las maravillas que generalmente los fieles operaban después de haber recibido este Sacramento.

Llegados allí Pedro y Juan se pusieron a administrar el Sacramento de la Confirmación, imponiendo las manos como hacen los Obispos de hoy en día. Simón,

viendo que con la imposición de las manos recibían también el don de lenguas y de hacer milagros, pensó que sería para él una gran fortuna si pudiera operar las mismas cosas. Acercándose, pues, a Pedro sacó una bolsa de dinero y se la ofreció pidiéndole que también le concediera el poder de hacer milagros y de dar el Espíritu Santo a aquellos a quienes él impusiera las manos.
San Pedro, vivamente indignado por tal impiedad, y dirigiéndose a él: “Perverso,” le dijo, “sea contigo tu dinero para perdición, pues has creído que por dinero se pueden comprar los dones del Espíritu Santo. Apresúrate a hacer penitencia por esta tu maldad y ruega a Dios que te quiera conceder el perdón.”
Simón, temiendo que le sucediera a él lo que había ocurrido a Ananías y Safira, todo asustado respondió: “Es verdad: ustedes también oren por mí para que en mí no se verifique tal amenaza.” Estas palabras parecen demostrar que él estaba arrepentido, pero no lo estaba: no pidió a los Apóstoles que le imploraran a Dios misericordia, sino que mantuvieran de él lejos el flagelo. Pasado el temor del castigo, volvió a ser el de antes, es decir, mago, seductor, amigo del demonio. Lo veremos en otros enfrentamientos con Pedro.
Los dos Apóstoles Pedro y Juan, cuando hubieron administrado el Sacramento de la Confirmación a los nuevos fieles de Samaria y los hubieron fortalecido en la fe que poco antes habían recibido, dándoles el saludo de paz, partieron de esa ciudad. Pasaron por muchos lugares predicando a Jesucristo, considerando poca toda fatiga siempre que contribuyera a propagar el Evangelio y ganar almas para el cielo.

CAPÍTULO XIX. San Pedro funda la cátedra de Antioquía; regresa a Jerusalén. — Es visitado por San Pablo. *Año de Jesucristo 36.*
San Pedro, regresado de Samaria, permaneció algún tiempo en Jerusalén, luego fue a predicar la gracia del Señor en varios países. Mientras con celo digno del príncipe de los Apóstoles visitaba las iglesias que se iban fundando aquí y allá, se enteró de que Simón Mago de Samaria se había ido a Antioquía para esparcir allí sus imposturas. Él entonces resolvió ir a esa ciudad para disipar los errores de ese enemigo de Dios y de los hombres. Al llegar a esa capital, se puso inmediatamente a predicar el Evangelio con gran celo, y logró convertir tal número de gente a la fe, que los fieles comenzaron allí a ser llamados cristianos, es decir, seguidores de Jesucristo.
Entre los personajes ilustres que por las predicas de San Pedro se convirtieron fue San Evodio. Al primer arribo de Pedro, él lo invitó a su casa, y el santo Apóstol se le aficionó, le procuró la necesaria instrucción y, viéndolo adornado de las necesarias virtudes, lo consagró sacerdote, luego obispo, para que hiciera sus veces en tiempo de su ausencia, y para que le sucediera luego en esa sede episcopal.

Cuando Pedro quería dar inicio a la predicación en esa ciudad encontraba grave obstáculo por parte del gobernador, que era un príncipe de nombre Teófilo. Este hizo poner en prisión al santo Apóstol como inventor de una religión contraria a la religión del estado. Quiso, por tanto, venir a disputa sobre las cosas que predicaba, y al oírlo decir que Jesucristo, por amor a los hombres, había muerto en la cruz, dijo: "Este está loco, no hay que escucharlo más." Para que luego fuera considerado como tal, por burla le hizo cortar el cabello por la mitad, dejándole un círculo alrededor de la cabeza como de corona. Lo que entonces se hizo por desprecio, ahora los eclesiásticos lo usan por honor, y se llama clerical o tonsura, que recuerda la corona de espinas puesta sobre la cabeza al Divino Salvador.
Cuando Pedro se vio tratado de tal manera, rogó al gobernador que se dignara escucharlo una vez más. Siendo tal cosa concedida, Pedro le dijo: "Tú, oh Teófilo, te escandalizas por haberme oído decir que el Dios que yo adoro murió en la cruz. Ya te había dicho que se había hecho hombre, y siendo hombre no debías tanto maravillarte de que él hubiera muerto, pues morir es propio del hombre. Sabe, por otra parte, que él murió en la cruz de su voluntad, porque con su muerte quería dar la vida a todos los hombres haciendo paz entre su Eterno Padre y la humanidad. Pero, así como te digo que él murió, así te aseguro que él resucitó por virtud propia, habiendo antes resucitado a muchos otros muertos." Teófilo, al oír que había hecho resucitar a los muertos, se aquietó y, con aire de asombro, añadió: "Tú dices que este tu Dios resucitó a los muertos; ahora, si tú en su nombre haces resucitar a un hijo mío, que murió hace algunos días, yo creeré en lo que me predicas." El Apóstol aceptó la invitación, fue a la tumba del joven y, en presencia de mucho pueblo, hizo una oración y en nombre de Jesucristo lo llamó a la vida[17]. Lo cual fue causa de que el gobernador y toda la ciudad creyeran en Jesucristo.
Teófilo se convirtió en breve en fervoroso cristiano y, en señal de estima y veneración hacia San Pedro, le ofreció su casa para que hiciera de ella el uso que mejor deseara. Ese edificio fue reducido a forma de iglesia, donde se reunía el pueblo para asistir al divino sacrificio y para oír las predicas del santo Apóstol. Al fin, para poderlo escuchar con mayor comodidad y provecho, le levantaron allí una cátedra desde la cual el santo daba las sagradas lecciones.
Es bueno aquí notar que San Pedro durante el espacio de tres años, por cuanto podía, residía en Jerusalén como capital de Palestina, donde los judíos podían más fácilmente tener relación con él. El año trigésimo sexto de Jesucristo, tanto por la persecución de Jerusalén, como para preparar el camino a la conversión de los gentiles, vino a establecer su sede en Antioquía: es decir, estableció la ciudad de Antioquía como su morada ordinaria y como centro de comunión con las otras Iglesias cristianas.

Pedro gobernó esta Iglesia de Antioquía siete años, hasta que, así inspirado por Dios, trasladó su cátedra a Roma, como nosotros contaremos a su tiempo.
El establecimiento de la santa Sede en Antioquía es particularmente narrado por Eusebio de Cesárea, por San Jerónimo, por San León el Grande y por un gran número de escritores eclesiásticos. La Iglesia católica celebra este acontecimiento con una particular solemnidad el 22 de febrero.
Mientras San Pedro de Antioquía se había ido a Jerusalén, recibió una visita que ciertamente le fue de gran consolación. San Pablo, que había sido convertido a la fe con un asombroso milagro, aunque había sido instruido por Jesucristo y por él mismo enviado a predicar el Evangelio, sin embargo, quiso ir a ver a San Pedro para venerar en él al cabeza de la Iglesia y de él recibir aquellos avisos y aquellas instrucciones que fueran oportunas. San Pablo estuvo en Jerusalén con el príncipe de los Apóstoles quince días. El cual tiempo bastó para él, ya que además de las revelaciones recibidas de Jesucristo había pasado su vida en el estudio de las santas Escrituras y después de su conversión se había indefectiblemente ocupado en la meditación y en la predicación de la palabra de Dios.

CAPÍTULO XX. San Pedro visita varias Iglesias. — Sana a Enea paralítico. — Resucita a la difunta Tabita. *Año de Jesucristo 38*.
San Pedro había sido encargado por el divino Salvador de conservar en la fe a todos los cristianos; y como muchas Iglesias se estaban fundando aquí y allá por los Apóstoles, los Diáconos y otros discípulos, así San Pedro, para mantener la unidad de fe y para ejercer la potestad suprema que le había conferido el Salvador, mientras mantenía su residencia habitual en Antioquía, iba a visitar personalmente las iglesias que en ese tiempo ya se habían fundado y se estaban fundando. En ciertos lugares confirmaba a los fieles en la fe, en otros consolaba a aquellos que habían sufrido en la pasada persecución, aquí administraba el sacramento de la Confirmación, y en todas partes ordenaba pastores y obispos, quienes, después de su partida, continuaran cuidando de las iglesias y del rebaño de Jesucristo.
Pasando de una ciudad a otra, llegó a los santos que habitaban en Lida, ciudad distante aproximadamente veinte millas de Jerusalén. Los cristianos de los primeros tiempos, por la vida virtuosa y mortificada que llevaban, eran llamados santos, y con este nombre deberían poder llamarse los cristianos de hoy en día que, al igual que aquellos, son llamados a la santidad.
Al llegar a las puertas de la ciudad de Lida, Pedro encontró a un paralítico llamado Enea. Este estaba afectado por parálisis y completamente inmóvil en sus miembros, y durante ocho años no se había movido de su lecho. Pedro, al verlo, sin ser en absoluto solicitado, se dirigió a él y dijo: “Enea, el Señor Jesucristo te ha sanado;

levántate y hazte tu cama.” Enea se levantó sano y robusto como si nunca hubiera estado enfermo. Muchos estaban presentes en este milagro, que pronto se divulgó por toda la ciudad y en el país vecino llamado Sarón. Todos esos habitantes, movidos por la bondad divina que de manera sensible daba señales de su infinita potencia, creyeron en Jesucristo y entraron en el seno de la Iglesia.

A poca distancia de Lida había Jope, otra ciudad situada a orillas del mar Mediterráneo. Allí residía una viuda cristiana llamada Tabita, quien, por sus limosnas y por muchas obras de caridad, era universalmente llamada la madre de los pobres. Sucedió en aquellos días que cayó enferma y, tras breve enfermedad, murió, dejando en todos el más vivo dolor. Según el uso de aquellos tiempos, las mujeres lavaron su cadáver y lo colocaron sobre la terraza para darle en su momento sepultura.

Ahora, por la cercanía de Lida, habiéndose esparcido en Jope la noticia del milagro realizado en la sanación de Enea, fueron enviados allí dos hombres a rogar a Pedro que quisiera venir a ver a la difunta Tabita. Al enterarse de la muerte de esa virtuosa discípula de Jesucristo y del deseo de los cristianos de que fuera allí para resucitarla, Pedro partió de inmediato con ellos. Al llegar a Jope, los discípulos lo condujeron a la terraza y, mostrándole el cadáver de Tabita, le contaron las muchas buenas obras de esa santa mujer y le rogaron que quisiera resucitarla.

Los pobres y las viudas, al enterarse de la llegada de Pedro, corrieron llorando a rogarle que quisiera devolverles a la buena madre. “Mira,” dice una, “este vestido fue obra de su caridad”; “esta túnica, los zapatos de ese niño,” añadían otras, “son todas cosas donadas por ella.” Al ver a tanta gente que lloraba, a tantas obras de caridad que se iban contando, Pedro se conmovió. Se levantó y, volviéndose hacia el cadáver, dijo: “Tabita, te ordeno en nombre de Dios, levántate.” Tabita en ese instante abrió los ojos y, al ver a Pedro, se sentó y comenzó a hablar con él. Pedro, tomándola de la mano, la levantó y, llamando a los discípulos, les devolvió a la madre tan ansiada sana y salva. Fue grandísimo el júbilo que se levantó en toda la casa; de todas partes lloraban de alegría, pareciendo a esos buenos cristianos haber recuperado un tesoro en esa sola mujer, que verdaderamente era la consolación de todos. De este hecho aprendan los pobres a ser agradecidos a quienes les ofrecen limosna. Aprendan los ricos lo que significa ser piadosos y generosos con los pobres.

CAPÍTULO XXI. Dios revela a S. Pedro la vocación de los Gentiles. — Va a Cesarea y bautiza a la familia de Cornelio Centurión. *Año de J. C. 39*.

Dios había hecho predecir en varias ocasiones por sus profetas que a la venida del Mesías todas las naciones serían llamadas al conocimiento del verdadero Dios.

El mismo divino Salvador había dado un mandato expreso a sus Apóstoles, diciendo: “Id, enseñad a todas las naciones.” Los mismos predicadores del Evangelio ya habían recibido a algunos no judíos en la fe, como habían hecho con el Eunuco de la reina Candace y con Teófilo, gobernador de Antioquía; pero estos eran casos particulares, y los Apóstoles hasta entonces habían predicado casi exclusivamente el Evangelio a los judíos, esperando del Señor un aviso especial de la época en que debían sin excepción recibir en la fe también a los gentiles y paganos. Tal revelación debía ser hecha a San Pedro, cabeza de la Iglesia. He aquí cómo el texto sagrado expone este memorable acontecimiento.

En Cesárea, ciudad de Palestina, habitaba un cierto Cornelio, centurión, o sea, oficial de una cohorte, cuerpo de 100 soldados, que pertenecía a la legión itálica, así llamada porque estaba compuesta de soldados italianos.

La Sagrada Escritura le hace un elogio diciendo que era un hombre religioso y temeroso de Dios; estas palabras quieren decir que era gentil, pero que había abandonado la idolatría en la que había nacido, adoraba al verdadero Dios, hacía muchas limosnas y oraciones, y vivía religiosamente según el dictamen de la recta razón.

Dios, infinitamente misericordioso, que nunca falta, con su gracia, en venir en ayuda de quien hace lo que puede de su parte, envió un ángel a Cornelio para instruirlo sobre lo que debía hacer. Este buen soldado estaba haciendo oración cuando vio aparecer ante él un ángel bajo la apariencia de un hombre vestido de blanco. “Cornelio,” dijo el ángel. Él, lleno de miedo, fijó en él la mirada diciendo: “¿Quién eres tú, oh Señor; qué quieres?” Entonces el ángel: “Dios se ha acordado de tus limosnas; tus oraciones han llegado a su trono; y queriendo satisfacer tus deseos, me ha enviado para indicarte el camino de la salvación. Por lo tanto, manda a Jope y busca a un tal Simón apodado Pedro. Él reside con otro Simón, curtidor de pieles, que tiene la casa cerca del mar. De este Pedro sabrás todo lo que es necesario para salvarte.” No tardó Cornelio en obedecer la voz del Cielo y, llamando a sí dos domésticos y un soldado, personas todas que temían a Dios, les contó la visión y ordenó que se fueran inmediatamente a Jope para el fin que le había indicado el ángel.

Partieron ellos al instante y, caminando toda la noche, llegaron a Jope al mediodía del día siguiente, pues la distancia entre estas dos ciudades es de aproximadamente 40 millas. Poco antes de que llegaran, S. Pedro también tuvo una maravillosa revelación, con la cual se le confirmaba que también los gentiles eran llamados a la fe. Cansado de sus fatigas, el santo Apóstol ese día había ido a casa de su anfitrión para descansar y, como de costumbre, se fue primero a una habitación en el piso superior para hacer oración. Mientras oraba, le pareció ver el

cielo abierto y del medio descender hasta la tierra un cierto utensilio a manera de amplio lienzo, que, sostenido en sus cuatro extremos, formaba como un gran vaso lleno de toda clase de animales cuadrúpedos, serpientes y aves, los cuales todos, según la ley de Moisés, eran considerados inmundos; es decir, no podían ser comidos ni ofrecidos a Dios.

Al mismo tiempo oyó una voz que decía: “Levántate, Pedro, mata y come.” Atónito el Apóstol ante ese mandato, respondió: “¡De ninguna manera comeré animales inmundos, de los cuales siempre me he abstenido!” La voz añadió: “No llames inmundo a lo que Dios ha purificado.” Después de que le fue repetida tres veces la misma visión, ese vaso misterioso se elevó hacia el cielo y desapareció.

Los Santos Padres reconocen figurados en estos animales inmundos a los pecadores y a todos aquellos que, enredados en el vicio y el error, por medio de la sangre de Jesucristo son purificados y recibidos en gracia.

Mientras Pedro estaba meditando qué podría significar esa visión, llegaron los tres mensajeros. En ese momento Dios le hizo conocer y le ordenó descender a encontrarlos, hacerse compañía de ellos e ir con ellos sin ningún temor. Descendió, pues, y al verlos, dijo: “Aquí estoy, yo soy a quien buscáis. ¿Cuál es el motivo de vuestra venida?”

Al oír la visión de Cornelio y la razón de su viaje, comprendió de inmediato el significado de ese misterioso lienzo; por lo tanto, los recibió amablemente y les hizo hospedar con él esa noche. A la mañana siguiente, acompañado de seis discípulos, partió de Jope con los mensajeros y, en número de diez, tomaron el camino hacia Cesárea.

Después de dos días, Pedro, con toda su comitiva, llegó a esa ciudad donde con gran ansiedad lo esperaba el centurión. Este, para honrar más a su huésped, había convocado a sus parientes y amigos, para que también pudieran participar de las celestiales bendiciones que al llegar Pedro esperaba obtener del Cielo. Cuando el buen centurión, según el orden de Dios, envió a llamar a Pedro para entender de él los divinos deseos, debió formarse una gran idea de él, considerándolo un personaje sublime y no similar a los otros hombres. Por lo tanto, al entrar Pedro en su casa, le salió al encuentro y se arrojó a sus pies en acto de adorarlo. Pedro, lleno de humildad, lo levantó de inmediato, advirtiéndole que él era igual a él un simple hombre. Continuando luego a hablar, entraron en el lugar de la reunión.

Allí, ante la presencia de todos, Pedro contó el orden recibido de Dios de conversar con los gentiles y de no más juzgarlos como abominables y profanos. “Ahora estoy aquí con vosotros,” concluyó; “decidme, por tanto, cuál es la razón por la que me habéis llamado.” Cornelio obedeció la invitación de Pedro, se levantó y contó lo que

le había sucedido cuatro días antes, protestando que él y todos los allí reunidos estaban listos para ejecutar todo lo que, por comisión divina, les hubiera ordenado. Entonces Pedro, explicando el carácter de Apóstol del Señor, depositario fiel de la religión y de la fe, comenzó a instruir en los principales misterios del Evangelio a toda esa honorable asamblea.

Pedro continuaba su discurso cuando el Espíritu Santo descendió visiblemente sobre Cornelio y sus familiares, y de manera sensible les comunicó el don de lenguas, por lo que comenzaron a magnificar a Dios cantando sus alabanzas. S. Pedro, al ver operar allí casi el mismo prodigio ocurrido en el cenáculo de Jerusalén, exclamó: “¿Hay acaso alguno que pueda impedir que nosotros bauticemos a estos, quienes han recibido el Espíritu Santo al igual que nosotros?” Entonces, dirigiéndose a sus discípulos, ordenó que los bautizaran a todos. La familia de Cornelio fue la primera de Roma y de Italia que abrazó la fe.

S. Pedro, después de haberlos bautizado a todos, retrasó su partida de Cesárea; se detuvo algún tiempo para satisfacer las piadosas instancias de Cornelio y de todos esos nuevos bautizados que de ello le rogaban insistentemente. Pedro aprovechó ese tiempo para predicar el Evangelio en esa ciudad, y tal fue el fruto que resolvió asignar un pastor a esa multitud de fieles. Este fue S. Zaqueo, de quien se habla en el Evangelio, quien por ello fue consagrado primer obispo de Cesárea[18].

Este hecho, es decir, el haber admitido a la fe a los gentiles, causó cierta celosía entre los fieles de Jerusalén, ni faltaron quienes desaprobaron públicamente lo que había hecho S. Pedro. Por lo cual él consideró bien ir a esa ciudad, para desengañar a los ilusionados y dar a conocer que lo que había operado era por orden de Dios. Al llegar a Jerusalén, algunos se presentaron ante él hablándole audazmente así: “¿Por qué has ido a hombres no circuncidados y has comido con ellos?” Pedro, ante la presencia de todos los fieles reunidos, sin hacer caso de esa interrogación, les dio razón de lo que había hecho, comenzando desde la visión que tuvo en Jope, del vaso lleno de toda clase de animales inmundos, del orden recibido de Dios de alimentarse de ellos, de la repugnancia que mostró a obedecer por temor a contradecir la ley, y de la voz que se hizo oír de nuevo de no más llamar inmundo a lo que había sido purificado por Dios. Luego expuso minuciosamente lo que había ocurrido en casa de Cornelio y cómo, en presencia de muchos, había descendido el Espíritu Santo. Entonces toda esa asamblea, reconociendo la voz del Señor en la de Pedro, se aquietó y alabó a Dios que había extendido los límites de su misericordia.

CAPÍTULO XXII. Herodes hace decapitar a S. Santiago el Mayor y poner a S. Pedro en prisión. — Pero es liberado por un Ángel. — Muerte de Herodes. *Año de J. C. 41*.

Mientras la palabra de Dios, predicada con tanto celo por los Apóstoles y los

discípulos, producía frutos de vida eterna entre los Judíos y entre los Gentiles, Judea era gobernada por Herodes Agripa, sobrino de aquel Herodes que había ordenado la matanza de los inocentes. Dominado por un espíritu de ambición y vanagloria, deseaba desesperadamente ganarse el afecto del pueblo. Los Judíos, y especialmente aquellos que estaban en alguna autoridad, supieron aprovechar esta propensión suya para incitarlo a perseguir a la Iglesia y buscar los aplausos de los perversos Judíos en la sangre de los cristianos. Comenzó haciendo encarcelar al Apóstol San Santiago para luego condenarlo a la horca. Este es San Santiago el Mayor, hermano de San Juan Evangelista, fiel amigo de Pedro, quien tuvo con él muchos signos especiales de benevolencia del Salvador.

Este valiente Apóstol, después de la venida del Espíritu Santo, predicó el Evangelio en Judea; luego (como narra la tradición) fue a España, donde convirtió a algunos a la fe. Regresado a Palestina, entre otros convirtió a un tal Hermógenes, hombre célebre; lo cual disgustó mucho a Herodes, y le sirvió de pretexto para hacerle encarcelar. Llevado ante los tribunales, demostró tal firmeza al responder y confesar a Jesucristo que el juez quedó maravillado. Su mismo acusador, conmovido por tanta constancia, renunció al judaísmo y se declaró públicamente cristiano, y como tal también fue condenado a muerte. Mientras ambos eran conducidos al suplicio, se dirigió a San Santiago y le pidió perdón por lo que había dicho y hecho contra él. El santo Apóstol, dándole una mirada afectuosa, le dijo “*pax tecum*” (la paz sea contigo). Luego lo abrazó y lo besó protestando que de todo corazón lo perdonaba, y que como hermano lo amaba. De aquí se quiere que haya tenido origen el signo de paz y perdón, que suele usarse entre los cristianos y especialmente en el sacrificio de la santa Misa.

Después de esto, esos dos generosos confesores de la fe fueron decapitados, y fueron a unirse eternamente en el Cielo.
Una tal muerte entristeció mucho a los fieles, pero alegró sobremanera a los Judíos, quienes, con la muerte de los jefes de la religión, pensaban poner fin a la religión misma. Herodes, viendo que la muerte de San Santiago había complacido a los Judíos, pensó en proporcionarles un espectáculo más dulce haciendo encarcelar a San Pedro, para luego dejarlo a merced de su ciego furor. Y como corría la semana de los ázimos, que para los Judíos es tiempo de júbilo y preparación para la Pascua, no quiso afligir la alegría pública con el suplicio de un hombre supuestamente culpable. Cargado, por tanto, de cadenas, lo hizo conducir en medio de dos guardianes y ordenó que fuera custodiado con toda cautela dentro de una oscura prisión hasta el término de esa solemnidad. Luego dio orden rigurosa de que fueran

puestos a guardia dieciséis soldados, quienes noche y día vigilaran alternativamente la custodia de la prisión de hierro que se abría a un callejón de la ciudad. Ciertamente sabía ese rey cómo Pedro ya había sido encarcelado otras veces y había salido de manera completamente maravillosa, y no quería que le sucediera de nuevo algo similar. Pero todas estas precauciones, puertas de hierro, cadenas, guardianes y centinelas no sirvieron de nada más que para dar mayor realce a la obra de Dios.

Como el arma más poderosa que el Salvador dejó a los cristianos es la oración, así los fieles, privados de su común padre y pastor, se reunieron juntos llorando la prisión de San Pedro y ofreciendo continuamente oraciones a Dios, para que lo liberara del inminente peligro. Aunque estas oraciones eran ferventísimas, no obstante, agradó al Señor ejercitar por algunos días su fe y paciencia para dar a conocer aún más los efectos de la omnipotencia divina.

Ya era la noche anterior al día fijado para la muerte de Pedro. Él estaba completamente resignado a las disposiciones divinas, igualmente preparado para vivir o morir por la gloria de su Señor; por lo tanto, en la oscuridad de esa horrible prisión, permanecía con la mayor tranquilidad de su alma. Pedro dormía, pero por él velaba Aquel que ha prometido asistir a su Iglesia. Era medianoche y todo estaba en profundo silencio, cuando de repente una luz resplandeciente iluminó toda esa cárcel. Y he aquí que un ángel enviado por Dios sacude a Pedro, lo despierta diciéndole: “Pronto, levántate.” A tales palabras ambas cadenas se soltaron y le cayeron de las manos. Entonces el ángel continuó: “Póntelo todo, y los calzados en los pies.” San Pedro hizo todo, y el ángel prosiguió diciéndole: “Póntete también el manto sobre los hombros y sígueme.” Pedro obedeció; pero le parecía que todo era un sueño y que él estaba fuera de sí. Mientras tanto, las puertas de la prisión estaban abiertas, él salía siguiendo al ángel que iba delante de él. Pasadas las primeras y las segundas guardias, sin que dieran el mínimo signo de verlos, llegaron a la puerta de hierro de enorme grosor, que, saliendo del edificio de las cárceles, daba acceso a la ciudad. Esa puerta se abrió por sí misma. Salidos, caminaron un poco juntos hasta que el ángel desapareció. Entonces Pedro, reflexionando sobre sí mismo: “Ahora,” dijo, “me doy cuenta de que el Señor ha verdaderamente enviado su ángel para liberarme de las manos de Herodes y del juicio que los Judíos esperaban que él hiciera de mí.” Considerado luego bien el lugar donde estaba, fue directamente a la casa de una cierta María, madre de Juan, apodado Marcos, donde muchos fieles estaban reunidos en oración suplicando a Dios que se dignara venir en auxilio del jefe de su Iglesia.

Al llegar San Pedro a esa casa, se puso a golpear la puerta. Una muchacha, de nombre Rosa, fue a ver quién era. “¿Quién está ahí?” dijo ella. Y Pedro: “Soy yo,

abre.” La muchacha, reconociendo bien la voz, casi fuera de sí por la alegría, no se preocupó más por abrir la puerta y, dejándolo afuera, corrió a dar aviso a los dueños. “¿No saben? Es Pedro.” Pero ellos dijeron: “Estás loca, Pedro está en prisión y no puede estar aquí a esta hora.” Pero ella continuaba afirmando que era verdaderamente él. Entonces ellos añadieron: “Quien has visto o escuchado será quizás su ángel, que en su forma ha venido a darnos alguna noticia.” Mientras estos discutían con la muchacha, Pedro continuaba golpeando más fuerte diciendo: “¡Eh, abran!” Esto los impulsó a correr rápidamente a abrir, y se dieron cuenta de que era verdaderamente Pedro.
A todos les parecía un sueño, y cada uno pensaba ver a un muerto resucitado. Algunos preguntaban quién lo había liberado, otros cuándo, algunos estaban impacientes por saber si se había obrado algún prodigio.
Entonces Pedro, para satisfacer a todos, hizo señas con la mano para que guardaran silencio, y contó por orden lo que había sucedido con el ángel y cómo lo había liberado de la prisión. Todos lloraban de ternura y, alabando a Dios, le agradecían el favor que les había hecho.
Pedro, no considerando más segura su vida en Jerusalén, dijo a esos discípulos: “Vayan y refiéranle estas cosas a Santiago (el Menor, obispo de Jerusalén) y a los otros hermanos, y libérenlos de la preocupación en que se encuentran a causa de mí. En cuanto a mí, considero oportuno partir de esta ciudad e irme a otro lugar.”

Cuando se esparció la noticia de que Dios había salvado de manera tan prodigiosa al jefe de la Iglesia, todos los fieles se sintieron vivamente consolados.
La Iglesia católica celebra la memoria de este glorioso acontecimiento el primero de agosto bajo el título de Fiesta de San Pietro in Vincula.
Pero, ¿qué fue de Herodes y de sus guardias? Cuando amaneció, las guardias que no habían oído ni visto nada, fueron por la mañana a visitar la prisión; cuando luego no encontraron más a Pedro, quedaron llenos de profundo asombro. La cosa fue inmediatamente referida a Herodes, quien ordenó buscar a San Pedro, pero no le fue posible encontrarlo. Entonces, indignado, hizo procesar a los soldados y los condenó a muerte, quizás por sospecha de negligencia o infidelidad, habiendo encontrado abiertas todas las puertas de la prisión. Pero el infeliz Herodes no tardó mucho en pagar el precio de las injusticias y de los tormentos infligidos a los seguidores de Jesucristo. Por algunos asuntos políticos había ido de Jerusalén a la ciudad de Cesárea, y mientras disfrutaba de los aplausos con los que el pueblo locamente lo adulaba, llamándolo Dios, en ese mismo instante fue golpeado por un ángel del Señor; fue llevado fuera de la plaza y, entre indescriptibles dolores, devorado por los gusanos, expiró.

Este hecho demuestra con cuánta solicitud Dios viene en ayuda de sus siervos fieles, y da un terrible aviso a los malvados. Estos deben temer grandemente la mano de Dios, que severamente castiga incluso en esta vida a aquellos que desprecian la religión, ya sea en las cosas sagradas o en la persona de sus ministros.

CAPÍTULO XXIII. Pedro en Roma. — Traslada la cátedra apostólica. — Su primera carta. — Progreso del Evangelio. *Año 42 de Jesucristo*.

El Apóstol San Pedro, después de huir de Jerusalén siguiendo los impulsos del Espíritu Santo, decidió trasladar la Santa Sede a Roma. Por lo tanto, después de haber tenido su cátedra en Antioquía durante siete años, partió rumbo a Roma. En su viaje predicó a Jesucristo en el Ponto y en Bitinia, que son dos vastas provincias de Asia Menor. Continuando su viaje, predicó el santo Evangelio en Sicilia y en Nápoles, dando a esta ciudad como obispo a San Aspreno. Finalmente llegó a Roma en el año cuarenta y dos de Jesucristo, mientras reinaba un emperador de nombre Claudio.

Pedro encontró esa ciudad en un estado verdaderamente deplorable. Era, dice San León, un inmenso mar de iniquidad, una cloaca de todos los vicios, un bosque de bestias frenéticas. Las calles, las plazas estaban sembradas de estatuas de bronce y de piedra adoradas como dioses, y ante esos horribles simulacros se quemaban inciensos y se hacían sacrificios. El mismo demonio era honrado con nefandas inmundicias; las acciones más vergonzosas eran consideradas actos de virtud. Se añadían las leyes que prohibían toda nueva religión. Los sacerdotes idólatras y los filósofos eran también graves obstáculos. Además, se trataba de predicar una religión que desaprobaba el culto de todos los dioses, condenaba toda clase de vicios y ordenaba las más sublimes virtudes.

Todas estas dificultades, en lugar de detener el celo del Príncipe de los Apóstoles, lo encendieron aún más en el deseo de liberar a esa miserable ciudad de las tinieblas de la muerte. San Pedro, por lo tanto, apoyado en la única ayuda del Señor, entró en Roma para formar de la metrópoli del imperio la primera sede del sacerdocio, el centro del Cristianismo.

La fama, por otra parte, de las virtudes y los milagros de Jesucristo ya había llegado allí. Pilato había enviado relación al emperador Tiberio, quien, conmovido al leer la santa vida y muerte del Salvador, había decidido incluirlo entre los dioses romanos. Pero el Señor del cielo y de la tierra no quiso ser confundido con las estúpidas divinidades de los paganos; y dispuso que el senado romano rechazara la propuesta de Tiberio como opuesta a las leyes del imperio[19].

Pedro comenzó a predicar el Evangelio a los Judíos que habitaban entonces en

Trastevere, es decir, en una parte de la ciudad de Roma situada al otro lado del Tíber. De la sinagoga de los Judíos pasó a predicar a los Gentiles, quienes con un verdadero gozo corrían ansiosos por recibir el Bautismo. Su número se volvió tan grande, y su fe tan viva, que San Pablo poco después tuvo que consolarse con los Romanos escribiendo estas palabras: “Vuestra fe es anunciada”, es decir, hace hablar de sí misma, extiende su fama por todo el mundo[20]. Ni solamente sobre el bajo pueblo caían las bendiciones del cielo, sino también sobre personas de primera nobleza. Se veían hombres elevados a los primeros cargos de Roma abandonar el culto de los falsos dioses para ponerse bajo el suave yugo de Jesucristo. Eusebio, obispo de Cesarea, dice que los razonamientos de Pedro eran tan robustos y se insinuaban con tanta dulzura en los ánimos de los oyentes, que se convertía en dueño de sus afectos y todos quedaban como encantados por las palabras de vida que salían de su boca y no se saciaban de escucharlo. Así de grande era el número de aquellos que pedían el Bautismo, que Pedro, ayudado por otros compañeros, lo administraba a las orillas del Tíber, de la misma manera en que San Juan Bautista lo había administrado a las del Jordán[21].

Al llegar a Roma, Pedro habitó en el suburbio llamado Trastevere, a poca distancia del lugar donde fue luego edificada la Iglesia de Santa Cecilia. De aquí nació la especial veneración que los Trasteverinos aún conservan hacia la persona del Sumo Pontífice. Entre los primeros en recibir la fe hubo un senador de nombre Pudente, que había ocupado los más altos cargos del Estado. Él dio en su casa hospitalidad al Príncipe de los Apóstoles, y él aprovechaba para celebrar los divinos Misterios, administrar a los fieles la Santa Eucaristía y explicar las verdades de la fe a aquellos que venían a escucharlo. Esa casa fue pronto transformada en un templo consagrado a Dios bajo el título del Pastor; es el templo cristiano más antiguo de Roma, y se cree que es el mismo que actualmente se llama de San Pudenciana. Casi contemporáneamente fue fundada otra Iglesia por el mismo Apóstol, que se dice que es la que hoy en día se llama San Pietro in Vincoli.

San Pedro, viendo cómo Roma estaba tan bien dispuesta a recibir la luz del Evangelio, y al mismo tiempo un lugar muy adecuado para tener relación con todos los países del mundo, estableció su cátedra en Roma, es decir, estableció que Roma fuera el centro y lugar de su especial morada, donde de las diversas naciones cristianas pudieran y debieran recurrir en las dudas de religión y en sus diversas necesidades espirituales. La Iglesia católica celebra la fiesta del establecimiento de la cátedra de San Pedro en Roma el 18 de enero.

Es necesario aquí recordar bien que por sede o cátedra de San Pedro no se entiende la silla material, sino que se entiende el ejercicio de esa suprema autoridad que él había recibido de Jesucristo, especialmente cuando le dijo que

cuanto él atara o desatara sobre la tierra, también sería atado o desatado en el cielo. Se entiende el ejercicio de esa autoridad conferida por Jesucristo para apacentar el rebaño universal de los fieles, sostener y conservar a los otros pastores en la unidad de fe y doctrina como siempre han hecho los sumos pontífices desde San Pedro hasta el reinante León XIII.

Con tal que las ocupaciones que San Pedro tenía en Roma no le permitían más poder ir a visitar las iglesias que en varios países había fundado, escribió una larga y sublime carta dirigida especialmente a los cristianos que habitaban en el Ponto, en Galacia, en Bitinia y en Capadocia, que son provincias de Asia Menor. Él, como padre amoroso, dirige el discurso a sus hijos para animarlos a ser constantes en la fe que les había predicado y les advierte especialmente que se cuiden de los errores que los herejes, desde esos tiempos, iban esparciendo contra la doctrina de Jesucristo.

Concluye luego esta carta con las siguientes palabras: “Ustedes, oh ancianos, es decir, obispos y sacerdotes, les ruego que pastoreen el rebaño de Dios, que de ustedes depende, gobernándolo no forzosamente, sino de buena voluntad; no por amor a vil ganancia, sino con ánimo voluntarioso y haciéndose modelo de su rebaño. Ustedes, oh jóvenes, ustedes todos, oh cristianos, sean sujetos a los sacerdotes con verdadera humildad, porque Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes. Sean templados y velen porque el demonio, su enemigo, como león que ruge, va por ahí buscando a quién devorar, pero ustedes resístanle valientemente en la fe.

Les saludan los cristianos que están en Babilonia (es decir, en Roma) y les saluda luego de manera particular Marcos, mi hijo en Cristo.

La gracia del Señor a todos ustedes que viven en Jesucristo. Así sea.[22]”

Los romanos que habían abrazado con gran fervor la fe predicada por Pedro, manifestaron a San Marcos, fiel discípulo del Apóstol, el vivo deseo de que pusiera por escrito lo que Pedro predicaba. San Marcos de hecho había acompañado al Príncipe de los Apóstoles en varios viajes y lo había oído predicar en muchos países. Por lo tanto, de lo que había oído en las predicaciones y en las conversaciones familiares de su maestro, y de manera muy especial iluminado e inspirado por el Espíritu Santo, estaba realmente en condiciones de satisfacer los piadosos deseos de esos fieles. Por eso se dispuso a escribir el Evangelio, es decir, un relato fiel de las acciones del Salvador; y es lo que tenemos hoy bajo el nombre de Evangelio según San Marcos.

San Pedro desde Roma envió varios de sus discípulos a diferentes partes de Italia y a muchos países del mundo. Envió a San Apolinar a Rávena, a San Trofimo a Galia y precisamente a la ciudad de Arles, de donde el Evangelio se propagó a los otros

países de Francia; envió a San Marcos a Alejandría de Egipto a fundar en su nombre esa iglesia. Así la ciudad de Roma, capital de todo el Imperio Romano, la ciudad de Alejandría, que era la primera después de Roma, la de Antioquía, capital de todo Oriente, tuvieron por fundador al Príncipe de los Apóstoles, y se convirtieron por lo tanto en las tres primeras sedes patriarcales, entre las cuales fue por más siglos repartido el dominio del mundo católico, salvo siempre la dependencia de los patriarcas alejandrino y antioqueno del Pontífice Romano, cabeza de toda la Iglesia, pastor universal, centro de unidad. Mientras San Pedro enviaba a tantos de sus discípulos a predicar en otros lugares el Evangelio, él en Roma ordenaba sacerdotes, consagraba obispos, entre los cuales había elegido a San Zino como vicario para hacer sus veces en las ocasiones en que algún grave asunto lo hubiera obligado a alejarse de esa ciudad.

CAPÍTULO XXIV. San Pedro en el concilio de Jerusalén define una cuestión. — San Santiago confirma su juicio. *Año de Jesucristo 50*.

Roma era la morada ordinaria del Príncipe de los Apóstoles, pero sus cuidados debían extenderse a todos los fieles cristianos. Por lo tanto, si surgían dificultades o cuestiones respecto a cosas de religión, enviaba a algún discípulo suyo, o escribía cartas al respecto y a veces iba él mismo en persona, como precisamente hizo en la ocasión en que en Antioquía surgió una cuestión entre los judíos y los gentiles.

Los Judíos creían que, para ser buenos cristianos, era necesario recibir la circuncisión y observar todas las ceremonias de Moisés. Los gentiles se negaban a someterse a esta pretensión de los judíos, y la cosa llegó a tal punto que derivaba grave daño y escándalo entre los simples fieles y entre los mismos predicadores del Evangelio. Por lo tanto, San Pablo y San Bernabé consideraron bien recurrir al juicio del jefe de la Iglesia y de los otros Apóstoles, para que con su autoridad resolvieran cualquier duda.

San Pedro por lo tanto se trasladó de Roma a Jerusalén para convocar un concilio general. Puesto que, si el Señor ha prometido su asistencia al jefe de la Iglesia, para que su fe no falte, ciertamente lo asiste también cuando están reunidos con él los principales pastores de la Iglesia; tanto más que Jesucristo nos aseguró que se encuentra de hecho en medio de aquellos que, en número incluso solo de dos, se reúnan en su nombre. Llegado, pues, el Príncipe de los Apóstoles a esa ciudad, invitó a todos los otros Apóstoles y a todos esos pastores primarios que pudo tener; entonces Pablo y Bernabé, acogidos en concilio, expusieron en plena asamblea su embajada en nombre de los gentiles de Antioquía; mostraron las razones y los temores de una parte y de la otra, pidiendo su deliberación para la tranquilidad y la

seguridad de las conciencias. “Hay”, decía San Pablo, “algunos de la secta de los fariseos, los cuales han creído y afirman que, como los judíos, también los gentiles deben ser circuncidados y deben observar la ley de Moisés, si quieren obtener la salvación.”

Esa venerable asamblea comenzó a examinar este punto; y después de madura discusión sobre la materia propuesta, levantándose Pedro comenzó a hablar así: “Hermanos, bien saben cómo Dios me eligió para dar a conocer a los gentiles la luz del Evangelio y las verdades de la fe, como ocurrió con Cornelio Centurión y toda su familia. Ahora, Dios que conoce los corazones de los hombres ha dado testimonio a esos buenos gentiles enviando sobre ellos el Espíritu Santo, como lo había hecho sobre nosotros, y ninguna diferencia ha hecho entre nosotros y ellos, mostrando que la fe los había purificado de las impurezas que antes los excluían de la gracia. Por lo tanto, la cosa es clara: sin circuncisión los gentiles son justificados por la fe en Jesucristo. ¿Por qué, por lo tanto, queremos tentar a Dios, casi provocándolo a darnos una prueba más segura de su voluntad? ¿Por qué imponer a estos nuestros hermanos gentiles un yugo que con dificultad nosotros y nuestros padres hemos podido llevar? Por lo tanto, creemos que por la sola gracia de nuestro Señor Jesucristo tanto los judíos como los gentiles deben ser salvados.”

Después de la sentencia del Vicario de Jesucristo, toda esa asamblea guardó silencio y se aquietó. Pablo y Bernabé confirmaron lo que había dicho Pedro, contando las conversiones y los milagros que Dios se había complacido en operar por mano de ellos entre los gentiles que habían convertido al Evangelio.

Cuando Pablo y Bernabé terminaron de hablar, San Santiago, obispo de Jerusalén, confirmó el juicio de Pedro diciendo: “Hermanos, ahora presten atención también a mí. Bien dijo Pedro que desde el principio Dios hizo gracia a los gentiles, formando un solo pueblo que glorificara su santo nombre. Ahora esto está confirmado por las palabras de los profetas, las cuales vemos en estos hechos cumplidas. Por lo cual yo juzgo con Pedro que los gentiles no deben ser inquietados después de haberse convertido a Jesucristo; solamente me parece que se debe ordenarles que, por respeto a la débil conciencia de los hermanos judíos y para facilitar la unión entre estos dos pueblos, se prohíba comer cosas sacrificadas a los ídolos, carnes ahogadas, la sangre; y también se prohíba la fornicación.”

Esta última cosa, es decir, la fornicación, no era necesario prohibirla siendo totalmente contraria a los dictámenes de la razón y prohibida por el sexto artículo del Decálogo. Sin embargo, se renovó tal prohibición respecto a los gentiles, porque en el culto a sus falsas deidades pensaban que era cosa lícita, más bien grata, hacer ofrendas de cosas inmundas y obscenas.

El juicio de San Pedro así confirmado por San Santiago agradó a todo el concilio; por

lo tanto, de común acuerdo determinaron elegir personas autorizadas para enviar a Antioquía con Pablo y Bernabé. A estos, en nombre del concilio, se les entregaron cartas que contenían las decisiones tomadas. Las cartas eran de este tenor: “Los Apóstoles y sacerdotes hermanos a los hermanos gentiles que están en Antioquía, en Siria, en Cilicia, salud. Habiendo nosotros entendido que algunos viniendo de aquí han turbado y angustiado sus conciencias con ideas arbitrarias, nos ha parecido bien a nosotros aquí reunidos elegir y enviar a ustedes a Pablo y Bernabé, hombres muy queridos por nosotros, que sacrificaron su vida y expusieron a peligro por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Con ellos enviamos a Silas y a Judas, quienes entregándoles nuestras cartas les confirmarán de palabra las mismas verdades. De hecho, ha sido juzgado por el Espíritu Santo y por nosotros no imponerles ninguna otra obligación, excepto la que deben observar, es decir, abstenerse de las cosas sacrificadas a los ídolos, de las carnes ahogadas, de la sangre y de la fornicación. De las cuales cosas absteniéndose harán bien. Estén en paz.”
Este fue el primer concilio general al que presidió San Pedro, donde, como Príncipe de los Apóstoles y cabeza de la Iglesia, definió la cuestión con la asistencia del Espíritu Santo. Así de cada fiel cristiano debe creerse que las cosas definidas por los concilios generales reunidos y confirmados por el Sumo Pontífice, Vicario de Jesucristo y sucesor de San Pedro, son verdades certísimas, que dan los mismos motivos de credibilidad como si salieran de la boca del Espíritu Santo, porque ellos representan a la Iglesia con su cabeza, a quien Dios ha prometido su infalibilidad hasta el fin de los siglos.

CAPÍTULO XXV. San Pedro confiere a San Pablo y a San Bernabé la plenitud del Apostolado. — Es avisado por San Pablo. — Regresa a Roma. *Año de Jesucristo 54*.
Dios ya había hecho conocer más de una vez que quería enviar a San Pablo y a San Bernabé a predicar a los gentiles. Pero hasta entonces ejercían su sagrado ministerio como simples sacerdotes, y quizás también como obispos, sin que aún se les hubiera conferido la plenitud del apostolado. Cuando luego fueron a Jerusalén a causa del concilio y contaron las maravillas operadas por Dios por medio de ellos entre los gentiles, se detuvieron también en especiales conversaciones con San Pedro, Santiago y Juan. Contaron, dice el texto sagrado, grandes maravillas a aquellos que ocupaban los primeros cargos en la Iglesia, entre los cuales estaban ciertamente los tres Apóstoles nombrados, quienes se consideraban como las tres columnas principales de la Iglesia. Fue en esta ocasión, dice San Agustín, que San Pedro, como cabeza de la Iglesia, Vicario de Jesucristo y divinamente inspirado, confirió a Pablo y a Bernabé la plenitud del apostolado, con el encargo de llevar la

luz del Evangelio a los gentiles. Así San Pablo fue elevado a la dignidad de Apóstol, con la misma plenitud de poderes que gozaban los otros Apóstoles establecidos por Jesucristo.

Mientras San Pedro y San Pablo moraban en Antioquía, ocurrió un hecho que merece ser referido. San Pedro estaba ciertamente persuadido de que las ceremonias de la ley de Moisés no eran más obligatorias para los gentiles; sin embargo, cuando se encontraba con los judíos, comía a la usanza judía, temiendo disgustarlos si actuaba de otro modo. Tal condescendencia era causa de que muchos gentiles se enfriaran en la fe; por lo tanto, surgía aversión entre gentiles y judíos, y se rompía ese vínculo de caridad que forma el carácter de los verdaderos seguidores de Jesucristo. San Pedro ignoraba las habladurías que tenían lugar por este hecho. Pero San Pablo, dándose cuenta de que tal conducta de Pedro podía generar escándalo en la comunidad de los fieles, pensó en corregirlo públicamente, diciendo: “Si tú, siendo judío, has conocido por la fe que puedes vivir como los gentiles y no como los judíos, ¿por qué con tu ejemplo quieres obligar a los gentiles a la observancia de la ley judía?” San Pedro se mostró muy contento con tal aviso, pues con ese hecho se publicaba ante todos los fieles que la ley ceremonial de Moisés ya no era más obligatoria, y como quien a otros predicaba la humildad de Cristo Jesús, supo practicarla él mismo, sin dar el mínimo signo de resentimiento. Desde entonces no tuvo más ningún respeto por la ley ceremonial de Moisés.

Sin embargo, es necesario aquí notar con los Santos Padres que lo que hacía San Pedro no era malo en sí, pero proporcionaba a los cristianos motivo de discordia. Se quiere además que San Pedro estuviera de acuerdo con San Pablo respecto a la corrección que debía hacerse públicamente, para que fuera aún más conocida la cesación de la ley ceremonial de Moisés.

Desde Antioquía fue a predicar en varias ciudades, hasta que fue avisado por Dios de regresar a Roma, para asistir a los fieles en una feroz persecución excitada contra los cristianos. Cuando San Pedro llegó a esa ciudad, gobernaba el imperio Nerón, hombre lleno de vicios y por consecuencia el más adverso al cristianismo. Él había hecho prender fuego en varios puntos de esa capital, de modo que con muchos ciudadanos quedó en gran parte consumida por las llamas; y luego echaba la culpa de esa malvada acción a los cristianos.

En su crueldad, Nerón había hecho matar a un virtuoso filósofo, de nombre Séneca, que había sido su maestro. La misma madre de él pereció víctima de ese hijo desnaturalizado. Pero la gravedad de estos delitos hizo una terrible impresión también en el corazón embrutecido de Nerón, tanto que le parecía ver espectros que lo acompañaban día y noche. Por lo tanto, buscaba apaciguar las sombras infernales, o mejor los remordimientos de la conciencia, con sacrificios. Luego,

queriendo procurarse algún alivio, hizo buscar a los magos más acreditados, para hacer uso de su magia y de sus encantamientos. El mago Simón, el mismo que había tratado de comprar de San Pedro los dones del Espíritu Santo, aprovechó la ausencia del Santo Apóstol para ir allí y, a fuerza de adulaciones hacia el emperador, desacreditar la religión cristiana.

CAPÍTULO XXVI. San Pedro hace resucitar a un muerto. *Año de Jesucristo 66*.
El mago Simón sabía que, si podía hacer algún milagro, ganaría gran crédito. Aquellos que San Pedro iba operando por todas partes servían para encenderlo cada vez más de envidia y rabia; por eso iba estudiando algún prestigio para hacerse ver superior a San Pedro. Se enfrentó con él en varias ocasiones, pero siempre salió lleno de confusión. Y como se jactaba de saber curar enfermedades, alargar la vida, resucitar a los muertos, cosas que él veía hacer a San Pedro, ocurrió que fue invitado a hacer lo mismo. Había muerto un joven de noble familia y pariente del emperador. Sus padres, al estar inconsolables, fueron aconsejados a recurrir a San Pedro para que viniera a devolverle la vida. Otros, en cambio, invitaron a Simón.

Ambos llegaron al mismo tiempo a la casa del difunto. San Pedro, de buen grado, accedió a que Simón hiciera sus pruebas para devolver la vida al muerto; pues sabía que solo Dios puede operar verdaderos milagros, ni jamás nadie puede jactarse de haberlos realizado si no es por virtud divina y en confirmación de la religión católica, y que por lo tanto todos los esfuerzos del impío Simón serían inútiles. Lleno de arrogancia y empujado por el espíritu maligno, Simón aceptó locamente la prueba; y, convencido de que ganaría, propuso la siguiente condición: si Pedro logra resucitar al muerto, yo seré condenado a muerte; pero si yo doy vida a este cadáver, que Pedro la pague con la cabeza. No habiendo entre los presentes quien rechazara esa propuesta, y aceptándola de buen grado San Pedro, el mago se dispuso a la obra.

Se acercó al féretro del difunto y, invocando al demonio y realizando mil otros encantamientos, pareció a algunos que aquel frío cadáver daba algún signo de vida. Entonces los partidarios de Simón comenzaron a gritar que Pedro debía morir.
El Santo Apóstol se reía de aquella impostura y, modestamente pidiendo a todos que guardaran silencio un momento, dijo: “Si el muerto ha resucitado, que se levante, camine y hable; *si resucitatus est, surgat, ambulet, fabuletur*. No es cierto que él mueva la cabeza o dé signo de vida, es su fantasía la que les hace pensar así. Ordenen a Simón que se aleje de la cama; y pronto verán desvanecerse del

muerto toda esperanza de vida.[23]”
Así se hizo, y aquel que antes estaba muerto continuaba yaciendo como una piedra sin espíritu y sin movimiento. Entonces el Santo Apóstol se arrodilló a poca distancia del féretro y comenzó a orar fervorosamente al Señor, suplicándole que glorificara su santo nombre para confusión de los malvados y consuelo de los buenos. Después de breve oración, dirigiéndose al cadáver, dijo en voz alta: “Joven, levántate; Jesús Señor te da la vida y la salud.”

Al mandato de esta voz, a la que la muerte estaba acostumbrada a obedecer, el espíritu volvió prontamente a vivificar aquel frío cuerpo; y para que no pareciera una ilusión, se levantó de pie, habló, caminó y se le dio de comer. De hecho, Pedro lo tomó de la mano y vivo y sano lo devolvió a su madre. Aquella buena mujer no sabía cómo expresar su gratitud hacia el Santo, y le rogó humildemente que no quisiera dejar su casa, para que no fuera abandonado quien había resucitado por sus manos. San Pedro la confortó diciendo: “Nosotros somos siervos del Señor, él lo ha resucitado y nunca lo abandonará. No temas por tu hijo, pues él tiene su guardián.”
Ahora quedaba que el mago fuera condenado a muerte, y ya una multitud de gente estaba lista para apedrearlo bajo una lluvia de piedras, si el Apóstol, movido a compasión por él, no hubiera pedido que se le dejara vivir, diciendo que para él era un castigo bastante grande la vergüenza que había sentido. “Viva también”, dijo, “pero viva para ver crecer y expandirse cada vez más el reino de Jesucristo.”

CAPÍTULO XXVII. Vuelo. — Caída. — Muerte desesperada de Simón Mago. *Año de Jesucristo 67*.
En la resurrección de aquel joven, el mago Simón debió admirar la bondad y la caridad de Pedro, y reconocer al mismo tiempo la intervención de la potencia divina, por lo que debió abandonar al demonio al que había servido durante tanto tiempo; pero el orgullo lo hizo aún más obstinado. Animado por el espíritu de Satanás, se enfureció más que nunca y resolvió a toda costa vengarse de San Pedro. Con este pensamiento, un día se fue a ver a Nerón y le dijo que estaba disgustado con los galileos, es decir, los cristianos, que estaba decidido a abandonar el mundo y que, para dar a todos una prueba infalible de su divinidad, quería ascender por sí mismo al Cielo.
A Nerón le agradó mucho la propuesta; y como deseaba encontrar siempre nuevos pretextos para perseguir a los cristianos, hizo avisar a San Pedro, quien según él pasaba por un gran conocedor de magia, y lo desafió a hacer lo mismo y a demostrar que Simón era un mentiroso; que, si no lo hacía, él mismo sería juzgado

como mentiroso y impostor, y como tal condenado a decapitación. El Apóstol, apoyado en la protección del Cielo, que nunca falta en defender la verdad, aceptó la invitación. San Pedro, por lo tanto, sin ningún auxilio humano, se armó del escudo inexpugnable de la oración. También ordenó a todos los fieles que con ayuno unieran sus oraciones a las suyas. Ordenó también a todos los fieles que con ayuno universal y con oraciones continuas invocaran la divina misericordia. El día en que se realizaban estas prácticas religiosas era sábado y de aquí proviene el ayuno del sábado, que en tiempos de San Agustín aún se practicaba en Roma en memoria de este acontecimiento.

Por el contrario, el Mago Simón, todo engreído por el favor prometido por sus demonios, se preparaba para urdir y terminar con ellos la fraude, y en su locura creía que con este golpe derribaría la Iglesia de Jesucristo. Llegó el día fijado. Una inmensa multitud de gente se había reunido en una gran plaza de Roma. Nerón mismo, con toda la corte, vestido con ropas brillantes de oro y gemas, estaba sentado sobre una tribuna bajo un riquísimo pabellón mirando y animando a su campeón. Se hizo un profundo silencio. Aparece Simón vestido como si fuera un Dios y fingiendo tranquilidad muestra seguridad de llevar la victoria. Mientras se difundía en pomposos discursos, de repente apareció en el aire un carro de fuego, (era toda ilusión diabólica y juego de fantasía) y recibido dentro el mago a la vista de todo el pueblo, el demonio lo levantó del suelo y lo transportó por el aire. Ya tocaba las nubes y comenzaba a desvanecerse de la vista del pueblo, el cual con los ojos levantados al cielo, jubilando de maravilla y aplaudiendo gritaba: ¡Victoria! ¡Milagro! ¡Gloria y honor a Simón, verdadero hijo de los Dioses!

Pedro, en compañía de San Pablo, sin ninguna ostentación se arrodilla en el suelo y, con las manos levantadas al Cielo, fervorosamente ora a Jesucristo que quiera venir en ayuda de su Iglesia para hacer triunfar la verdad ante aquel pueblo engañado. Dicho y hecho: la mano de Dios omnipotente, que había permitido a los espíritus malignos elevar a Simón hasta aquella altura, les quitó de repente todo poder, de modo que privados de fuerza tuvieron que abandonarlo en el más grave peligro y en el colmo de su gloria. Sustraída a Simón la virtud diabólica, abandonado al peso de su corpulento cuerpo se precipitó con una caída desastrosa, y cayó con tal ímpetu a tierra que, deshaciéndose todas sus extremidades, salpicó la sangre hasta el tribunal de Nerón. Tal caída ocurrió cerca de un templo dedicado a Rómulo, donde hoy existe la iglesia de los santos Cosme y Damián.
El infeliz Simón debió ciertamente perder la vida si San Pedro no hubiera invocado a Dios a su favor. Pedro, dice San Máximo, oró al Señor para liberarlo de la muerte

tanto para hacer conocer a Simón la debilidad de sus demonios, como para que confesando la potencia de Jesucristo implorara de Él el perdón de sus culpas. Pero aquel que durante mucho tiempo había hecho profesión de despreciar las gracias del Señor, era demasiado obstinado para rendirse incluso en este caso en el que Dios abundaba en Su misericordia. Simón, convertido en objeto de las burlas de todo el pueblo, lleno de confusión, pidió a algunos de sus amigos que lo llevaran de allí. Llevado a una casa cercana, sobrevivió aún algunos días; hasta que, oprimido por el dolor y la vergüenza, se aferró al desesperado partido de quitarse esos miserables restos de vida y, arrojándose por una ventana, se dio así voluntariamente la muerte[24].

La caída de Simón es viva imagen de la caída de aquellos cristianos que, o renegando de la religión cristiana o descuidando observarla, caen del grado sublime de virtud al que la fe cristiana los ha elevado, y ruina miserablemente en vicios y desórdenes, con deshonor del carácter cristiano y de la religión que profesan y con daño a veces irreparable de su alma.

CAPÍTULO XXVIII. Pedro es buscado para muerte. — Jesús se le aparece y le predice inminente el martirio. — Testamento del santo Apóstol.

El suplicio que le tocó a Simón Mago, mientras hacía evidente la venganza del Cielo, contribuyó mucho a aumentar el número de cristianos. Nerón, por otro lado, viendo a una multitud de personas abandonar el culto profano de los Dioses para profesar la religión predicada por San Pedro, y habiéndose dado cuenta de que el Santo Apóstol con la predicación había logrado ganar personas muy favorecidas por él, y aquellas mismas que en la corte eran instrumento de iniquidad, sintió duplicarse la rabia contra los cristianos y comenzó a endurecerse aún más contra ellos.

En medio del furor de aquella persecución, Pedro era incansable en animar a los fieles a ser constantes en la fe hasta la muerte y en convertir nuevos gentiles, de modo que la sangre de los mártires, lejos de atemorizar a los cristianos y disminuir su número, era una semilla fecunda que cada día los multiplicaba. Solo los judíos de Roma, quizás estimulados por los judíos de Judea, se mostraban obstinados. Por eso Dios, queriendo llegar a la última prueba para vencer su obstinación, hizo públicamente predecir por su Apóstol que en breve suscitaría un rey contra esa nación, el cual, después de haberla reducido a las más graves angustias, nivelaría al suelo su ciudad, obligando a los ciudadanos a morir de hambre y de sed. Entonces, les decía, verán a unos comer los cuerpos de otros y consumirse mutuamente, hasta que, cayendo en manos de sus enemigos, verán bajo sus ojos desgarrar cruelmente a sus esposas, a sus hijas y a sus niños golpeados y

asesinados sobre las piedras; sus mismas tierras serán reducidas a desolación y ruina por el hierro y el fuego. Aquellos que escapen de la común desgracia serán vendidos como animales de carga y sujetos a perpetua servidumbre. Tales males vendrán sobre ustedes, oh hijos de Jacob, porque se han regocijado de la muerte del Hijo de Dios y ahora se niegan a creer en Él[25].

Pero sabiendo bien los ministros de la persecución que se fatigarían inútilmente si no quitaban de en medio al jefe de los cristianos, se volvieron contra él para tenerlo en sus manos y matarlo. Los fieles, considerando la pérdida que harían con su muerte, estudiaban cada medio para impedir que cayera en manos de los perseguidores. Cuando luego se dieron cuenta de que era imposible que pudiera permanecer oculto por más tiempo, le aconsejaron que saliera de Roma y se retirara a un lugar donde fuera menos conocido. Pedro se negaba a tales consejos sugeridos por el amor filial y, de hecho, ardientemente deseaba la corona del martirio. Pero, continuando los fieles a rogarle que hiciera eso por el bien de la Iglesia de Dios, es decir, que intentara conservarse en vida para instruir, confirmar en la fe a los creyentes y ganar almas para Cristo, finalmente accedió y decidió partir.

De noche se despidió de los fieles para escapar de la furia de los idólatras. Pero al llegar fuera de la ciudad, por la Puerta Capena, hoy llamada Puerta San Sebastián, le apareció Jesucristo en la misma figura en que lo había conocido y por más años había frecuentado. El Apóstol, aunque sorprendido por esta inesperada aparición, no obstante, según su prontitud de espíritu, se armó de valor para interrogarlo diciendo: “Oh Señor, ¿a dónde vas?” ***Domine, quo vadis?*** Respondió Jesús: “Vengo a Roma para ser crucificado de nuevo.” Dicho esto, desapareció.

De esas palabras, Pedro comprendió que era inminente su propia crucifixión, pues sabía que el Señor no podía ser crucificado de nuevo por sí mismo, sino que debía ser crucificado en la persona de su Apóstol. En memoria de este acontecimiento, fuera de la Puerta San Sebastián se edificó una iglesia llamada aún hoy “*Domine, quo vadis*”, o “Santa María ad Passus”, es decir, Santa María a los Pies, porque el Salvador en aquel lugar, donde habló a San Pedro, dejó impresa en una piedra la sagrada huella de sus pies. Esta piedra se conserva todavía en la iglesia de San Sebastián.

Después de aquel aviso, San Pedro regresó y, interrogado por los cristianos de Roma sobre la razón de su tan pronto regreso, les contó todo. Nadie tuvo más dudas de que Pedro sería encarcelado y glorificaría al Señor dando por Él la vida. Por lo tanto, en el temor de caer de un momento a otro en manos de los perseguidores y que en esos momentos calamitosos la Iglesia quedara sin su supremo pastor, Pedro pensó en nombrar algunos obispos más celosos, para que

uno de ellos sucediera en el Pontificado después de su muerte. Fueron estos San Lino, San Cleto, San Clemente y San Anacleto, quienes ya lo habían ayudado en el oficio de sus vicarios en varias necesidades de la Iglesia.

No contento San Pedro de haber así provisto a las necesidades de la Sede Pontificia, también quiso dirigir un escrito a todos los fieles, como por su testamento, es decir, una segunda carta. Esta carta está dirigida al cuerpo universal de los cristianos, nombrando en particular a los del Ponto, de Galacia y de otras provincias de Asia a quienes había predicado.

Después de haber nuevamente aludido a las cosas ya dichas en su primera carta, recomienda tener siempre los ojos en Jesús Salvador, cuidándose de la corrupción de este siglo y de los placeres mundanos. Para resolverlos luego a mantenerse firmes en la virtud, les pone a la vista los premios que el Salvador tiene preparados en el reino eterno del Cielo; y al mismo tiempo recuerda a la memoria los terribles castigos con los cuales suele Dios castigar a los pecadores, bien a menudo también en esta vida, pero infaliblemente en la otra con la pena eterna del fuego. Luego, llevándose con su pensamiento al futuro, predice los escándalos que muchos hombres perversos habrían de suscitar, los errores que habrían de diseminar y las astucias de las cuales se habrían de servir para propagarlos. “Pero sepan”, dice, “que estos, a semejanza de fuentes sin agua y de nieblas oscuras agitadas por los vientos, son todos impostores y seductores de almas, que prometen una libertad, la cual siempre termina en una miserable esclavitud, en la que se encuentran envueltos ellos mismos; después de lo cual les está reservado el juicio, la perdición y el fuego.”

“Por mi parte”, continúa, “estoy seguro, según la revelación que tuvo Nuestro Señor Jesucristo, que en poco tiempo debo abandonar este tabernáculo de mi cuerpo; pero no dejaré de hacer que, incluso después de mi muerte, tengáis los medios para recordar tales cosas en vuestra mente. Estad seguros, las promesas del Señor nunca fallarán: llegará el día extremo en que cesarán de ser los cielos, los elementos serán disueltos o devorados por el fuego, la tierra será consumida con todo lo que contiene. Ocupaos, pues, en las obras de piedad, esperemos con paciencia y placer la venida del día del Señor y, según sus promesas, vivamos de tal manera que podamos pasar a la contemplación de los cielos y a la posesión de una gloria eterna.”

Luego los exhorta a mantenerse limpios del pecado y a creer constantemente que la larga paciencia que a menudo usa el Señor con nosotros es para nuestro bien común. Entonces recomienda encarecidamente no interpretar las Sagradas Escrituras con el entendimiento privado de cada uno, y nota particularmente las cartas de San Pablo, a quien llama su querido hermano, de quien dice así:

“Jesucristo difiere su venida para daros tiempo a convertiros; las cuales cosas os escribió Pablo, nuestro querido hermano, según la sabiduría que le ha sido dada por Dios. Así lo hace también en todas sus cartas, donde habla de estas mismas cosas. Sin embargo, estad bien atentos a que en estas cartas hay algunas cosas difíciles de entender, las cuales los hombres ignorantes e inestables explican de manera perversa, como hacen también con otras partes de la Sagrada Escritura, de las que abusan para su propia perdición.” Estas palabras merecen ser consideradas atentamente por los protestantes, quienes quieren confiar la interpretación de la Biblia a cualquier hombre del pueblo, por más grosero e ignorante que sea. A estos se les puede aplicar lo que dice San Pedro, es decir, que la caprichosa interpretación de la Biblia resultó en su propia perdición: ***ad suam ipsorum perditionem*****[26]**.

CAPÍTULO XXIX. San Pedro en prisión convierte a Procópio y Martiniano. — Su martirio**[27]**. *Año de la Era Común 67*.

Finalmente había llegado el momento en que debían cumplirse las predicciones hechas por Jesucristo respecto a la muerte de su Apóstol. Tanto esfuerzo merecía ser coronado con la palma del Martirio. Mientras un día se sentía arder de amor hacia la persona del Divino Salvador y deseaba fervientemente poder unirse a Él lo antes posible, fue sorprendido por perseguidores que inmediatamente lo ataron y lo condujeron a una profunda y tétrica prisión llamada Mamertina, donde solían encerrar a los más famosos criminales[28]. La divina providencia dispuso que Nerón, por asuntos de gobierno, tuviera que alejarse algún tiempo de Roma; así, San Pedro permaneció aproximadamente nueve meses en prisión. Pero los verdaderos siervos del Señor saben promover la gloria de Dios en todo momento y en todo lugar.

En la oscuridad de la prisión, Pedro, ejerciendo las labores de su apostolado y especialmente el ministerio de la palabra divina, tuvo la consolación de conquistar para Jesucristo a los dos guardianes de la prisión, llamados Proceso y Martiniano, junto con otras 47 personas que se encontraban encerradas en el mismo lugar.

Es fama, confirmada por la autoridad de escritores acreditados, que no habiendo agua allí para administrar el bautismo a esos nuevos convertidos, Dios hizo brotar en ese instante una fuente perenne, cuyas aguas continúan manando aún hoy. Los viajeros que van a Roma se preocupan por visitar la prisión Mamertina, que está a los pies del Capitolio, en cuyo fondo brota todavía la prodigiosa fuente. Ese edificio, tanto en la parte subterránea como en la que se eleva sobre la tierra, es objeto de gran veneración entre los cristianos.

Los ministros del emperador intentaron varias veces vencer la constancia del santo

Apóstol; pero, al ver que todos sus esfuerzos eran inútiles, y además al observar que, incluso encadenado, no cesaba de predicar a Jesucristo y así aumentar el número de cristianos, decidieron hacerlo callar con la muerte. Era una mañana cuando Pedro vio abrirse la prisión. Entraron los verdugos, lo ataron fuertemente y le anunciaron que debía ser conducido al suplicio. ¡Oh! Entonces su corazón se llenó de alegría. “Yo me alegro”, exclamaba, “porque pronto veré a mi Señor. Pronto iré a encontrar a Aquel a quien he amado y de quien he recibido tantos signos de afecto y de misericordia.”

Antes de ser conducido al suplicio, el santo Apóstol, según las leyes romanas, tuvo que someterse a dolorosa flagelación; lo cual le causó gran alegría, porque así se convertía cada vez más en fiel seguidor de su divino Maestro, quien antes de ser crucificado fue sometido a similar pena.

También el camino que recorrió yendo al suplicio merece ser notado. Los romanos, conquistadores del mundo, después de haber sometido a alguna nación, preparaban la pompa del triunfo sobre un magnífico carro en el valle o mejor en la llanura a los pies del monte Vaticano. Desde allí, por la vía sagrada, llamada también triunfal, los vencedores ascendían triunfantes al Capitolio. San Pedro, después de haber sometido el mundo al suave yugo de Cristo, también fue sacado de la cárcel y por el mismo camino conducido al lugar donde se preparaban esas grandes solemnidades.

Así celebraba también la ceremonia del triunfo y ofrecía a sí mismo en holocausto al Señor, fuera de la puerta de Roma, como fuera de Jerusalén había sido crucificado su divino Maestro.

Entre el monte Gianicolo[29] y el Vaticano había un valle donde, al recogerse las aguas, se formaba una ciénaga. En la otra cima de la montaña que miraba hacia la ciénaga, estaba el lugar destinado al martirio del más grande hombre del mundo. El intrépido atleta, cuando llegó al lugar del patíbulo y vio la cruz sobre la cual estaba condenado a morir, lleno de coraje y de alegría exclamó: “¡Salve, oh cruz, salvación de las naciones, estandarte de Cristo, oh cruz queridísima, salve, oh consuelo de los cristianos! Tú eres la que me aseguras el camino del cielo, eres la que me aseguras la entrada en el reino de la gloria. Tú, que un tiempo vi resplandeciente con la santísima sangre de mi Maestro, hoy sé mi ayuda, mi consuelo, mi salvación.[30]”

Sin embargo, San Pedro consideraba para sí un honor demasiado grande el morir de una manera similar a la de su divino Maestro; por lo tanto, rogó a sus crucificadores que por gracia quisieran hacerlo morir con la cabeza hacia abajo. Como tal manera de morir le hacía sufrir más, así la gracia le fue fácilmente concedida. Pero su cuerpo, naturalmente, no podía sostenerse en la cruz si las manos y los pies solo estaban clavados con los clavos; por lo tanto, sus santas extremidades fueron

atadas con cuerdas a ese duro tronco.
Había sido acompañado al lugar del suplicio por una multitud infinita de cristianos e infieles. Ese hombre de Dios, en medio de los mismos tormentos, casi olvidándose de sí mismo, consolaba a los primeros para que no se afligieran por él; se esforzaba por salvar a los segundos exhortándolos a dejar el culto de los ídolos y abrazar el Evangelio, para que pudieran conocer al único Dios verdadero, creador de todas las cosas. El Señor, que siempre dirigía el celo de tan fiel ministro, lo consoló en esas últimas agonías con la conversión de un gran número de idólatras de toda condición y de todo sexo[31].
Mientras San Pedro pendía en la cruz, Dios también quiso consolarlo con una visión celestial. Le aparecieron dos ángeles con dos coronas de lirios y de rosas, para indicarle que sus sufrimientos habían llegado a su fin y que debía ser coronado de gloria en la bienaventurada eternidad[32].
San Pedro sufrió en la cruz tan noble triunfo el 29 de junio, en el año septuagésimo de Jesucristo y sexagésimo séptimo de la era vulgar. En el mismo día en que San Pedro moría en la cruz, San Pablo, bajo la espada del mismo tirano, glorificaba a Jesucristo siendo decapitado. Día verdaderamente glorioso para todas las Iglesias de la Cristianidad, pero especialmente para la de Roma, la cual, después de haber sido fundada por Pedro y largamente alimentada con la doctrina de ambos estos Príncipes de los Apóstoles, ahora está consagrada por su martirio, por su sangre, y sublimada sobre todas las iglesias del mundo.
Así, mientras era inminente la destrucción de la ciudad santa de Jerusalén, y debía ser quemado su templo, Roma, que era la capital y la dueña de todas las naciones, se convertía por medio de esos dos Apóstoles en la Jerusalén de la nueva alianza, la ciudad eterna, y tanto más gloriosa que la vieja Jerusalén, cuanto la gracia del Evangelio y el sacerdocio de la nueva ley son más grandes que el sacerdocio, de todas las ceremonias y figuras de la ley antigua.
San Pedro fue martirizado a la edad de 86 años, después de un pontificado de 35 años, 3 meses y 4 días. Tres años los pasó especialmente en Jerusalén. Luego ocupó su cátedra siete años en Antioquía, el resto en Roma.

CAPÍTULO XXX. Sepulcro de San Pedro. — Atentado contra su cuerpo.

Apenas San Pedro emitió el último suspiro, muchos cristianos partieron del lugar del suplicio llorando la muerte del supremo Pastor de la Iglesia. Por otra parte, San Lino, su discípulo y inmediato sucesor, dos sacerdotes hermanos, San Marcelo y San Apuleyo, San Anacleto y otros fervorosos cristianos se reunieron alrededor de la cruz de San Pedro. Cuando luego los verdugos se alejaron del lugar del martirio, ellos depositaron el cuerpo del santo Apóstol, lo ungieron con preciosos aromas, lo

embalsamaron y lo llevaron a sepultar cerca del Circo, es decir, cerca de los jardines de Nerón en el monte Vaticano, propiamente en el lugar donde hoy todavía se venera. Su cuerpo fue colocado en un sitio donde ya habían sido sepultados muchos mártires, discípulos de los santos Apóstoles y primicias de la Iglesia católica, quienes por orden de Nerón habían sido expuestos a las fieras, o crucificados, o quemados, o asesinados a fuerza de inauditos tormentos. San Anacleto había erigido allí un pequeño cementerio, en un rincón del cual levantó una especie de oratorio donde reposa el cuerpo de San Pedro. Este sitio se volvió célebre y todos los papas sucesores de San Pedro demostraron siempre un vivo deseo de ser allí sepultados.

Poco después de la muerte de San Pedro, llegaron a Roma algunos cristianos de Oriente, quienes, considerando que poseer las reliquias del santo Apóstol era un gran tesoro, resolvieron hacer su adquisición. Pero, sabiendo que sería inútil intentar comprarlas con dinero, pensaron en robarlas, casi como cosa propia, y llevarlas a esos lugares de donde el santo había venido. Por lo tanto, fueron valientemente al sepulcro, extrajeron de allí el cuerpo y lo llevaron a las catacumbas, que son un lugar excavado bajo tierra, actualmente llamado de San Sebastián, con la intención de enviarlo a Oriente tan pronto como se presentara la oportunidad.

Dios, por otra parte, que había llamado a ese gran Apóstol a Roma para que la hiciera gloriosa con el martirio, dispuso también que su cuerpo fuera conservado en esa ciudad y que hiciera de esa iglesia la más gloriosa del mundo. Por lo tanto, cuando esos orientales fueron a llevar a cabo su plan, se levantó una tormenta con un torbellino tan fuerte, que por el estruendo de los truenos y por el relámpago de los rayos se vieron obligados a interrumpir su obra.

Los cristianos de Roma se dieron cuenta de lo ocurrido, y en gran multitud, saliendo de la ciudad, recuperaron el cuerpo del santo Apóstol y lo llevaron nuevamente al monte Vaticano de donde había sido sacado[33].

En el año 103, San Anacleto, convertido en Sumo Pontífice, viendo algo calmadas las persecuciones contra los cristianos, a sus expensas levantó un templito, de modo que encerrara las reliquias y todo el sepulcro allí existente. Esta es la primera iglesia dedicada al Príncipe de los Apóstoles.

Este sagrado depósito permaneció expuesto a la veneración de los fieles hasta la mitad del tercer siglo. Solo en el año 221, por la ferocidad con que eran perseguidos los cristianos, temiendo que los cuerpos de los santos Apóstoles Pedro y Pablo fueran profanados por los infieles, fueron transportados por el Pontífice a las catacumbas llamadas Cementerio de San Calixto, en aquella parte que hoy se llama cementerio de San Sebastián. Pero en el año 255 el papa San Cornelio, a petición e

instancia de Santa Lucina y de otros cristianos, llevó de nuevo el cuerpo de San Pablo a la vía de Ostia, al lugar donde había sido decapitado. El cuerpo de San Pedro fue nuevamente transportado y reposado en la tumba primitiva a los pies del monte Vaticano.

CAPÍTULO XXXI. Tumba y Basílica de San Pedro en el Vaticano.

En los primeros siglos de la Iglesia, los fieles en su mayoría no podían acudir a la tumba de San Pedro, salvo con grave peligro de ser acusados como cristianos y llevados ante los tribunales de los perseguidores. Sin embargo, siempre hubo una gran afluencia de gente, que venía de los países más lejanos a invocar la protección del Cielo en la tumba de San Pedro. Pero cuando Constantino se convirtió en el dueño del Imperio Romano y puso fin a las persecuciones, entonces cada uno pudo mostrarse libremente como seguidor de Jesucristo, y la tumba de San Pedro se convirtió en el santuario del mundo cristiano, donde de cada rincón se acudía a venerar las reliquias del primer Vicario de Jesucristo. El mismo emperador profesaba públicamente el Evangelio, y entre los muchos signos que dio de su apego a la religión católica, uno fue el de haber mandado edificar varias iglesias, y entre otras, la en honor del Príncipe de los Apóstoles; la cual, por ello, a veces lleva también el nombre de Basílica Costantiniana, conocida más comúnmente como Basílica Vaticana.

Por lo tanto, en el año 319, Constantino, por su impulso y a invitación de San Silvestre, estableció que el sitio de la nueva Iglesia fuera a los pies del Vaticano, con el diseño de que abarcara todo el pequeño templo edificado por San Anacleto y que hasta esa época había sido objeto de la veneración común. En el día en que el Emperador Constantino quería dar inicio a la santa empresa, depositó en el lugar la diadema imperial y todos los signos reales, luego se postró en tierra y derramó muchas lágrimas por devota ternura. Tomando entonces la azada, se dispuso a cavar con sus propias manos el terreno, dando así inicio a la excavación de los cimientos de la nueva basílica. Quiso él mismo formar el diseño y establecer el espacio que debía abarcar el nuevo templo; y para animar a dar mano a la obra con alacridad, quiso llevar sobre sus espaldas doce cofres de tierra en honor de los doce Apóstoles. Entonces fue desenterrado el cuerpo de San Pedro, y en presencia de muchos fieles y de mucho clero, fue colocado por San Silvestre en una gran caja de plata, con otra caja de bronce dorado encima, plantada inmóvil en el suelo. La urna que contenía el sagrado depósito era alta, ancha y larga cinco pies; sobre ella fue colocada una gran cruz de oro purísimo de un peso de ciento cincuenta libras, en la que estaban grabados los nombres de Santa Elena y de su hijo Constantino.

Terminada esa majestuosa edificación, preparada una cripta o cámara subterránea toda ornada de oro y de gemas preciosas, rodeada de una cantidad de lámparas de oro y de plata, allí colocó el precioso tesoro: la cabeza de San Pedro. San Silvestre invitó a muchos obispos; y los fieles cristianos de todas partes del mundo intervinieron en esta solemnidad. Para animarlos aún más, abrió el tesoro de la Iglesia y concedió muchas indulgencias. La afluencia fue extraordinaria; la solemnidad fue majestuosa; era la primera consagración que se hacía públicamente con ritos y ceremonias tales como se practican aún hoy en día en la consagración de los sagrados edificios. La función se cumplió en el año 324 el dieciocho de noviembre. La urna de San Pedro, así cerrada, nunca más se volvió a abrir, y siempre fue objeto de veneración en toda la cristiandad. Constantino donó muchos bienes para el decoro y la conservación de aquel augusto edificio. Todos los sumos Pontífices compitieron por hacer glorioso el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles. Pero todas las cosas humanas se van consumiendo con el tiempo, y la basílica Vaticana en el siglo XVI se encontró en peligro de ruina. Por lo tanto, los Pontífices decidieron rehacerla por completo. Después de muchos estudios, después de graves fatigas y grandes gastos, se pudo colocar la piedra fundamental del nuevo templo en el año 1506. El gran papa Julio II, a pesar de su avanzada edad y la profunda hendidura en la que debía descender para llegar a la base del pilar de la cúpula, quiso, sin embargo, descender en persona para establecer y colocar con solemne ceremonia la primera piedra. Es difícil describir las fatigas, el trabajo, el dinero, el tiempo, los hombres que se emplearon en esta maravillosa construcción.

El trabajo fue llevado a término en el espacio de ciento veinte años, y finalmente Urbano VIII, asistido por 22 cardenales y por todas aquellas dignidades que suelen participar en las funciones pontificias, consagró solemnemente la majestuosa basílica el 18 de noviembre de 1626, es decir, en el mismo día en que San Silvestre había consagrado la antigua basílica erigida por Constantino. En todo este tiempo, en medio de tantas restauraciones y tantos trabajos de construcción, las reliquias de San Pedro no sufrieron ninguna translación; ni la urna, ni la sobre caja de bronce fueron movidas, ni siquiera la cripta fue abierta. El nuevo pavimento, habiéndose tenido que elevar un poco sobre el antiguo, se dispuso de tal manera que encerrara la capilla primitiva y dejara así intacto el altar consagrado por San Silvestre. A este respecto se nota que, cuando el arquitecto Giacomo della Porta levantaba las capas del pavimento alrededor del viejo altar para superponer el nuevo, descubrió la ventana que correspondía a la sagrada urna. Al bajar dentro la luz, reconoció la cruz de oro que había sido colocada por Constantino y por Santa Elena, su madre. Hizo de inmediato relación de todo al Papa, que en 1594 era Clemente VIII, quien en

compañía de los cardenales Bellarmino y Antoniano, se dirigió personalmente al lugar y encontró lo que había referido el arquitecto. El Pontífice no quiso abrir ni el sepulcro ni la urna; tampoco consintió que nadie se acercara, sino que ordenó que la apertura fuera cerrada con cementos. Desde entonces, nunca más se abrió la tumba, ni nadie se ha acercado a esas veneradas reliquias.
Los viajeros que se dirigen a Roma para visitar la gran basílica de San Pedro en el Vaticano, al verla por primera vez quedan como encantados; y los personajes más célebres por ingenio y ciencia, llegados a sus países, no saben dar más que una débil idea de ella.
He aquí lo que se puede comprender con cierta facilidad. Esa iglesia está embellecida con los mármoles más exquisitos que se hayan podido tener; su amplitud y su elevación llegan a un punto que sorprende la vista que la contempla; el pavimento, las paredes, la bóveda están adornados con tal maestría, que parecen haber agotado todos los recursos del arte. La cúpula que, por así decirlo, se eleva hasta las nubes, es un compendio de todas las bellezas de la pintura, de la escultura y de la arquitectura. Sobre la cúpula, o más bien sobre el mismo cupulín, hay una esfera o bola de bronce dorado que, vista desde la tierra, parece una bola de juego; pero quien sube y penetra dentro ve un globo en el que dieciséis personas pueden estar cómodamente sentadas. En una palabra, en esta basílica todo es tan bello, tan raro y tan bien trabajado que supera lo que se puede imaginar en el mundo. Príncipes, reyes, monarcas e imperadores han contribuido a adornar este edificio maravilloso, con magníficos dones que ellos enviaron a la tumba de San Pedro, y a menudo llevados por ellos mismos desde los países más lejanos.

Y es precisamente en el centro de un edificio tan magnífico donde reposan las preciosas cenizas de un pobre pescador, de un hombre sin erudición humana y sin riquezas, cuya fortuna consistía en una red. Y esto fue querido por Dios para que los hombres comprendan cómo Dios, en su omnipotencia, toma al hombre más humilde a los ojos del mundo para colocarlo en el trono glorioso a gobernar su pueblo; comprenderán también cuánto Él honra, incluso en la presente vida, a sus siervos fieles, y así se hagan una idea de la inmensa gloria reservada en el Cielo a quien vive y muere en su divino servicio. Reyes, príncipes, emperadores y los más grandes monarcas de la tierra han venido a implorar la protección de aquel que fue sacado de una barca para ser hecho pastor supremo de la Iglesia; los herejes e infieles mismos se vieron obligados a respetarlo. Dios podría haber elegido al supremo pastor de su Iglesia entre los más grandes y más sabios de la tierra; pero entonces quizás se habrían atribuido a su sabiduría y poder aquellas maravillas, que

Dios quería que fueran enteramente reconocidas como provenientes de su mano omnipotente.
Solo en rarísimos casos los papas han permitido que las reliquias de este gran protector de Roma fueran transportadas a otro lugar; por lo tanto, pocos lugares de la cristiandad pueden presumir de poseerlas: toda la gloria está en Roma.

Quien quiera escribir sobre los muchos peregrinajes realizados allí en todo tiempo, desde todas partes del mundo y de todos los estratos de personas, la multitud de gracias recibidas allí, los asombrosos milagros operados allí, debería hacer muchos y grandes volúmenes.
Mientras tanto, nosotros, movidos por sentimientos de sincera gratitud, como conclusión y fruto de lo que hemos dicho sobre las acciones del Príncipe de los Apóstoles, elevamos fervorosas oraciones al trono del Altísimo Dios; rogamos a este su afortunado Vicario y glorioso mártir, para que se digne volver del Cielo una mirada piadosa sobre las presentes necesidades de su Iglesia, se digne protegerla y sostenerla en los fuertes asaltos que cada día debe soportar por parte de sus enemigos, obtenga fuerza y coraje para sus sucesores, para todos los obispos y para todos los sagrados ministros, para que todos se hagan dignos del ministerio que Cristo les ha confiado; de modo que, confortados por su ayuda celestial, puedan cosechar abundantes frutos de sus trabajos, promoviendo la gloria de Dios y la salvación de las almas entre los pueblos cristianos.
Afortunados aquellos pueblos que están unidos a Pedro en la persona de los Papas sus sucesores. Ellos caminan por el camino de la salvación; mientras que todos aquellos que se encuentran fuera de este camino y no pertenecen a la unión de Pedro no tienen ninguna esperanza de salvación. Jesucristo mismo nos asegura que la santidad y la salvación no pueden encontrarse sino en la unión con Pedro, sobre el cual se apoya el fundamento inmóvil de su Iglesia. Agradezcamos de corazón la bondad divina que nos ha hecho hijos de Pedro.
Y puesto que él tiene las llaves del reino de los Cielos, pidámosle que sea nuestro protector en las presentes necesidades, y así en el último día de nuestra vida se digne abrirnos la puerta de la bienaventurada eternidad.

APÉNDICE SOBRE LA VENIDA DE S. PEDRO A ROMA

Aunque las discusiones sobre hechos particulares pueden considerarse ajenas al historiador, sin embargo, la venida de S. Pedro a Roma, que es uno de los puntos más importantes de la historia eclesiástica, siendo calurosamente combatida por los herejes de hoy, me parece materia de tal importancia que no debe ser omitida.
Esto parece tanto más oportuno porque los protestantes desde hace algún tiempo

en sus libros, periódicos y conversaciones tratan de hacer de ello objeto de razonamiento, siempre con el propósito de ponerlo en duda y desacreditar nuestra santa religión católica. Esto lo hacen para disminuir, incluso para destruir, si pudieran, la autoridad del Papa, ya que dicen que si Pedro no vino a Roma, los Pontífices Romanos no son sus sucesores, y por lo tanto no herederos de sus poderes. Pero los esfuerzos de los herejes solo muestran cuán poderosa es contra ellos la autoridad del Papa; para liberarse de la cual no se avergüenzan de fabricar mentiras, pervirtiendo y negando la historia. Creemos que este solo hecho bastará para dar a conocer la gran mala fe que reina entre ellos; ya que poner en duda la venida de S. Pedro a Roma es lo mismo que dudar si hay luz cuando el sol brilla en pleno mediodía.

Considero oportuno señalar aquí que hasta el siglo catorce, en el espacio de aproximadamente mil cuatrocientos años, no se encuentra un autor ni católico ni hereje, que haya planteado el más mínimo duda sobre la venida de S. Pedro a Roma; y nosotros invitamos a los adversarios a citar uno solo. El primero que planteó esta duda fue Marsilio de Padua, que vendió su pluma al emperador Luis el Bávaro; y ambos, uno con las armas, el otro con perversas doctrinas, se desataron contra el primado del Sumo Pontífice. Tal duda, sin embargo, fue considerada por todos como ridícula, y se desvaneció con la muerte de su autor.

Doscientos años después, en el siglo dieciséis, surgieron los espíritus turbulentos de Lutero y de Calvino, y de la escuela de estos salieron varios, quienes, superando la mala fe de sus propios maestros, trataron de suscitar la misma duda para engañar mejor a los simples y a los ignorantes. Quien tiene un poco de práctica en historia sabe qué crédito merece aquel que, apoyado únicamente en su capricho, se pone a contradecir un hecho referido con unánime consenso por los escritores de todos los tiempos y de todos los lugares. Esta sola observación bastaría por sí misma para hacer manifiesta la inconsistencia de tal duda; sin embargo, para que el lector conozca a los autores que con su autoridad vienen a confirmar lo que afirmamos, citaremos algunos. Puesto que los protestantes admiten la autoridad de la iglesia de los primeros cuatro siglos, nosotros, deseosos de complacerles en todo lo que es posible, nos serviremos de escritores que hayan vivido en ese tiempo. Algunos de ellos afirman que Pedro estuvo en Roma, y otros atestiguan que allí fundó su sede episcopal y allí sufrió el martirio.

S. Clemente Papa, discípulo de San Pedro y su sucesor en el pontificado, en su primera carta escrita a los Corintios, da como pública y cierta la venida de San Pedro a Roma, su larga estancia allí, el martirio sufrido allí junto con S. Pablo. He aquí sus palabras: «El ejemplo de estos hombres, los cuales, viviendo santamente, agregaron una gran multitud de elegidos y sufrieron muchos suplicios y tormentos,

ha quedado óptimo entre nosotros.»
S. Ignacio mártir, también discípulo de S. Pedro y su sucesor en el obispado de Antioquía, siendo conducido a Roma para ser allí martirizado, escribe a los romanos pidiéndoles que no quieran impedir su martirio y dice: «Os ruego, no os mando, como han hecho Pedro y Pablo: *Non ut Petrus et Paulus praecipio vobis*.»

Lo mismo afirma Papías, contemporáneo de los mencionados y discípulo de S. Juan Evangelista, como se puede ver en Eusebio en su Historia Eclesiástica, libro 2, capítulo 15.
A poca distancia de estos tenemos los ilustres testimonios de S. Ireneo y de S. Dionisio, quienes han conocido y conversado largamente con los discípulos de los Apóstoles, y estaban muy informados de las cosas ocurridas en el seno de la Iglesia de Roma.
S. Ireneo, obispo de Lyon y muerto mártir en el año 202, atestigua que S. Mateo divulgó su Evangelio a los judíos en su propia lengua, mientras Pedro y Pablo predicaban en Roma y establecían la Iglesia: *Petro et Paulo Romae evangelizantibus et constituentibus Ecclesiam**[34]***. Después de tales testimonios, no sabemos cómo osan los herejes negar la venida de S. Pedro a Roma. Casi al mismo tiempo florecieron Clemente de Alejandría, S. Cayo, sacerdote de Roma, Tertuliano de Cartago, Orígenes, S. Cipriano y muchísimos otros, quienes coinciden en referir el gran concurso de fieles a la tumba de S. Pedro, martirizado en Roma; y todos, llenos de veneración por el primado que gozaba la Iglesia de Roma, dicen que de ella se deben esperar los oráculos de la eterna salvación, porque Jesucristo ha prometido la conservación de la fe a su fundador S. Pedro[35].
Y si de estos escritores pasamos a las luminarias de la Iglesia, S. Pedro de Alejandría, S. Asterio de Amaseno, S. Ottato Milevitano, S. Ambrosio, S. Juan Crisóstomo, S. Epifanio, S. Máximo de Turín, S. Agustín, S. Cirilo de Alejandría y muchos otros, encontramos sus testimonios plenamente unánimes y concordes sobre la verdad que afirmamos; es decir, que Pedro estuvo en Roma y allí sufrió el martirio. S. Ottato, obispo de Milevi en África, escribiendo contra los Donatistas dice: «No puedes negar, tú lo sabes, que en la ciudad de Roma desde el principio fue mantenida la cátedra episcopal por Pedro.» Por amor a la brevedad, solo citamos las palabras del Doctor S. Jerónimo, que floreció en el siglo IV de la Iglesia. «Pedro, príncipe de los Apóstoles,» escribe, «va a Roma en el segundo año del emperador Claudio, y allí mantuvo la cátedra sacerdotal hasta el último año de Nerón. Sepultado en Roma en el Vaticano, cerca de la Vía Trionfale, es célebre por la veneración que le rinde el universo.[36]»
Se añaden los muchos martirologios de las diferentes Iglesias latinas, que desde la

más remota antigüedad han llegado hasta nosotros, los diferentes Calendarios de los Etíopes, de los Egipcios, de los Sirios, los menologios de los Griegos; las mismas liturgias de todas las Iglesias cristianas esparcidas en los varios países de la cristiandad; en todas partes se encuentra registrada la verdad de este relato. ¿Qué más? Los mismos protestantes algo célebres en doctrina, como el Gave, Ammendo, Pearsonio, Grocio, Usserio, Biondello, Scaligero, Basnagio y Newton con muchísimos otros, coinciden en que la venida del príncipe de los Apóstoles a Roma y su muerte ocurrida en esa metrópoli del universo son un hecho incontestable.
Es cierto que ni los Hechos de los Apóstoles, ni S. Pablo en su carta a los Romanos hacen mención de este hecho. Pero además de que escritores acreditados reconocen en estos autores bastante claramente aludido tal acontecimiento[37], observamos que el autor de los Hechos de los Apóstoles no tenía el propósito de escribir las acciones de S. Pedro ni de los otros Apóstoles, sino solamente las de S. Pablo, su compañero y maestro; y esto casi para hacer la apología de este Apóstol de las gentes, entre todos el más despreciado y calumniado por los judíos. Por eso es que S. Lucas, después de haber narrado los principios de la Iglesia desde el capítulo XVI hasta el final de su libro, no escribe más de otros que de Pablo y de sus compañeros de misión. De hecho, en sus Hechos, Lucas ni siquiera nos narra todas las cosas operadas por Pablo, cosas que sabemos solamente por las cartas de este Apóstol. De hecho, ¿nos habla él acaso de los tres naufragios sufridos por su maestro, de la lucha que en Éfeso tuvo que sostener con las bestias, y de otras gestas de las que se hace mención en su segunda carta a los Corintios y en la a los Gálatas?[38] ¿Nos habla acaso S. Lucas del martirio de Pablo, o incluso solo de aquellas cosas que él hizo después de su primera prisión en Roma? ¿Menciona acaso una sola de las 14 cartas? Nada de todo esto. Ahora, ¿qué maravilla si el mismo escritor calló muchas cosas operadas por Pedro, entre las cuales su venida a Roma?
Lo que hemos dicho sobre el silencio de San Lucas vale para el silencio de San Pablo en su carta a los Romanos. Pablo, al escribir a los Romanos, no saluda a Pedro; por lo tanto, concluyen los protestantes, Pedro nunca estuvo en Roma. ¡Qué extrañeza de razonamiento! A lo sumo se podría deducir que Pedro en ese momento no se encontraba en Roma; y no más. ¿Y quién no sabe que Pedro, mientras ocupaba la sede de Roma, se alejaba a menudo para ir a fundar otras Iglesias en varias partes de Italia? ¿No había hecho lo mismo cuando tenía su sede en Jerusalén y en Antioquía? Fue precisamente en esa época que viajó por varias partes de Palestina, y luego en Asia Menor, en Bitinia, en Ponto, en Galacia, en Capadocia, a las cuales todas dirigió especialmente su primera carta. Por lo tanto, no se debe suponer que no hiciera lo mismo en Italia, que le ofrecía una cosecha

copiosísima. Por otra parte, que Pedro en Italia no se ocupase solamente de Roma, lo sabemos por Eusebio, historiador del siglo IV, quien, al escribir sobre las principales cosas que realizó, se expresa así: «Las pruebas de las cosas hechas por Pedro son las mismas Iglesias que poco después resplandecieron, como por ejemplo la Iglesia de Cesárea en Palestina, la de Antioquía en Siria y la Iglesia de la misma ciudad de Roma. Porque ha sido transmitido a las generaciones futuras que el mismo Pedro constituyó estas Iglesias y todas las circundantes. Y así también las de Egipto y de la misma Alejandría, aunque estas no por sí mismo, sino por medio de Marcos, su discípulo, mientras él se ocupaba en Italia y entre las gentes circundantes.[39]»

Por lo tanto, Pablo en su carta a los Romanos no saluda a Pedro, porque sabía que en ese momento él quizás no se encontraba en Roma. Ciertamente, si Pedro hubiera estado allí, él mismo podría haber resuelto la cuestión surgida entre esos fieles, la cual dio ocasión a Pablo de escribir su célebre carta.

Y luego, incluso si Pedro se hubiera encontrado en la ciudad, se puede decir que Pablo en su carta no dejó a los fieles saludarlo junto con los demás, porque lo hizo saludar aparte por el portador de la misma, o le escribió individualmente como usamos nosotros aún hoy con las personas de consideración. Por otra parte, si el no haber hecho Pablo, al escribir a los Romanos, que se saludara a Pedro probara que Pedro nunca estuvo en Roma, entonces también deberíamos decir que San Santiago Menor nunca fue obispo de Jerusalén, porque Pablo, al escribir a los Hebreos, no lo saluda en absoluto. Ahora, toda la antigüedad proclama a San Santiago obispo de Jerusalén. Por lo tanto, el silencio de Pablo no concluye nada contra la venida de San Pedro a Roma.

Añadamos: si del silencio de la Sagrada Escritura respecto a la venida de San Pedro a Roma se pudiera inferir razonablemente que Pedro no vino a Roma, entonces también se podría argumentar así: la Santa Escritura no dice que San Pedro haya muerto; por lo tanto, San Pedro sigue vivo, y ustedes protestantes búsquenlo en algún rincón de la tierra.

Hay, además, una razón para el silencio de la Sagrada Escritura sobre la venida y muerte de San Pedro en Roma, y no queremos callarla. Que Pedro es el cabeza de la Iglesia, el pastor supremo, el maestro infalible de todos los fieles, y que estas prerrogativas debían transmitirse a sus sucesores hasta el fin del mundo, esto es dogma de fe, y por lo tanto debía ser revelado ya sea por medio de la Sagrada Escritura o por medio de la Tradición divina, como lo fue; pero que él vino y murió en Roma es un hecho histórico, un hecho que se podía ver con los ojos, tocar con las manos; y por lo tanto no era necesaria una testificación de la Sagrada Escritura para certificarlo, bastando para ello aquellas pruebas que anuncian y aseguran al

hombre todos los demás hechos. Los protestantes que pretenden negar la venida de San Pedro a Roma porque no se puede probar con argumentos bíblicos caen en el ridículo. ¿Qué dirían ellos mismos de aquel que negase la venida y muerte del emperador Augusto en la ciudad de Nola porque la Escritura no lo dice? Si queremos detenernos en este silencio de los Hechos de los Apóstoles y de la carta de San Pablo, digamos que esto no prueba ni para nosotros ni para los protestantes. Porque la sana lógica y la simple razón natural nos enseñan que, cuando se busca la verdad de un hecho callado por un autor, se debe buscar en otros a quienes les corresponde hablar de ello. Cosa que hemos hecho abundantemente.

Tampoco ignoramos que Flavio Josefo no habla de esta venida de San Pedro a Roma; como tampoco habla de San Pablo. Pero, ¿qué le importa a él hablar de los cristianos? Su objetivo era escribir la historia del pueblo judío y de la guerra judía, y no los hechos particulares ocurridos en otros lugares. Él sí habla de Jesucristo, de San Juan Bautista, de San Santiago, cuya muerte ocurrió en Palestina; pero ¿habla acaso de San Pablo, de San Andrés o de los otros Apóstoles, que fueron coronados con el martirio fuera de Palestina? ¿Y no dice él mismo que quiere pasar por alto muchos hechos ocurridos en sus tiempos[40]?

Y luego, ¿no es una locura confiar más en un judío que no habla, que en los primeros cristianos que proclaman todos a una voz que San Pedro murió en Roma, después de haber residido allí muchos años?

No queremos omitir la dificultad que algunos plantean sobre el desacuerdo de los escritores al fijar el año de la venida de San Pedro a Roma. Porque en nuestros tiempos los eruditos van comúnmente de acuerdo en la cronología que seguimos. Pero decimos que ese desacuerdo de los escritores antiguos demuestra la verdad del hecho: demuestra que un escritor no ha copiado del otro, que cada uno se servía de esos documentos o de esas memorias que tenía en sus respectivos países y que eran públicamente conocidos como ciertos; ni debe sorprendernos tal desacuerdo cronológico (que es de uno o dos años más o menos) en aquellos tiempos remotos en los que cada nación tenía una forma propia de computar los años. Pero todos estos autores refieren con franqueza tal venida de San Pedro a Roma y mencionan las minucias respecto a su residencia y muerte en esa ciudad.

Los adversarios contra la venida de San Pedro a Roma también añaden: de la primera carta de San Pedro a los fieles de Asia se deduce que él estuvo en Babilonia. Así, de hecho, se expresa en sus saludos: «Los saluda la Iglesia que está reunida en Babilonia, y Marcos, mi hijo». Por lo tanto, es imposible su venida a Roma. Comencemos a decir que, incluso si por Babilonia, de la que habla Pedro, se entendiera la metrópoli de Asiria, sin embargo, no se podría inferir que no haya podido venir, y no haya venido a Roma. Su pontificado fue bastante largo, y los

críticos coinciden en decir que la mencionada carta fue escrita antes del año 43, o en ese entorno. De hecho, él aún saluda a los fieles en nombre de Marcos, quien sabemos por Eusebio fue enviado por Pedro a fundar la Iglesia de Alejandría en el año 43 de Jesucristo. Por lo tanto, resulta que Pedro, desde la fecha de su carta hasta su muerte, tuvo al menos 24 años más de vida. ¿En un intervalo de tiempo tan largo no podría haber hecho el viaje a Roma?

Pero tenemos otra respuesta que dar; y es que Pedro habló metafóricamente y con el nombre de Babilonia se refirió a la ciudad de Roma, donde precisamente se encontraba al escribir su carta. Esto se deduce de toda la antigüedad. Papías, discípulo de los Apóstoles, dice en términos claros que Pedro mostró haber escrito su primera carta en Roma, mientras que con la traslación de vocabulario le da el nombre de Babilonia[41]. San Jerónimo dice igualmente que Pedro, en su primera carta, bajo el nombre de Babilonia significó la ciudad de Roma: *Petrus in epistola prima sub nomine Babylonis figurative Romam significans, salutat vos, inquit, ecclesia quae est in Babylone collecta****[42]***. Ni este lenguaje era inusitado entre los cristianos. San Juan da a Roma el mismo nombre de Babilonia. Él en su Apocalipsis, después de haber llamado a Roma la ciudad de las siete colinas, la ciudad grande que reina sobre los reyes de la tierra, anuncia su caída, escribiendo: *Cecidit, cecidit Babylon magna*: cayó, cayó la gran Babilonia[43]. Bien a razón, luego, Roma podía llamarse una Babilonia, porque encerraba en su seno todos los errores esparcidos en las diversas partes del mundo que dominaba.

Pedro además tenía buenos motivos para callar el nombre literal del lugar desde donde escribía; porque habiendo huido poco antes de las manos de Herodes Agripa, y sabiendo cómo entre este rey y el emperador Claudio había una estrecha amistad, podía temer con razón alguna trampa de estos dos enemigos del nombre cristiano, si su carta se hubiera extraviado. Para evitar este peligro, por lo tanto, la prudencia quería que él en su escrito usara una palabra conocida por los cristianos y desconocida para los judíos y los gentiles. Así lo hizo.

Además, de las mismas palabras de Pedro se deduce otra prueba de su venida a Roma. De hecho, Pedro al concluir su carta dice: «Los saluda la Iglesia… y Marcos, mi hijo». Por lo tanto, Marcos se encontraba con Pedro. Esto puesto, toda la tradición proclama unánimemente que Marcos, hijo espiritual de Pedro, su discípulo, su intérprete, su escriba y diría su secretario, estuvo en Roma y en esta ciudad escribió el Evangelio que oyó predicar del mismo Maestro[44]. Por lo tanto, es necesario admitir también que Pedro estuvo en Roma con el discípulo.

Ahora podemos llegar a esta conclusión. Durante mil cuatrocientos años nunca hubo nadie que haya planteado la más mínima duda sobre la venida de San Pedro a Roma. Por el contrario, tenemos una larga serie de hombres célebres por su

santidad y doctrina, que desde los tiempos apostólicos hasta nosotros con su autoridad siempre la han aceptado. Las liturgias, los martirologios, los mismos enemigos del cristianismo están de acuerdo con la mayoría de los protestantes sobre este hecho.
Por lo tanto, ustedes, oh protestantes de hoy, al oponerse a la venida de San Pedro a Roma, se oponen a toda la antigüedad, se oponen a la autoridad de los hombres más doctos y piadosos de los tiempos pasados; se oponen a los martirologios, a los menologios, a las liturgias, a los calendarios de la antigüedad; se oponen a lo que escribieron sus propios maestros.
Oh, protestantes, abran los ojos; escuchen las palabras de un amigo que les habla movido únicamente por el deseo de su bien. Muchos pretenden ser su guía en la verdad; pero o por malicia o por ignorancia les engañan. Escuchen la voz de Dios que les llama a su redil, bajo la custodia del pastor supremo que Él ha establecido. Abandonen todo compromiso, superen el obstáculo del respeto humano, renuncien a los errores en los que hombres ilusionados les han precipitado. Regresen a la religión de sus antepasados, que algunos de sus antepasados abandonaron; inviten a todos los seguidores de la Reforma a escuchar lo que decía en sus tiempos Tertuliano: «Así que, oh cristiano, si quieres asegurarte en el gran asunto de la salvación, recurre a las Iglesias fundadas por los Apóstoles. Ve a Roma, de donde emana nuestra autoridad. Oh Iglesia feliz, donde con su sangre derramaron toda su doctrina, donde Pedro sufrió un martirio similar a la pasión de su divino Maestro, donde Pablo fue coronado con el martirio al ser decapitado, donde Juan, después de haber sido sumergido en una caldera de aceite hirviendo, no sufrió nada y por lo tanto fue exiliado en la isla de Patmos[45]».

Tercera Edición
Turín
Librería Salesiana Editrice 1899
[1ª ed., 1856; reimp. 1867 y 1869; 2ª ed., 1884]

Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? (Mateo XIV, 31).

PROPIEDAD DEL EDITOR
S. Pier d'Arena – Escuela Tip. Salesiana
Hospicio S. Vicente de Paúl
(N. 1265 — M)

Visto: nada impide su impresión Génova,
12 de junio de 1899
AGOSTINO Can. MONTALDO V.
Se permite la impresión Génova,
15 de junio de 1899
Can. PAOLO CANEVELLO Prov. Gen.

---

[1] Las noticias sobre la vida de San Pedro se han extraído del Evangelio, de los Hechos y de algunas cartas de los Apóstoles, así como de varios otros autores, cuyas memorias son referidas por César Barón en el primer volumen de sus anales, por los Bollandistas el 18 de enero, 22 de febrero, 29 de junio, 1 de agosto y en otros lugares. De la vida de San Pedro han tratado ampliamente Antonio Cesari en los Hechos de los Apóstoles y también en un volumen separado, Luigi Cuccagni en tres volúmenes consistentes, y muchos otros.

[2]

[3] San Ambrosio, obra citada.

[4] San Jerónimo, Contra Joviniano, capítulo 1, 26.

[5] Evangelio según Mateo, capítulo 16.

[6] Génesis, capítulo 41.

[7] Evangelio según Mateo, capítulo 18.

[8] Evangelio según Mateo, capítulo 15.

[9] San Juan Damasceno, Homilía sobre la Transfiguración.

[10] San Juan Crisóstomo, Comentario al Evangelio de Mateo.

[11] El traslado de “puerta” por “potencia”, por lo tanto, el signo por la cosa significada, deriva del hecho de que en la antigua ley y entre los pueblos orientales, los príncipes y los jueces ejercían generalmente su poder legislativo y judicial ante las puertas de la ciudad (ver III, pág. XXII, 2). Además, esta parte de la ciudad se mantenía en un estado continuo de presidio y munición, de tal manera que, una vez

tomadas las puertas, el resto era fácilmente conquistado. Aún hoy se dice «Puerta Otomana» o «Sublime Puerta» para indicar el poder de los turcos.

[12] San Jerónimo, Contra Joviniano, capítulo 1, 26.

[13] San Agustín, Sobre la Unidad de la Iglesia.

[14] San Ireneo, Contra las Herejías, libro III, n. 3.

[15] Salmos 68, 108.

[16] Evangelio según Juan, 14, 12.

[17] Ver San Basilio de Seleucia y las Reconocimientos de San Clemente.

[18] Ver Teodoreto, San Juan Crisóstomo, San Clemente, etc.

[19] Benedicto XIV, De la Beatificación de los Siervos de Dios, libro I, capítulo I.

[20] Carta a los Romanos, capítulo I.

[21] Eusebio, Historia Eclesiástica, libro II, capítulo 15.

[22] Primera Carta de Pedro, capítulo 5.

[23] San Paciano, carta 2.

[24] Los santos Padres que relatan el hecho de Simón Mago, entre otros, son: San Máximo de Turín, San Cirilo de Jerusalén, San Sulpicio Severo, San Gregorio de Tours, San Clemente Papa, San Basilio de Seleucia, San Epifanio, San Agustín, San Ambrosio, San Jerónimo y muchos otros.

[25] Lactancio, libro 4.

[26] Epístola 2, capítulo 3.

[27] Las opiniones de los estudiosos varían al fijar el año del martirio del Príncipe de los Apóstoles; pero la más probable es la que lo asigna al año 67 de la era vulgar. De hecho, San Jerónimo, incansable investigador y conocedor de las cosas sagradas, nos informa que San Pedro y San Pablo fueron martirizados dos años después de la muerte de Séneca, maestro de Nerón. Ahora, de Tácito, historiador

de aquellos tiempos, sabemos que los cónsules bajo los cuales murió Séneca fueron Silio Nerva y Ático Vestino, que ocuparon el consulado en el año 65; por lo tanto, los dos Apóstoles sufrieron el martirio en 67. A este cómputo de años, por el cual se fija el martirio en ese tiempo, corresponden los 25 años y casi dos meses durante los cuales San Pedro ocupó su Cátedra en Roma; número de años que siempre ha sido reconocido por toda la antigüedad (ver «Observaciones histórico-cronológicas» de Monseñor Domenico Bartolini, cardenal de Santa Iglesia: «Si el año 67 de la era vulgar es el año del martirio de los gloriosos Príncipes de los Apóstoles Pedro y Pablo», Roma, Tipografía Scalvini, 1866).

[28] La cadena con la que fue atado San Pedro se conserva aún en Roma en la iglesia llamada San Pedro en Cadena (Artano, «Vida de San Pedro»).

[29] En la punta más alta del Monte Gianicolo, donde Anco Marcio, cuarto rey de Roma, fundó la fortaleza gianicolense, se edificó la iglesia de San Pedro en Montorio, en el lugar donde el santo Apóstol sufrió el martirio. Este monte fue llamado Gianicolo porque estaba dedicado a Jano, guardián de las puertas que en latín se dicen ianuae. Se dice que aquí también fue sepultado Jano, que edificó esa parte de Roma frente al Capitolio. También se le llamó Monte Aureo, por la cercana y antigua Puerta Aurelia. Ahora se llama Montorio, es decir, Monte de Oro, por el color amarillo de la tierra que cubre esta colina, una de las siete colinas de la antigua Roma (ver Moroni, «Iglesias de San Pedro»).

[30] Bollandistas, día 29 de junio.

[31] San Efrén Siro.

[32] Ver Plaza Emanuele.

[33] Ver San Gregorio Magno, epístola 30. Barón al año 284.

[34] San Ireneo, Contra las Herejías, libro III, capítulo 1.

[35] Cayo Romano ante Eusebio; Clemente Alejandrino, *Stromata*, libro 7; Tertuliano, *De persecuciones*; Orígenes ante Eusebio, libro 3; San Cipriano, carta 52 a Antoniano y carta 55 a Cornelio.

[36] San Jerónimo, *De viris illustribus*, capítulo 1.

[37] Teodoreto, obispo de Ciro, hombre versadísimo en la historia eclesiástica,

muerto en el año 450, comentando la Carta de San Pablo a los Romanos, donde el Apóstol escribe: «Desearía verlos, para comunicarles algún don espiritual a fin de que sean fortalecidos» (Romanos 1,11), añade que Pablo no ha dicho que quiere confirmarlos si no porque el gran San Pedro ya les había comunicado primero el Evangelio: “Porque Pedro primero les ha dado la doctrina evangélica, ha necesariamente añadido ‘para confirmarlos’” (*Comentario a la Carta a los Romanos*).

[38] 1 Corintios 11, 23-24; Gálatas 1, 17-18.

[39] Ver *Teofanía*.

[40] *Antigüedades Judías*, libro 20, capítulo 5.

[41] Ante Eusebio, libro II, 14.

[42] San Jerónimo, *De viris illustribus*.

[43] Apocalipsis 17,5; 18,2.

[44] Ver San Jerónimo, *De viris illustribus*, capítulo 8.

[45] Tertuliano, *De prescripción de herejes*, capítulo 36.